

NYPL RESEARCH LIBRARIES



3 3433 05751583 9

*The*  
*Gordon Lester Ford*  
*Collection*  
*Presented by his Sons*  
*Worthington Chauncey Ford*  
*and*  
*Paul Leicester Ford*  
*to the*  
*New York Public Library.*



*The  
Gordon Lester Ford  
Collection*

*Presented by his Sons*

*Worthington Chauncey Ford*

*and*

*Paul Leicester Ford*

*to the*

*New York Public Library.*



—

—









**EL**  
**FISTOL BEL BIABLO,**

FOR

**MANUEL PAYNO,**

CIUDADANO MEXICANO.

---

**TOMO II.**

---

**MEXICO.**

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,  
*calle de los Rebeldes núm. 2.*

**1859.**

*(Payno)*

THE NEW YORK  
PUBLIC LIBRARY  
**160585**  
ASTOR, LENOX AND  
TILDEN FOUNDATION.  
1899.

---

## I.

### El Hombre Angel.

Celeste sufría sus martirios, con la resignación de una santa; y en dos cosas esperaba confiada; ó en el auxilio que pudiera prestarle el sacerdote que la defendió de la brutalidad de los soldados en el día de su prisión, ó en último caso, en una sentencia de muerte. En cuanto al tinterillo, asustado por Macaria, por una parte, y temiendo por otra, ser descubierto y arrojado del destino que ocupaba en la cárcel, dejó para más tarde el llevar á cabo su intento, pues era hombre que solo se aventuraba en una empresa, cuando estaba seguro de la impunidad: así, por este lado, Celeste estuvo tranquila algunos días, pues Macaria le contó lo acaecido, y le prometió castigar fuertemente, con un

par de cortadas, al seductor, si se atrevia en lo de adelante á perseguirla. La Presidenta, por su parte, no se mostraba cruel con ella, y la sacaba cuotidianamente al sol, y muchas ocasiones le participaba de su comida.

Un dia Macaria se acercó á Celeste, y abrazándola por la cintura con la tosca sinceridad con que demuestra su cariño la gente del pueblo, le dijo:

—Celeste: tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál es? preguntó Celeste.

—Que no te condenarán á muerte, porque á las mujeres nunca nos ahorcan en México.

—¿Qué no me condenarán á muerte? volvió á preguntar la muchacha con muestras de profundo sentimiento.

—Cabal que no, repuso Macaria con alegría; y si lo hubieran hecho, merecían esos verdugos que los quemaran. ¿Por qué á mí, que tengo mas delitos que tú, no me han ahorcado? Pues si á tí te ahorcaran, la ley no sería *pareja*.

—Es decir, preguntó con temor Celeste, que saldres pronto de la cárcel.

—Sí, pronto, contestó Macaria . . . de aquí á diez años.

Celeste escuchó aterrada esta noticia, pues una de sus esperanzas, que era la muerte, acababa de desvanecerse; pero le quedaba aun la del auxilio del clérigo: si esta esperanza se desvanecía tambien, no tenía ya delante de sí mas que diez años de infierno en e

ta vida. Correspondió con algun cariño á las rudas demostraciones de amor que la hacia Macaria, y se retiraba ya en silencio, cuando Macaria la llamó.

—¿Quieres salir en libertad, Celeste? le dijo.

Esta le dió á entender con los ojos que sí.

—Pues bien, yo tengo señores de mucho empeño, que te sacarán libre; pero es menester que condesciendas en verlos y en rogarles que se interesen por tí: te aseguro que no te engañarán, como á mí ese infame de Zizaña.

Celeste con la cabeza hizo una seña negativa, y se retiró con las manos en los ojos. Una desesperacion sombría se apoderó de la muchacha: cesó de rezar á la Virgen y de pedir á Dios; y al ver el puñal que le habia dado Macaria, algunas ideas de suicidio pasaban por su cerebro. Los padecimientos físicos habian alterado notablemente su salud: sus pequeños piés estaban hinchados por la humedad del separo; las formas de su cuerpo habian perdido su redondez; su rostro estaba amarillento y trasparente; su frente llena de manchas, sus ojos apagados y sin mas brillo que el de algunas lágrimas fugitivas que rodaban por sus mejillas descarnadas, y sus labios y uñas eran ya de un color amoratado; en una palabra, Celeste se habia envejecido como si hubiera estado veinte años en la cárcel. Obligada á tomar alimentos groseros y dañinos, á dormir en la humedad del separo, ó á respirar la atmósfera mefítica del dormitorio comun, toda su hermosura se habia marchitado. Celeste resolvió aguar-

dar ocho dias mas, al cabo de los cuales, si el padre no se presentaba, el puñal de Macaria haria su oficio, pues estaba resuelta á abrir con él las venas de sus brazos, y á dejarse morir en el separo.

Desde el momento en que comenzaron á correr los ocho dias, Celeste apareció á los ojos de todas las presas mucho mas tranquila que ántes; tanto, que la Presidenta, riéndose le dijo, que le aconsejaba que siguiera así, pues era el modo de que viviera feliz los diez ó doce años de cárcel á que la condenarian: Celeste le aseguró que ya se iba acostumbrando, y rió como una loca, pues en verdad su razon no estaba muy sana.

El octavo dia, señalado en su interior para su muerte, rogó á la Presidenta que la pusiera en el separo: la Presidenta asombrada de tal peticion, le hizo mil objeciones; pero ella le contestó que preferia estar sola, pues el ruido y los insectos del dormitorio no la dejaban reposar. La Presidenta accedió por fin, y Celeste se retiró al separo; y allí, en aquel silencio y en aquella oscuridad, vinieron en tropel á presentarse á su imaginacion todas sus desgracias. ¡Diez años de cárcel! ¡Diez años! Esta idea le parecia inconcebible. ¡Permanecer diez años en la cárcel sin respirar el aire libre, sin ser amada de nadie, olvidada en el fondo de una pocilga, y condenada á oír el lenguaje indecente de las presas, y á soportar sus enojos y sus caricias!—¡Pobre huérfana! ¡Tener que vivir diez años, sin mas familia que un crecido número de criminales! ¡Oh! . . . Celeste retorcia sus manos, y cuando sus labios querian pronunciar una ora-

sion, los cerraba, porque le parecia que Dios la habia olvidado, y que sus miradas no podian penetrar hasta aquella mansion inmunda. Entónces fué cuando sus recuerdos de niña volvieron á presentarse á su mente, vivos, ardientes y punzantes, como si fueran espinas que traspasaban su corazon.

Celeste tomó el puñal, y se regocijó tocando con sus dedos suaves la hoja helada: despues aplicó la punta á la vena de su brazo; pero ántes de herirse, quedó un momento con la respiracion suspensa, con los ojos fijos, con la boca entreabierta, con las facultades, en embargadas, como es natural, cuando multitud de reflexiones graves y terribles se agolpan en la mente; despues arrojó el puñal al suelo, y cayendo de rodillas, exclamó con una voz dolorosa:

—Oh, Dios mio! Nunca, nunca lo haré. Celeste tenia miedo.

Era la tarde: por la estrecha abertura de la puerta del calabozo apenas se percibia una línea blaquescina, cuya escasísima claridad se desvanecia entre las sombras. Cuando Celeste acallaba un momento la congojosa respiracion de su pecho, un insecto zumbando, volaba por el calabozo, y solo este ruido pavoroso turbaba el silencio: diríase que era una tumba á donde solo llegaban lejanos y cansados los ecos del mundo.

Celeste tenia miedo; pero el demonio del suicidio queria ganar su alma, y le repetia incesantemente estas palabras: ¡Diez años de cárcel! ¡Diez años de cárcel! Entónces Celeste se arrastró por el calabozo, buscando

á tientas el puñal; pero á este tiempo escuchó el ruido de unas pisadas; y creyendo que fuese el infame tirrillo, buscó el puñal con mas empeño, hasta encontrarlo: entónces se puso en pié en la puerta, determinado morir mártir, pero no deshonrada. La puerta del labozo se abrió, y en vez del seductor, apareció la figura bella y santa del clérigo. Era como de treinta años; de tez muy blanca, grandes ojos negros, lleno de dulzura y de melancolía: de sus dos labios frescos un poco entreabiertos, manaba una sonrisa de bondad. Era alto, bien proporcionado de miembros, y el traje negro de seda que caía hasta sus piés, le daba el aspecto religioso de una de esas obras maestras de escultura que suelen verse en los altares de los templos. Celeste habituado á la oscuridad, pudo notar bien la fisonomía del sacerdote y reconocerlo; pero este solo diole guia un bulto, una sombra, que inmóvil estaba en la puerta de esa tumba.

Al cabo de algun rato de silencio, pues Celeste no podía pronunciar una palabra, y el eclesiástico, cuando tampoco hallaba por donde comenzar, el carcelero que habia servido de guia dijo con respeto:

—¿Es esta la mujer á quien deseaba V. hablarla señor?

El padre se acercó al oído del carcelero, le dijo algunas palabras, y este se retiró inmediatamente, apartándose tambien á varias presas que por curiosidad se habian acercado. Celeste y el clérigo quedaron solos. Acosada mas la vista del padre á la oscuridad, y ab

totalmente la puerta, pudo notar las paredes carcomidas y llenas de agujeros, el suelo húmedo, la atmósfera mortal del sepelio; y con voz pausada y aparente calma, preguntó á Celeste:

—¿Aquí has estado, hija mia?

—Aquí, señor, respondió Celeste.

—¿Muchos dias?

—Años, segun creo.

—¡Pobre muchacha! murmuró el padre, y luego dirigiéndose á Celeste, continuó: Habrás perdido acaso la memoria; ¿me conoces?

—Al momento os conocí: vos contuvísteis á los soldados que me daban de golpes, ¿no es verdad?

—Es verdad; pero entónces recordarás que no he años, sino dias que te hallas en la cárcel.

—Ah, sí, dias; pero cada dia es un año, un siglo para mí, señor.

—Recuerdas que te prometí venir á verte?

—Sí, señor.

—Me aguardabas?

—Sí, señor, hasta hoy.

—Cómo?

—Mañana acaso habria sido tarde.

—Por qué, hija mia?

—Porque mi desgracia quiere que no me hayan condenado á muerte, que era mi sola esperanza, y me dicen que estoy condenada á diez años de cárcel. ¡Diez años de cárcel! ¿No os parece, señor, que diez años de cárcel serán diez años de lágrimas, diez años de mar-

tirios, diez años de desesperacion? Oh! prosiguió sollozando, no soy tan pecadora, para que Dios me abandone, y me castigue con tanto rigor.

—¿Y querias fugarte acaso?

—No, fugarme no, pero. . .

Celeste enseñó el puñal al padre.

—Con razon, dijo el padre en voz baja, tenia yo una inquietud mortal: si hubiera dilatado un dia mas, habria ganado Satanas una alma, y el cielo perdido un ángel. Luego, dirigiéndose á Celeste, le tomó la mano, y con una voz llena de dulzura le dijo:

—Pero, hija mia, tú has desconfiado de la misericordia de Dios. ¿No sabias que yo te habia prometido ve-  
á consolarte al ménos?

—He sufrido y sufro tanto, que me creia olvidada de Dios.

—Eres muy desgraciada en efecto: la noche del dia en que te pusieron presa, caí enfermo, y una calentura me ha tenido clavado en el lecho; pero he pensado en tu suerte continuamente, hija mia, y he venido á tiempo, ¿no es verdad? ¿Crees ahora en la misericordia y en el auxilio de Dios?

—Oh!, sí, sí, exclamó Celeste, bañando con su llanto las manos del padre.

—Ven, ven, hija mia: este calabozo está muy lóbrego, y los hombres son en efecto muy crueles.

El padre llevó á Celeste al cuarto de la Presidenta, y ordenó que los dejaran solos: el clérigo la miraba con atencion, y apenas podia creer que fuese la misma mu-

que pocos dias ántes habia visto; tanto así habiádo.

hora, Celeste, desahoga tu corazon conmigo, le padre, haciéndola sentar en una silla, y tomantra: si has cometido faltas, soy el representandios en la tierra, y te las perdonaré todas; pero

hija mia, estos sufrimietos á Dios: la descon-  
r la desesperacion serian un nuevo crímen, que  
aria la puerta del Paraiso, despues de todo lo  
s sufrido en la tierra. Este mundo no es mas que  
e de lágrimas, donde solo se cosechan penas que,  
afirmos con resignacion, son el tesoro que pone-  
el cielo, para el fin de nuestra vida.

palabras dulces y religiosas del clérigo, produ-  
ia viva impresion en el alma de Celeste, quien re-  
a á Arturo involuntariamente, porque en su ig-  
vida de dolores y de infortunios, solo dos hom-  
bian comprendido sus penas, y habládole un len-  
que como un bálsamo, bañaba las heridas de su

sí, hija mia, así, dijo el clérigo, mirando que las  
as goteaban en los pobres vestidos de la mucha-  
os es permitido llorar, pero no entregarnos á la  
eracion.

hl dijo Celeste interrumpiendo sus palabras con  
ozos, solo V. y el Sr. Arturo se han dolido de  
gracia.

adre se quedó un momento contemplando á Ce-  
como ocupado con un solo pensamiento dijo en  
ja:

—Sí. . . . sí, son sus mismos ojos, su misma voz, su mismo semblante, extenuado y pálido. ¡Oh que memoria!

Celeste contuvo su llanto, y temiendo mortificar al eclesiástico, quiso sonreír.

—Como ella, como ella, tan resignada y tan buena, dijo el-clérigo.

—Acaso os molestaré, dijo Celeste tímidamente; pero no lloraré ya: todo puedo hacerlo, ménos olvidar á V. y al Sr. Arturo, que me han hecho tantos beneficios.

—El Sr. Arturo? murmuró el eclesiástico, poniéndose un dedo en la boca; ¿y quién es el Sr. Arturo, hija mia?

—El Sr. Arturo es un caballero, contestó Celeste con la mayor ingenuidad; que quiso hacerme muchos beneficios, y por cuya culpa estoy aquí. . . aunque no fué esa su intención.

—Cómo. . . ! explícate, repuso el clérigo, porque esto necesita explicacion; pero háblame la verdad.

—Pues la verdad, digo, contestó Celeste; si no me hubiera dado el fístol, no estaria yo aquí.

—Dices que te dió un fístol?

—Sí, señor, y que valia mucho dinero, segun creo.

—Y conocias ántes á ese Arturo?

—Nunca lo habia visto, hasta un dia en que estando mi padre y mi madre enfermos, salt, y. . .

—Y qué hiciste, criatura? interrumpió el padre alarmado.

—Pedí limosna, dijo tímidamente Celeste, cubriéndose sus mejillas de un ligero tinte nácar.

—Ahl exclamó el clérigo respirando.

—El señor me dió limosna, me siguió, entró á mi casa, vió que yo no era una engañadora, y me dejó prendido en mi rebozo un alfiler de brillantes, que tenía en su camisa.

—Dices la verdad, muchacha? preguntó el clérigo mirando fijamente á Celeste.

—La verdad, como á Dios se la diría.

El clérigo vió en la dulce y franca fisonomía de la muchacha, que en efecto no menta, y comenzó á creer en su inocencia.

—Y este jóven no volvió á verte? no te citó para alguna conversacion? no te dijo palabras de amor?

—Oh! no, no! dijo Celeste con un profundo acento de dolor.

—Pobre muchacha! murmuró el eclesiástico; y luego, dirigiéndose á Celeste, continuó:

—Y dime, ¿tenías amistad con las vecinas de tu casa?

—Ninguna, padre: permanecía sola en mi pobre cuarto, porque su trato no me agradaba. Cuando con el dinero que el señor Arturo dejó á mi padre, compré alguna ropa, una de ellas entró á indagar de dónde adquiriría estas cosas, y yo no le dije la verdad, porque no me hubiera creído.

—He aquí la envidia y la calumnia haciendo su oficio, dijo en voz baja el padre.

—Cuando el alcalde me prendió, yo no pude decir nada, porque estaba fuera de mí.

Celeste contó al padre toda la escena de la prision, conforme la sabe el lector, y el eclesiástico conmovido ya, tuvo que voltear la cara, y al disimulo enjugarse los ojos con su pañuelo.

—He aquí la justicia del mundo! exclamó, volviendo á poner su rostro sereno para disimular su emocion.

—Oh! sí, mucha injusticia, señor! dijo Celeste: yo no soy ladrona: nunca, nunca, ni aun para dar la vida á mis padres, habria robado á nadie.

—¿Pero cómo, hija mia, siendo inocente, has confesado crímenes en tus declaraciones?

—¿Y qué sabe una mujer pobre, desvalida, ignorante como yo soy, para poderse defender?

—Pero si al ménos hubieras dicho la verdad al juez, tu causa no estaria tan mala, pues segun me he informado ántes de entrar á verte, todas las pruebas están contra tí....

—Mis martirios han sido tan crueles, que deseaba yo que se terminaran.

—¿Pero cómo?....

—Con la muerte.

—Oh! dijo el padre, dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa: pobre Celeste, te figuras que morir es un asunto muy sencillo: en este pais á las mujeres muy rara vez las castigan así.

—Eso me han dicho, señor, contestó tristemente Celeste, y mi sentencia será, vivir diez años aquí, ¡aquí en este infierno!

—Pero vamos al caso: ¿Sabe dónde vive Arturo?

Podré verlo; y si él declara la verdad, entónces saldrás libre.

—Libre! libre! exclamó llena de alegría Celeste.

—Sí, libre, ¿y por qué nó? dijo el clérigo.

—Libre! . . . ¿y para qué? dijo Celeste con abatimiento.

—No te comprendo, interrumpió el padre asombrado. ¿Conque te pesaría salir en libertad, recobrar tu honor, y vivir amada de las gentes? . . .

—Amada! . . . No tengo quien me ame.

—Vamos, Celeste, sé racional; dime dónde vive ese caballero: no puedo, ahora que casi tengo certeza de tu inocencia, conformarme conque permanezcas en esta inmunda prision, en compañía de estas criminales. La mision que yo tengo en la tierra es la de socorrer á los infelices y remediar sus penas, si es posible. Dios al predicar su divino Evangelio, nos dió el ejemplo, y por eso los sacerdotes somos sus representantes en la tierra.

Celeste alzó sus ojos, y miró al clérigo con una indefinible expresion de reconocimiento.

—Vamos, muchacha, le dijo éste con dulzura, no seas caprichuda, ¿dónde vive ese señor?

—Recuerdo que en la calle de . . . Pero es en vano, no lo veais.

—¿Por qué?

—Porque le he mandado una carta que me escribió Macaria, y no me ha contestado, y ya no querrá verme *mas: creerá que soy una infame ladrona.*

—Es menester no desesperar del remedio, hija mia: este negocio lo tomo por mi cuenta, y desde hoy te prometo no abandonarte.

Celeste tomó las manos del padre, y las llevó á sus labios.

—Ahora, hija mia, ¿me otorgarás un favor?

—Lo que queráis, señor.

—Ya te vi como un amigo; quiero escucharte ahora como un confesor. ¿Deseas tranquilizar tu conciencia?

—Con mucho gusto, señor.

Celeste se arrodilló ante el clérigo, y el amigo se convirtió en juez severo; pero tanto el amigo como el juez, ó mas claro, el caritativo eclesiástico, salieron convencidos de que los padecimientos de Celeste, eran debidos á una de tantas injusticias que se cometen en el mundo, con todas las apariencias de legalidad y de justicia; y por consiguiente, se propuso no descansar, hasta no conseguir la libertad de su protegida. Habia tambien un motivo secreto de simpatía que arrastraba al eclesiástico, y que mas adelante lo sabrá el lector.

## II.

### La Vida del Gran Tono.

Arturo y el capitán Manuel llegaron á México sin accidente alguno: Manuel se despidió de su amigo, á quien dijo que se retiraba á vivir á la casa de una tia anciana, única gente que tenia de su parte en el mundo; y convinieron ámbos amigos en esperar las cartas de la Habana, para obrar contra sus enemigos con toda actividad y energía. En cuanto á Arturo, como tenia, no amor, sino fatanismo por su madre, brusca é intempestivamente entró por todas las piezas de su casa, hasta que se arrojó en brazos de la señora, que mas doliente con sus recientes pesares, hacia tiempo que permanecia en la recámara. Cuando sintió la madre el contacto de los besos ardientes, que su hijo le imprimia en la frente, solo pudo mirarlo con mucha ternura, y cayó desvanecida en su sillón: algunas sales aromáticas que le hicieron respirar, le volvieron el uso de sus sentidos, y entónces se abrazó fuertemente del cuello de Arturo, y pagó con usura sus besos y

sus caricias: mas de dos horas duró esta escena tierna, en que hubo por parte de la madre dulces y amistosas reconvenções, y por parte de Arturo amorosas caricias. En cuanto al padre de Arturo, como era, segun hemos dicho, un hombre enteramente preocupado con los negocios de agio y de cambio, solo dió una palmada en el hombro de su hijo, cuando se sentaron á la mesa, y le dijo:

—Es menester que no botes tanto dinero, querido; estas idas y venidas y estas aventuras cuestan algo; y si no, dígalo la libranza que he pagado ayer, y que caminó mas violentamente que tu.

Arturo contento con salir tan á poca costa de sus apuros, siguió saboreando la confortante sopa, y tímidamente anunció á su padre, que los Sres. Urigüen y Ragneau, sastres de Paris y de México, le presentarian dentro de algunos dias, una cuenta de ropa, que tenia necesidad de mandar hacer. El padre hizo un signo afirmativo con la cabeza, y concluyendo precipitadamente su comida, salió de su casa, y caminó á Palacio, en donde el ministro de Hacienda lo esperaba, para concluir uno de esos negocios en que los reales se convierten en pesos.

Durante esa noche, Arturo acompañó á su madre que solo con la presencia y la voz de su hijo, se mejoró visiblemente; mas al dia siguiente Arturo salió con un traje de mañana, y se dirigió á la calle del Puent del Espíritu Santo, en donde está ese magnífico templo de la moda y del gran tono, dirigido por los ma

expertos cortadores de Paris. Allí escogió los paños mas finos y mas delicados, los casimires mas caprichosos para pantalones, los terciopelos y sedas mas ricos para chalecos; y ordenó, que con tal de que hiciesen violentamente todas las prendas que mandó hacer, no se parasen en precio. Como en una gran ciudad donde todo se encuentra, se hacen materialmente milagros, en pocos dias todas esas maravillas estuvieron concluidas, y Arturo se presentó tan elegante, como si en un globo aereostático hubiese caido, procedente de Paris.

Parece que mudando de traje, Arturo habia mudado de sentimientos, pues sus pesares, sus esperanzas, sus amores, todo se habia desvanecido completamente, excepto el cariño á su madre, que nunca disminuia: su indiferencia era completa, y aun habia tomado un aire notable de fatuidad. Se convirtió en lo que se llama un jóven de tono: se levantaba á las diez, almorzaba, se vestia á la *négligée*, y salia por las calles de la Monterilla, Plateros y Portales, comprando alfileres, cadenas polkas y otra clase de chucherías: á la una entraba al café del Progreso á jugar algunas treguas al billar, ó una partida de ajedrez, y á las tres y media de la tarde se retiraba á su casa, cuidando ántes de entrar á la tercena de tabacos, y rellenarse la bolsa de puros habanos de los mejores. En su casa se comia opíparamente: á las cinco se lavaba, se vestia, y mandaba poner la carretela, ó ensillar el caballo, y se dirigia al paseo de Bucareli, á la Alameda, ó á esas pintorescas

calzadas de Chapulpec, San Cosme ó la Piedad. A las oraciones tomaba el té en compañía de su madre, y á las ocho de la noche se le veía con, otro traje, en el magnífico pórtico del Teatro Nacional, dirigiendo el lente á todas las muchachas, que elegantes, hermosas, llenas de aromas y de atractivos, concurrían todas las noches á la comedia, con una constancia inalterable. Los domingos eran los paseos á San Ángel ó á Tacubaya, donde Arturo con un desenfado heróico, apostaba buenas onzas de oro á los albuces: ya se sabe que entre nosotros nunca falta una casa de juego en todos los lugares de diversion.

Como el padre de Arturo hacia brillantes negocios de agio con el gobierno, no paraba la atención en los gastos de su hijo; y solo la madre, de vez en cuando, solía aconsejarle que no fuera disipado ni gastador; pero como el muchacho respondía á estas indicaciones con caricias, la excelente señora quedaba enteramente satisfecha de la conducta de su hijo.

Como Arturo era un jóven de moda, su aventura con Teresa, su desafio con el capitán Manuel, su viaje á Veracruz y su enfermedad, se habian contado de una manera maravillosa: decían que Arturo habia recibido un balazo, que le habia pasado dos líneas distantes de la cabeza, agujerándole su sombrero, y chamuscándole el pelo: que despues se habia robado á Teresa, dando de cuchilladas al tutor, y que la habia conducido con mil riesgos á Veracruz, hasta embarcarla para la Habana: en fin, Arturo era un jóven valiente, á quien todos res-

aban, y un calavera á quien todos querian, porque a la bolsa abierta para pagar todas las noches helados, chocolates y ponches á un círculo numeroso que se reunia en el café del Progreso, ó en el Teatro Nacional.

Un hombre así se grangea en muy poco tiempo un número considerable de amigos; mas ya se deja entender, que la mayor parte son de esos amigos elegantes que deben al sastre, á la lavandera y á la fonda, y unos de los cuales traen constantemente en el bolsillo una onza, con la cual hacen ostentacion de franqueza, sin que nunca llegue el caso de que la cambien. Arturo visitaba las casas de moda; charlaba en el cafelostrozando reputaciones por vía de entretenimiento y concurría, como hemos dicho, á todos los espectáculos públicos, ostentando siempre la elegancia de sus vestidos y el valor de sus cadenas, alfileres y anillos; pero en el fondo de su corazón, ni era mas feliz, ni tampoco habia perdido los buenos sentimientos que le caracterizaban.

Arturo, al entrar en este nuevo género de vida, olvidó todo lo pasado: Celeste no habia una sola vez venido á su memoria; á la linda Aurora la habia encontrado algunas veces en la sociedad, pero apenas se habia dignado fijar la vista en ella: el mismo Rugiero, á quien solo habia visto dos ó tres veces, habia perdido todo el prestigio de su influencia en el ánimo del jóven, quien ya no le habia dicho que mandase cuando le pareciera. En su pistola, que tenia guardado debajo de siete llaves, el capitán Manuel y Teresa le interesaban algo por

su desgracia, y de Apolonia solo conservó la ilusión que se tiene por un pajarillo que canta, ó por una flor que agrada al olfato.

Cómo el jóven eminentemente sentimental y enamorado, se volvió repentinamente incrédulo, estóico, mordaz, frívolo y charlatán, se explica solo por la falta del amor, porque el vacío que queda en el corazón, solo pueden llenarlo la memoria, ó los encantos de una mujer que se ama.

Arturo encontró una noche á Rugiero, y pidiéndole, como tenia de costumbre, una explicacion de la aventura de Teresa, este le prometió solemnemente ponerlo al alcance de todo, si consentia en concurrir á una tertulia, en donde tenia empeño en presentarlo: aquel, aunque temeroso siempre de alguna mala pasada, condescendió; y como estaba vestido convenientemente, se dirigieron en el momento al lugar convenido.

Ya que hemos fatigado al lector en el cursó de dos capítulos, con la descripción de lugares inmundos y horrorosos, justo será que lo traslademos ahora á una de esas magníficas casas que hay en México, en donde todo es lujo y elegancia. Desde la entrada se podia notar una puerta grande y sólida de labrado cedro, con un mascarón de fierro, que servia para llamar al portero: el patio era espacioso, formado por cuatro corredores sostenidos por delgadas y elegantes pilastras, y una gran lámpara daba una claridad mas que suficiente para notar una línea de macetones y barriles con naranjos y laurel rosa, cuya proyección

se habria reconocido aun sin necesidad de la luz, pues el aire que se respiraba al pasar por la escalera, era embalsamado. La escalera estaba pintada al óleo con primorosas labores, y una barandilla de fierro labrado con adornos de reluciente bronce, y un pasamano de caoba, permitia á los que subian y bajaban, apoyar su mano en una superficie lisa y reluciente: otra lámpara de limpios cristales, con sus varillas y adornos dorados, daba luz á este paso. Una vez que se subia al corredor de arriba, el olor de las azucenas, de los claveles y de las rosas, se hacia sensible, y la vista se recreaba involuntariamente en tantos macetones de porcelana cubiertos de las mas exquisitas flores. Del corredor, que estaba cubierto por un toldo de yedras, madreselvas y campánulas, se pasaba á una antesala, formada de cristales de colores, cuyas paredes estaban cubiertas de muy buenas copias de cuadros de Murillo, de Rafael, de Rivera y de otros maestros antiguos. La sala era espléndida: los sillones, mesas y sofás eran de madera de rosa, con asientos de brillante seda nácar y color de oro: una alfombra con caprichosos dibujos y florones, cubria el suelo; y los grandes espejos, con marcos dorados, reproducian por todos lados las imágenes. Una lámpara, de brillante metal dorado y alabastro, pendia del techo, y pesados y curiosos cortinajes de seda y muselina, sostenidos por unas flechas, dejaban apénas percibir los cristales de las vidrieras que, durante el dia, estaban cubiertas por vistosos transparentes: las demas piezas de esta habitacion correspondian, como debe suponerse, al lujo de la sala.

En tiempos pasados, solo las casas que se llamaban de los títulos de Castilla, estaban adornadas con una tosca suntuosidad: las demas, por lo general, presentaban el aspecto mas melancólico; nada de belleza, nada de elegancia en los adornos. En este punto México ha ganado: las casas de los que tienen dinero, estan indudablemente tan bien puestas como las mejores de Paris; y en la gente de medianas proporciones se observa un deseo de mejora y un hábito de aseo, que evidentemente no reinaba ántes, por mas que se ponderen las comodidades y la felicidad con que todo el mundo vivia en los tiempos del régimen colonial: en todos tiempos y en todos los paises, el que ha tenido dinero ha vivido con comodidades, así como los pobres siempre han estado sujetos á la miseria y á las privaciones.

—Y quién vive aquí? preguntó Arturo á Rugiero al entrar á la antesala.

—Es la nueva casa de una íntima conocida vuestra, caballero Arturo.

—Es posible?

—Entrad, y lo veréis.

Rugiero hizo anunciarse por medio de una criada jóven y graciosa, que salió al leve toque que nuestros dos amigos dieron en la vidriera, y que á poco volvió á salir, rogando á las visitas que pasasen á la sala: Arturo y Rugiero con mucho silencio entraron, y tomaron asiento en un sofá. A poco se escuchó el crujido de unos vestidos de seda, y abriéndose una puerta, se pre-

sentaron Aurora y su mamá: Aurora estaba hermosa como nunca: un vestido de seda blanco con leves listas azules, hacia resaltar admirablemente la elegancia de su talle delgado; y su rostro, ligeramente extenuado, pero perfectamente tranquilo y acaso risueño, estaba encantador con los rizos que graciosamente caían por detrás de sus orejas. Arturo se sorprendió; pero casi inmediatamente sintió un movimiento de cólera contra esta mujer tan alegre y tan opulenta, y que evidentemente no había experimentado ningún pesar, mientras él se moría en una miserable cama de la posada de las Diligencias de Veracruz. Aurora se inclinó ligeramente, y con una gracia y finura, emanadas de su buena educación, los saludó, y tomó asiento: Rugiero presentó á su amigo, y después de los cumplimientos de estilo, todos ocuparon sus lugares.

—Supimos que se enfermó V. gravemente en Veracruz, dijo Aurora dirigiéndose á Arturo, y esto nos causó el sentimiento que era natural.

—Mi madre me escribió una carta, en efecto, y me decía que. . . .

Aurora, que adivinó que Arturo iba á referirse al recado que ella había mandado para informarse de él, le hizo una seña con los ojos, que el jóven comprendió; y sin cortarse continuó:

—Me decía que había tenido el gusto de ver que muchos de mis amigos se habían interesado por mí.

—¿Conocias al señor ya? preguntó la mamá á Aurora.

—Tuve la honra de conocerla en el último baile del teatro, dijo Arturo, y la señorita tuvo la bondad de concederme una contradanza. Entónces acababa de llegar de Lóndres, y tenía toda la rusticidad y candor de un muchacho que sale del colegio: creo que importuné demasiado á la señorita.

—De ningunaa manera, caballero, dijo Aurora bajando la vista, y poniéndose ligeramente encarnada. . .

—Parece que ya me he enmendado, ¿no es verdad, señorita? interrumpió Arturo riendo irónicamente.

—No recuerdo que V. haya cometido ninguna falta, contestó la muchacha con alguna soberbia.

—Faltas graves no, en verdad, repuso Arturo; pero francamente, mis movimientos eran torpes y embarazados; acaso pondria mi pié sobre el de V., porque el calor, las luces, todo me incomodaba, y yo creia hallarme en una atmósfera nueva y desconocida. La sociedad inglesa, que, por otra parte, conozco poco, es fria, grave, reservada, miéntras que la mexicana es ardiente, entusiasta por el baile; y evidentemente, un hombre que acaba de llegar de Lóndres, no hace muy buen papel en ella.

Aurora, que conoció que los sarcasmos iban dirigidos expresamente á ella, con una habilidad admirable interrumpió á Arturo, y le dijo:

—Ya que hablais del baile, os diré, que me contaron, que dos calaveras se desafiaron por cierta muchacha, y que el desafio tuvo el fin de que ámbos se fueran á comer á una fonda: es esta una aventura que da

risa. ¿No es verdad, Arturo? añadió Aurora, mirando maliciosamente al joven. Dígame V., ¿los desafíos son así en Lóndres?

Arturo se mordió los labios de cólera; pero repóñéndose inmediatamente, respondió con una calma perfecta:

—No llegó á mis noticias semejante lance; pero si los dos adversarios tomaron el partido de beberse una botella de champaña, en vez de encajarse una bala en el cráneo, juzgo que hicieron muy bien, porque acaso la muchacha seria tan insignificante, que no valiera la pena de que se mataesn por ella..... Por lo demas, repito, que hasta ahora sé la aventura.

Aurora á su vez se mordió los labios, y replicó vivamente:

—Me parece que las mujeres permanecemos quietas, y que los hombres son los que nos van á buscar.

—No siempre, dijo Arturo, sonriendo maliciosamente.

—¿Podria V. citarme casos? repuso Aurora algo amoscada.

Rugiero, que platicaba con la madre de cosas generales y de poco interes, se mezcló en la conversacion de los jóvenes, y con una finura admirable dijo:

—Vamos, es buen principio de una amistad sólida, el hacer ostentacion del talento, y ya veo que tanto la hermosa niña de V. como Arturo, hace rato que se ejercitan en una conversacion que *haría furor* en los hoteles de Paris de mejor tono: profetizo que vdes. se-

rán buenos amigos; y mas diria, si malas lenguas no dijese ya que Aurora está próxima á contraer enlace.

Aurora se puso encarnada, y Arturo hizo un movimiento de cólera, que no se escapó á la penetracion de Rugiero, miéntras la madre, con aire cándido, dijo:

—Aurora es muy jóven todavía, y no piensa en casarse: lo que hay es, que las gentes suponen ya que D. Gustavo es su novio, sin mas motivo, que visita con frecuencia nuestra casa: es un hombre que hasta ahora no ha dado nota de su conducta, y no veo motivo para no apreciarlo.

—¿Conque á D. Gustavo le atribuyen, contestó Rugiero, la honra de ser amado de Aurora? Debe tenerse por muy feliz.

Aurora iba á responder; pero la llegada de algunas visitas puso en movimiento á los que estaban en la sala. Entraron dos muchachas espléndidas, llenando la sala con su belleza y con su lujo: Aurora las abrazó, y se dieron recíprocamente sonantes y entusiastas besos en las mejillas: á una de ellas la llamó Aurora con el nombre de Elena, y á la otra con el de Margarita.

Elena tenia cosa de diez y nueve años: era pálida, con grandes y rasgados ojos negros, y labios un poco gruesos, pero que daban á su boca un aire extremadamente gracioso, y que provocaban á las caricias y á las dulces palabras de amor: su pelo era negro, pequeñas sus orejas, su cara ovalada, su cuello de cisne suavemente inclinado al lado derecho, su talle gentil, y

sus manos y piés como de niña. Margarita representaba veinte y dos años: era blanca, no como el alabastro, sino como son las mexicanas, que han tenido la fortuna de que la naturaleza les conceda ese color que Murillo daba á sus vírgenes: sus ojos chicos, pero negros, brillaban como dos luceros; una ligera tinta rosa pintaba sus mejillas, y un marcado bozo dibujaba una encantadora sombra sobre sus labios encarnados y frescos. No tenia el talle airoso de Elena, pues era mucho mas baja de cuerpo que ella, pero en cambio tenia unos brazos redondos y mórbidos, un pecho delicioso, y un cútis tan fino, tan delicado, que se trasparentaban sus venas azules, y materialmente se veia circular la sangre al traves de esa delicada tela, mas fina que la mas rica seda.

Alegres, espléndidas, y esparciendo aromas, y deramando la dicha y el placer, aparecieron las dos muchachas en aquel templo, que así podia llamarse á la sala en donde Aurora aparecia como una diosa: se sentaron, ocupando un ancho espacio del sofá con el vuelo de sus trajes: Arturo y Rugiero tomaron otras sillas, y la conversacion se volvió á entablar despues de un rato de silencio. Se comenzó á hablar de cosas muy comunes y generales: del tiempo, de las dahalias, de los jeráneos, de las capotas del cajon de Goupil, y de las barzorinas de Clement. Afortunadamente esta conversacion no duró mucho, porque nuevas visitas se presentaron: una de ellas era nada ménos que Apolonia, acompañada de su tío. Arturo se sorprendió,

pues no tenia noticia de que pudiese venir á México; pero ella, despues de saludar á todos, le dijo á Arturo al oido:

—He sorprendido á V., no es verdad?

—No aguardaba yo á V., Apolonia.

—Y mucho ménos en compañía de tan hermosas muchachas. . . . Decia yo muy bien, cuando pensaba que en México pronto olvidaria V. á las jalapeñas.

—No la he olvidado á V., Apolonia.

Aurora miró con cólera á Arturo, y Elena y Margarita se dieron con el codo: Rugiero platicaba tranquilamente con la madre, sobre el modo de evitar que los gusanos verdes se comieran las hojillas de las dahlias.

—Se halla V. muy contenta en México? dijo Aurora á Apolonia, con intencion visible de interrumpirla.

—Muy contenta, contestó Apolonia: Jalapa es un pobre pueblecillo, y esta es una gran ciudad.

—Ha ido V. al teatro, Apolonia? le preguntó la madre de Aurora.

—Dos veces, señora.

--Al Nacional? interrogó Elena.

—Sí, señorita, y me ha parecido muy suntuoso.

Nuevas y repetidas visitas interrumpieron la conversacion, que no pudo establecerse de una manera interesante.

El piano se abrió, y Elena tocó bastante bien algunos valeses de Marzan y de Wallace: despues de mu

chas instancias, Aurora se sentó al piano, y comenzó á cantar una aria de la Sonámbula con alguna timidez; mas á poco sus facciones se animaron, y de su garganta salieron deliciosas melodías: Aurora tenia una voz hechicera.

Arturo con los ojos fijos, y como enagenado, se mórdia los labios, y Rugiero, que lo miraba al soslayo, sonreía.

En un extremo de la sala se formó una mesa de tresillo, donde se agruparon varios viejos. Los mozalvetes, despues que concluyó Aurora de cantar, promovieron que se bailaran unas cuadrillas: arrinconaron tanto como fué posible á los viejos del tresillo, despojaron la sala de las sillas, acercándolas á la pared, y las cuadrillas comenzaron.

Arturo no dirigió ni un cumplimnto á Aurora, y tomando de la mano á Apolonia, se *puso en baile*, para hablar en términos de moda.

— Pobre Celeste! dijo entre sí, al oprimir suavemente la mano delicada de Apolonia, quizá es mas desgraciada que criminal.

Aurora hablaba en secreto con su compañero de baile, que era nada ménos que Gustavo, con quien todos decian que debia casarse pronto.

Las cuadrillas, que eran improvisadas, pues no era un baile, sino lo que puede llamarse una reunion familiar, las tocaba en el piano la interesante Elena.

Inútil seria fastidiar al lector con alargar mas la descripcion de la tertulia. Los viejos jugaron al tre-

sillo; las muchachas procuraron hacer sus conquistas; los jóvenes bailaron, platicaron, murmuraron y tuvieron sus celos, sus inquietudes y tambien sus placeres. Una mano que se estrecha, una cintura delgada que se abraza, una mirada de amor que penetra hasta el corazon, como queriendo buscar los secretos de nuestra alma, ¿no son por ventura otros tantos placeres? Las madres y las tias, que, sea dicho de paso, eran en corto número, fueron tristes espectadoras de la alegría, del entusiasmo de los jóvenes, y tal vez lanzaron un suspiro por la memoria de tiempos que pasaron y que ya no volverán. La mayor educacion y finura reinó la tertulia, lo cual es evidentemente característico y peculiar de la gente de buena educacion en México: se habló de la Cañete, de la Peluffo, de la virtud fria y sin ejemplo en los anales cómicos, de una dama del Teatro Principal; y mientras unos bailaban, otros se ocupaban en contar las crónicas amorosas de las niñas de los palcos del teatro, en avaluar la riqueza y talento de sus novios, y en pronosticarles un porvenir de ventura ó de desgracia. Margarita, con un talento claro y agradable, daba su opinion sobre las nuevas composiciones literarias, como por ejemplo, Nuestra Señora de Paris, y los dramas de Dumas; y solo una que otra vez la política ocupaba á las bellas muchachas, que se aventuraban á dar su opinion sobre el nuevo gabinete, y sobre el éxito de los pronunciados; porque es de notarse que en este pais, todos los dias se muda gabinete, y todos los dias hay pronunciados; pe-

ro como no es costumbre que las muchachas de México hablen sobre política, pronto degeneraba la conversacion, y el amor volvia á ser objeto de ella.

Los personajes que tienen relacion mas directa con nuestra novela, estuvieron amables y discretos hasta por demas: Aurora, llena de alegría, tan pronto se sentaba junto á su amigas, como se ponía al piano y cantaba: Arturo con la perspicacia de un observador, notó que de vez en cuando Gustavo le decia á aquella algunas palabras en voz baja, y le hacia algunas señas expresivas con los ojos, á todo lo que ella correspondia con una sonrisa, ó con algunas frases, cuyo significado adivinaba Arturo. Apolonia, sencilla, inocente y linda, se granjeó las simpatías de toda la reunion, y todos no tenían boca, sino para elogiar el carácter jovial é ingenuo de la jalapeña.

Gustavo era un Adónis en la extension de la palabra: sus manos eran pequeñas; sus piernas torneadas; su cútis, como el de una mujer; sus colores magníficos, y su pelo rizado y lleno de perfumes: un corsé sujetaba su cintura; sus espaldas las perfeccionaba el algodón del fraque; sus patillas las tenía en orden el cosmético, y sus atractivos los realzaba mas el *sachet de patchouli* que tenía en el bolsillo, y el agua de la colonia de que estaba empapado su pañuelo. Orgullosos se paseaba de intento de un extremo á otro de la sala, sacando el pecho, moviendo las caderas, con los brazos hechos arco, y mirándose al soslayo en los espejos.

Todas las jóvenes, excepto Elena, Margarita Ionía, lo buscaban, y lo llamaban; era el depositario de los abanicos y pañuelos; el que conducía de la sala al piano á las que cantaban; el que impedía que se bebieran agua fría sudando; el que les componía los vestidos y desarrugaba los vestidos; en fin, era el más amable é interesante por esencia. Arturo, sin saber por qué, no lo podía sufrir, y en toda la noche no le dirigió una sola vez la palabra; y cada vez que él y Aurora cambiaban una sonrisa, sentía aquel fuego le subía al rostro, y deseos le venían de ir á los dos novios, aunque fuese á costa de un escudo. Rugiero desempeñó el brillante papel de un bailarín de mundo: se sentó á la mesa de tresillo, y en el momento dió cuatro codillos, tres puestas y una bola; comió dos platos, y con desenfado se levantó, echándose la bolsa ocho onzas de ganancia, pues los amigos jugaban fuerte; bailó unas cuadrillas muy bien, se sentó al piano, y tocó unas melodías alemanas, sencillas, que sorprendieron y arrancaron lágrimas de una de las señoritas; embromó á Aurora y á Elena, y las hizo ponerse coloradas, sin ofender á ninguna; acercó á una casada, y le contó la historia de sus amores desgraciados y románticos con una muchacha; y la interesó tanto, que Florinda, que así se llamaba, lo adoptó por amigo, y lo invitó á comer en su casa para el domingo siguiente.

Antes de las doce, como la concurrencia iba menguando visiblemente, Arturo y Rugiero se de-

ron: Aurora, como si nada hubiera pasado, invitó á nuestro jóven con instancia, á que no dejara de honrar la casa con sus visitas; y Arturo prometió que no faltaria, pues la clase de sociedad que habia encontrado, le agradaba sobremanera. A la salida se reunió con nuestros prersonajes un elegante empleadillo de una oficina de rentas, y los tres entablaron la siguiente conversacion.

—Hermosa ha estado la *soirée*, amigos, dijo el empleadito.

—Muy hermosa, en efecto, contestó Arturo.

—Y muy *fashionable*, añadió el empleado.

—Sabe V. ingles? preguntó Rugiero.

—Yes; pero *very little*.

—Y frances?

—*Ah! oui, parfaitement bien.*

—Me alegro mucho de tener la compañía de un jóven tan ilustrado.

—*Thousand thanks*, caballero, respondió el empleado con la mayor fatuidad, estropeando la construccion inglesa.

—Nos divertiremos un poco con este charlatan: pregúntele V. si conoce á todas las personas que concurrieron á la tertulia.

—Diga V., amigo, ¿V. conoce á todas las señoritas y caballeros con quienes hemos concurrido esta noche?

—*Oh! oh! parfaitement.* Ah! perdone V. la maldita costumbre de hablar frances. ¿Que si las conozco? va-

ya, si todas son mis íntimas amigas; y acaso más. . . . pero no quiero ser hablador.

—Bien, dijo Arturo, ahora sí podremos entendernos.

—Daré á V. cuantos informes quiera.

—Qué clase de sugeto es ese D. Gustavo?

—D. Gustavo? guapo *garzon*: tiene mucho dinero, y es muy buen mozo, y muy amable, y se va á casar con Aurora. Yo al principio tuve mis amoríos con esta; pero. . . . ¿qué quiere V? “¡el matrimonio es tan clásico!” y estas niñas al momento quieren que uno se case; y. . . . no, no. . . . en cuanto á eso, poco y bueno.

Arturo enfadado iba á dar vuelta por una esquina, dejando á su interlocutor con la palabra en la boca; pero Rugiero lo contuvo diciéndole:

—Tonto, ¿en qué nos hemos de divertir, mientras llegamos al hotel? porque vuestra casa estará cerrada á estas horas. Es menester mundo, Arturo.

El jóven convencido por este razonamiento, preguntó al empleado:

—Y dígame V., caballero, ¿qué opinion forma V. de Elena y de Margarita?

—*Je vous dirai*. Ah! perdone V.: este maldito frances se me viene á la boca sin querer; pero vamos al caso; voy á decir á V. lo que sé.

—Margarita es una buena casadita, que vive muy feliz con su marido, porque este la deja hacer cuanto quiere: ámbos son ricos, y gastan un lujo que asombra; pero parece que se quieren demasiado. Elena no es.

ha querido casar: dicen que tiene un novio oculto, á quien le corresponde; pero esas son patrañas: lo que yo puedo asegurar á V. es, que si yo quisiera. . . . por- que ella me ve. . . . ¿no la observó V?

—Nada observé, contestó Arturo con sequedad.

Rugiero dió con el codo á Arturo, y le dijo al oido:

—Pregúntele V. por Florinda.

El jóven disimulando su incomodidad, volvió á diri- girse al empleado.

—¿Conoce V. á Florinda?

—Como á mis manos: es una mujer pervertida ab- solutamente, que ha hecho desgraciado á su marido, á quien le ha gastado, y aun le gasta, mucho dinero, y que cada semana muda amantes. Yo no sé, en ver- dad, cómo la madre de Apolonia, consiente en que su hija tenga amistad con esa señora.

—Y V. la habrá enamorado, caballero? dijo Ru- giero.

—Sí, sí.... pero la he despreciado, porque me choca, me *hace asco*. ¿No observó V. como en toda la noche no le dirigí la palabra? ¡Diable! Yo tengo mucho mun- do, para no conocer que á las mujeres es necesario tra- tarlas así, á poco mas ó ménos.

—Muchas felicidades, caballero, le dijo Rugiero dándole la mano, pues habian llegado en esto al hotel del Teatro de Vergara.

—Buenas noches: servidooooooooo vuestro.

El empleado alargó tanto la vocal, porque Rugiero le estrechó la mano tan fuertemente, que el pobre

hombre no tuvo ni alientos de despedirse de Arturo; y contentándose con hacer una rendida cortesía, se abotonó su fraque, y echó á andar precipitadamente. Arturo y Rugiero entraron al hotel; se instalaron en un cuarto, y pidieron una buena d6sis de ponche.

—Con verdad, no tengo sueño, dijo Arturo, y preferiria pasar parte de la noche charlando.

—Como igual cosa me sucede á mí, he mandado preparar este refresco.

Los dos amigos se quitaron las casacas y los chalecos, que botaron sobre una silla, y poniendo un rollo de habanos en la mesa, se sentaron uno en frente de otro, y comenzaron á saborear el ponche, que arrojaba unas llamas azuladas y fantásticas.

—Buenas ganas he tenido de cojer por el cuello á ese charlatan, y botarlo en un caño.

—Pues yo, al contrario; me he divertido, observando que no ha dicho una sola palabra de verdad.

—Así lo he creido yo, contestó Arturo.

—Pero hablando de la tertulia, ¿qué os pareció Arturo?

—En verdad, Rugiero, encuentro siempre detras de ese lujo, algo tan triste, tan amargo, que no sé.... Yo no puedo explicar por qué causa....

—Es porque, interrumpió Rugiero, debajo de los trajes de seda suelen latir corazones muy infelices: la miseria y el sufrimiento no se hallan solo en las cárceles, en los hospitales y en las pocilgas de los infelices, sino tambien en los palacios y en las casas opu-

lentas, como la de Aurora. Si quereis, Arturo, os contaré la verdadera historia de las personas que ha nombrado el escribiente charlatan.

—Con mucho gusto, Rugiero; eso me haria pasar la noche enteramente divertido.

—Bien; pues lo quereis, oid.

### III.

#### Florinda.

Las historias que voy á contaros, mi querido Arturo, dijo Rugiero, no son comunes; y os aseguro que el diablo se ha pelado las barbas mas de una vez, al pensar que sus trabajos han sido hasta ahora inútiles. No obstante, como yo, ó quiero decir, el diablo, es activo, circunstancia que falta absolutamente á vuestros paisanos, espera todavía conseguir una completa victoria. Comencemos por la historia de Florinda, que os hará conocer, cuan errados é injustos son las mas veces los juicios de la sociedad; y digo esto, porque el emplea-



dillo charlatan, no ha hecho mas que repetir lo que pasa como muy cierto en la sociedad.

La madre de Florinda era una santa señora, tan devota como ambiciosa, que se levantaba diariamente al amanecer; se iba á la iglesia, y permanecia en ella muchas horas, oyendo misas y rezando á todos los santos de la corte del cielo, á quienes les pedia infinidad de cosas imprudentes, que por supuesto ellos no le concedian: una de tantas cosas que ella pedia, era que diesen á su hija un novio rico.

Florinda rayaba en esta época en los diez y ocho años; sus pasiones, así como su fisico, se habian desarrollado completamente; pero la muchacha se habia inclinado al sentimentalismo, á la contemplacion de lo ideal: así es que, su genio, que era alegre y agradable hasta el extremo, tenia sin embargo cierto tinte de melancolía, que algunos hombres creian encantador. No era un prodigio de belleza, pero tenia unos diez y ocho años floridos, algun talento, y cosa de cincuenta mil pesos de capital; circunstancias mas que suficientes para proporcionarle muchos novios. Tenia, en efecto, una media docena de jovencitos que la seguian á la misa, á la Alameda, á las visitas y al paseo; pero la madre, en el momento que observaba estas atenciones, indagaba la posicion de los novios, les formaba un maravilloso inventario de su crédito activo y pasivo; y como resultaba que eran, ó dependientes de tiendas al menudeo, ó empleados, ó militares, que no contaban mas que con un escaso sueldo, procuraba evitar las ocasio-

nes de un encuentro; les prohibia la entrada en su casa, si por casualidad la hubian visitado alguna vez, y tenia prohibido severamente á los criados, bajo la pena de pérdida del empleo, el que fuesen portadores de recados, ó billetes amorosos. Por las noches platicaba largamente con Florinda, y le inculcaba las ideas mas exageradas contra los hombres, llamándolos venales, falsos, engañadores, perversos, pobres, en fin, que era para la buena señora el mayor y mas grave delito. Florinda oia esto con atencion: se grababan profundamente en su alma algunas palabras de la madre, y poco á poco la desconfianza y la incredulidad se iban introduciendo en su corazon, vírgen y blando como la cera.

Entre los perseguidores mas constantes de Florinda, se contaba un jóven, llamado Luis Cayetano, que no cumplia aun veinte años: era pálido, de triste é interesante fisonomía, de una sensibilidad exquisita, de una exaltacion poco comun en materias de amor. Luis Cayetano vió una ocasion en la iglesia á Florinda, como Romeo á Julieta: era dia de una de esas funciones religiosas que vdes. tienen frecuentemente: la iglesia estaba llena de candiles y de blandones de plata, toda revestida de terciopelo y de oro, adornada de banderolas y vistosos gallardetes; una nube de incienso subia del altar; y las melodías de una grande orquesta vibraban de una manera santa y misteriosa. Florinda, con su traje de terciopelo negro, y su mantilla de punto blanco, estaba arrodillada ante el altar; y poseida de uno de esos raptos de melancolía, que frecuentemente tienen las jóve-

nes, cuando su corazon no tiene objeto que lo llene, zaba sus grandes ojos azules al altar, y los bajaba al suelo húmedos de lágrimas. Luis Cayetano se quedó parado, mudo, absorto, contemplando aquella mujer, que le pareció un ángel: fuése á su casa pensativo, y en sus horas de soledad la divinizó, la rodeó de tanta poesía y de tanta magia, que ya los mismos ángeles le parecieron toscos y groseros, comparados con la beldad que habia cautivado para siempre su corazon. Florindó por su parte, no sintió la misma impresion que Julie al ver á Romeo, pues apénas fijó la vista en Luis Cayetano; pero la vanidad y la compasion, que pierden muchas veces á las mujeres, obró algo en favor del jóve y tanto pasó este por la calle, tanto siguió á Florinda todas partes, que logró interesarle algo; pero por una fatalidad para Luis, se presentó en esos dias un novio que agradó sobremanera á la madre y á la hija. Era no un jóven, sino un hombre; pero un hombre hermoso, desarrollado, y que tenia esas formas magnificas, que tanto agradan á las mujeres. El novio, que se llamaba D. Pablo, gastaba un lujo soberbio, pasaba por un hombre rico: la madre creyó que Dios y los santos le habian concedido al fin lo que con tanto fervor les habia pedido, y arraigada en su cabeza esta idea religiosa, resolvió casar á su hijo. En cuanto á Florinda, olvidó completamente, y con una asombrosa facilidad, á Luis Cayetano, y se apasionó perdidamente de Pablo: las dos tenian razon, pues Pablo fué presentado en la casa por una tia, amiga de

madre de Florinda, con una muy buena recomendacion, que no desmintió en año y medio: condescendia con cuantos caprichos tenia la madre; y platiaba con ella de religion, de santidad y de las buenas costumbres; le arrimaba la escupidera, y comia las bajezas y humillaciones mas grandes. Con Florinda era en extremo amoroso; la llamaba su pama, su ídolo, su único y solo amor; y cuando lograba estar á solas un momento con ella, le tomaba la mano, se la estrechaba contra su corazon, y la miraba con sus ojos casi húmedos de lágrimas. En año y medio de este trato constante, ganó enteramente el amor de la muchacha; logrando que en su corazon vírgen, se grabara profundamente esta primera impresion.

Luis Cayetano, durante este tiempo, padecia los mas crueles tormentos y los mas inauditos dolores morales; perdió el apetito y la alegría, y en las noches se revolvia en su lecho en una dolorosa vigilia: la idea de Florinda estaba ardiente, fija, indestructible en su cerebro; y como la esperanza solo vuela con el último aliento del hombre, ella lo animaba, y nunca debia de aprovechar las ocasiones para seguirla á todas artes, procurando, aunque inútilmente, que llegaran á sus manos cartas llenas de amor y de humildad: Luis, en efecto, se hubiera arrodillado ante Florinda, como ante una vírgen bajada del cielo. Este amor, que se revelaba en las miradas, en la palidez y en la frente triste del desgraciado amante, solia pagarlo Florinda de vez en cuando con una sonrisa, ó con una mirada que vol-

vian loco á Luis, y que reanimaban su esperanza bunda, su naturaleza cansada, su moral enfermiza to lo hacia Florinda, como lo hacen la mayor pa las mujeres, sin calcular que era un crimen, que la pasion de Pablo aumentaba dia por dia, la de Florinda, como sucede siempre, iba á ménos. Algun cunstancias concurrían á no desatar estos lazo era, la de que Pablo no era celoso, y las mujere lo comun están muy complacidas cuando se les que hagan su voluntad; y la otra, que la madre yaba los amores, y multitud de personas aconsejaba á Florinda que no perdiera la ocasion de colocar secreto instinto decia á la muchacha que debia ser feliz con Luis; pero una voluntad irresistible la traba hácia Pablo. En cuanto á este, observó un ducta uniforme; siempre amable, siempre atento cosas se adelantaron mucho: el dia del casamiento señaló, y Florinda, con una confianza de niña, se casó en ese nuevo estado de vida, que para pocos es Paraiso, y para muchos un infierno.

La madre tomó nuevos informes, y cercioróse que Pablo era riquísimo, aceptó el enlace con todo corazón: las donas fueron magníficas, pues vistieron en ricos trajes de seda y terciopelo, cambiaron batista, joyas, flores, primorosos delantales, y se puede idearse de mas á propósito para fascinar la muchacha: Pablo, ademas, puso una magnífica adornada de cuanto es necesario para la vida y los placeres. Todo dispuesto así, y hechas las d

rias respectivas, el casamiento se verificó en una hermosa mañana de primavera: hubo banquete, al que asistieron los parientes cercanos de Florinda y los amigos íntimos de Pablo, y por la noche los dos novios, felices y envidiados de todo el mundo, se retiraron á su casa.

—Y Luis Cayetano? preguntó Arturo.

—El pobre diablo supo la víspera el casamiento de su ángel idolatrado; pero era un hombre como la naturaleza cria á muchos: entregado con vicio al estudio de la poesía, de la literatura, de la música y de la pintura, era, en una palabra, un artista en lo interior de su alma; pero como era huérfano, y el sueldo que ganaba en un escritorio era escaso, no habia tenido los elementos necesarios para que se desarrollaran los delicados instintos que tenia para las bellas artes. Esta causa hizo que su vida fuese un continuo tormento, hasta que vió á Florinda; y ya entónces el amor ocupó el vacío infinito de su corazón; pero á poco tiempo los martirios y sufrimientos comenzaron en su espíritu, atroces é intensos como nunca. Era un espectáculo ridículo para unos, pero lastimero para otros, el ver al amante en las noches oscuras y lluviosas, paseando por la calle donde vivia Florinda, y dándose por muy dichoso, si una sola vez veia dibujarse detras de las vidrieras iluminadas y de los rojos cortinajes, la sombra adorada de Florinda. Como he dicho, la víspera llegó á noticia de Luis Cayetano, que Florinda se casaba; y como debeis suponeros, mi querido Arturo, la noche fué muy cruel

para el amante desgraciado. La primera idea que le vino á la cabeza, fué la de suicidarse: puso en órden sus papeles, y con el poco dinero que tenia, fué á pedir á un boticario amigo suyo, una dósis de arsénico que le fué dada. La idea del suicidio le pareció inútil y ridícula; y entónces se acostó resuelto á atravesarse con un puñal á su rival y á su ingrata querida; pero no le duró mucho esta idea, porque el espectáculo de la sangre le horrorizaba; y luego, matar á su adorada á aquella misma deidad que habia visto tan pura y tan hermosa en las gradas del templo, era una cosa demasiado cruel. Así, en medio de su agonía, clamó á Dios; y como Dios fortalece á las almas contra los ataques de Satanas, que hace cuanta diligencia puede por ingerirse en todos estós pequeños negocios de amor, Luis Cayetano encontró refugio en la resignacion, cosa extremadamente inútil en estos casos, porque la resignacion es una imbecilidad. Cuando este partido se adopta, todos los asuntos del mundo, por mas arduos que sean, deben forzosamente tener un buen resultado: resignaos á que un ladron os robe vuestro bolsillo, y veréis que satisfecho queda: resignaos á que un malvado os robe la mujer que amais, y veréis como miéntras él rie, vos llorais. . . . Pero me aparto de la historia. El pobre diablo del amante lloró como un niño en la soledad de su cuarto; por supuesto que fueron lágrimas estériles, porque nadie podia, ni debia compadecerse de un dolor ignorado: esto tocaba solo á Florinda; pero las mujeres están organi

zadas de una manera rarísima, y cuando se trata de que satisfagan un capricho ó un deseo repentino, así podia caerse el mundo, que no lo harian. Luis Cayetano tomó la pluma, y escribió á Florinda una carta ardiente, apasionada, pero llena de sumision y de delicadeza, en que la hacia responsable de la felicidad de toda su vida, y la conjuraba á que no se casase. Luego que concluyó, salió de su casa pálido, con la mirada extraviada y el paso vacilante, y buscó á una costurera de toda su confianza, á la cual rogó mucho que pusiera la carta en parte donde pudiera tomarla Florinda y leerla. Como Luis gratificó abundantemente á la costurera, esta cumplió su mision, poniendo la carta en el redículo de su señora; pero como esto sucedió la noche misma en que se casó Florinda, este recurso nada valió al infeliz de Luis Cayetano; pero mas adelante sabréis como esto fué un castigo para Florinda. El marido de esta redobló sus atenciones para con la madre y su amor hácia Florinda muy pocos dias ántes de casarse; fingió de tal suerte cuantas virtudes no tenia, que la madre le dió un poder jurídico general y bastante para el manejo de sus bienes, y esto lo hizo con tanto mas agrado, cuanto que tuvo que rogarle muchísimo, que intervinera en estos negocios, y tomara á su cargo los intereses. Florinda, por su parte, estaba loca: sentia naturalmente los ligeros temores que siempre asaltan á las jóvenes, cuando van á mudar de estado y á entrar en otro género de vida; pero las ilusiones eran superiores, y allá en su imaginacion vi-

va y juvenil se figuraba inmensos y perpetuos goces Luis Cayetano lloraba, miéntras Florinda ni un solo pensamiento le consagraba en esos momentos.

A la noche, como era de esperarse, los novios se retiraron á su alcoba, que era magnífica: una hermosa cama dorada con almohadones de seda y sobrecama de vistoso damasco, espejos grandísimos, floreros con exquisitas aves disecadas, un tocador lleno de los más curiosos frasquitos y chucherías de porcelana y de cristal, una mullida alfombra, una voluptuosa lámpara de alabastro; tales eran los muebles que la llenaban, y todo esto era de un gusto exquisito, y de un lujo verdaderamente oriental. Florinda, jóven, crédula, llena de ilusiones, confiada en el amor de su marido, entró en la alcoba con el corazón palpitándole, un poco pálida; con las miradas llenas de brillo y de esperanza: el marido entró á poco con una ligera sonrisa en los labios, en que se podía, con una poca de atención, reconocer el sarcasmo y el placer inefable que tiene el hipócrita cuando ha conseguido su triunfo. Pero lo demás, en su rostro se podía notar más bien frialdad é indiferencia que entusiasmo. Florinda le tendió los brazos; el marido con indiferencia pasó el suyo por la delgada cintura de la muchacha, y le dió en el frente un beso frío, como si se tratara de una fórmula de cumplimiento: Florinda retrocedió espantada; miró al marido, y con el instinto que da la desgracia, leyó su porvenir en el rostro de su marido.

—Oh! tú no me amas, no me amas! dijo envolviend

su rostro en una de las cortinas de la trasparente muselina de su lecho.

—Esas son necedades, Florinda; y si desde el primer día de casados comenzamos con estas historias, ¿qué será despues? dijo el marido con algun mal humor, y levantándose de un sillón de caoba forrado de seda, en que se habia sentado.

—No me amas! no me amas, murmuró Florinda; y sintiendo que las lágrimas venian á sus ojos, tomó su redículo para sacar su pañuelo: al sacarlo, cayó al suelo la carta de Luis Cayetano, que habia puesto en él la costurera.

—Maldita casualidad! exclamó Arturo.

—En efecto, dijo Rugiero, fué una funesta casualidad. ¿Y qué, no creéis, Arturo, que esas casualidades estan ordenadas por un poder invisible, que unos llaman Providencia, otros fatalidad y otros acaso?

—Oh! sí lo creo, lo creo, murmuró Arturo; pero proseguí la historia.

—La historia es muy sencilla, continuó Rugiero. Ese templo magnífico del amor; esa alcoba perfumada y llena de encantos, destinada para goces puros y sublimes; esa alcoba, en cuyo recinto no debieron resonar mas que palabras llenas de ternura, y besos ardientes de dos esposos que se unian para atravesar el mundo, para mitigar sus penas mutuamente, para repetir-se que se adoraban, para jurarse que sus pesares y sus alegrías en el resto de la vida, serian mutuos, que sus dos almas, bendecidas por la iglesia, formarian una so-

la existencia; en fin, este aposento, donde no debí haber pasado mas que misterios que el pudor cubrió con su velo, fué testigo de una de las escenas crueles que pueden acontecer en la vida de una mujer. El marido tomó la carta, y sin inmutarse, se puso á una bujía de esperma, que ardía en un rico candelabro de plata, y se puso á leerla, mirando por intervalos á su mujer: concluida la lectura, la arrojó en el suelo de Florinda; encendió un cigarro, y se sentó tranquilamente en el sillón de caoba. Ahora, como vosotros que teneis curiosidad de saber lo que decia Luis Cayetano, os la relataré, poco mas ó

“Ángel mio, decia: en el momento en que te casar, y cuando has olvidado completamente mi nombre, y cuando no puedo resolverme á odiarte. En lugar de luchar con mil siniestros proyectos de venganza, muerte y de sangre, he derramado un torrente de lágrimas; he registrado mi corazón, y solo tengo amor, y nada mas que amor.

“¡Si vieras, Florinda, cuántas dulces ilusiones concebido con tu cariño! Me figuraba una vida dichosa, y anhelaba una existencia larga para verte solamente. El día que tú, amada Florinda, me hubieras entregado tu corazón, yo me hubiera postrado de rodillas para adorarte como una virgen, para bendecirte como á mi ángel. ¿Sabes, Florinda, lo que haré hoy? . . . ni yo lo puedo hacer. El fastidio y la tristeza me van á quitar la vida. Si aun puedes evitarme los martirios

muerte lenta y terrible. . . .” Seguian despues otras ternezas, que no refiero, porque seria cosa larga, y porque interrumpirian el hilo de mi narracion.

—Conque habia otro amor en campaña, esposa mia? dijo el marido sonriendo irónicamente; ¿conque habia otro que competia conmigo en terneza y en romanticismo?

Florinda, que como os he dicho, ningun antecedente tenia de la carta, corrió vivamente del lugar donde estaba, y se arrojó á los piés de su marido, á quien con la mayor ingenuidad le dijo:

—Oh! te juro que nada sé de este papel: no sé quién lo ha escrito, ni cómo estaba entre mi pañuelo.

--Conoces esta letra? le dijo el marido presentándole la carta.

Florinda pasó los ojos por los renglones, y reconoció la escritura de Luis Cayetano, que la habia obsequiado algunas ocasiones con la copia de algunas poesías.

—Reconoces la letra? volvió á preguntar el esposo.

Florinda murmuró algunas palabras sin enlace ni sentido.

—Perfectamente, querida mia! dijo el marido: parece que ya no dudas de dónde viene esta carta. Ahora, escúchame.

Florinda iba á hablar; pero su esposo, poniéndose un dedo en la boca, le impuso silencio.

—Escúchame, repitió: yo tenia una querida, linda, cándida, pura, llena de virtudes, pero que adolecia de

un grave defecto, y era el de ser pobre, muy pobre. Yo, sin embargo, me hubiera casado con ella mil veces mejor que contigo; pero como debes de saber que no soy hombre de esos que llaman de mundo, es decir, de los que han sufrido muchos ultrajes de los ricos, muchas ingratitudes de los amigos, muchas traiciones de las mujeres, consideré que era necesario, andando el tiempo, ser rico, ser falso, ser traidor. Repito, que conociendo bien el mundo, para creer en el amor de Cecilia, que así se llamaba mi querida; y me figuré que como con el tiempo se destruyen las ilusiones, se gasta el amor y se acaba la virtud, yo al fin me quedaria pobre, despreciado y engañado por mi propia mujer. Así es que convencido por estas razones, vencí mi pasión; no volví á ver mas á Cecilia; me enamoré de tí, y me casé. Pero me casé, odiando á las mujeres, y conociendo que merecen mas que el desprecio; me casé con la repugnancia que es natural, cuando no se satisface siquiera ese capricho vano que se llama pasión, y que no existe mas que de una manera superficial en el corazón.

Florinda, con el rostro inmutado, con los ojos ardientes y llenos de lágrimas, en los que tan pronto brillaba la cólera como el despecho y el sufrimiento, que hablaba; pero Pablo volvió á ponerse el dedo en la boca y le impuso de nuevo silencio:

—Es menester que me acabes de oír, mujer, como anunció Pablo: á pesar de cuanto te he dicho, me propongo guardarte todas las consideraciones que fuesen dadas y puesto que tú me dabas riqueza, yo debía compen-

sártela siquiera con un amor fingido; pero ahora las circunstancias han variado, cuando la noche misma en que te casas, te encuentro una carta amorosa. Si yo me hubiera casado con entusiasmo y con amor, te habria matado esta misma noche; pero como ya sabes mis ideas, te perdono la vida, y solo me separo de tí en este instante. Esta alcoba será la tuya; yo dormiré en mi gabinete, y todo concluirá de una manera mas cómoda y mas ventajosa para los dos: repito que sin esta carta, te habria podido amar; pero ahora no solo te aborrezco, sino que te desprecio.

—Oh! oh! esto es demasiado, exclamó Florinda cubriéndose el rostro con las manos.

—Demasiado! ¿No sabes el castigo que tiene la mujer falsa, la mujer perjura, la mujer inicua, que la noche misma que se casa, recibe cartas de su amante? Pues su castigo es la muerte . . . Debes agradecerme que cuando mereces la muerte, te perdone la vida.

Florinda estaba poseida como de un vértigo: las palabras que salian de la boca de Pablo, herian su corazon, como si fueran agudos puñales; y la muerte y los martirios físicos mas terribles hubieran sido preferibles á este tormento, que rompía las fibras delicadas de su corazon, que iba arrancando pausada y lentamente las ilusiones de su alma, y que aniquilaba para de una vez toda esperanza de felicidad. Arrojó al suelo un pañuelon de lana con que se habia abrigado; buscó con ansia la carta, que estaba tirada en los tapetes, la abrió, y corrió á leerla á la misma

bújfa de esperma. La resignación, el amor, la ternura que respiraba la carta de Luis Cayetano, formaban un marcado contraste con las palabras egoistas y duras del marido: Florinda la leyó una, dos y tres veces; y luego, furiosa como una leona, se fué á donde estaba Pablo, y poniéndosele delante

—Oh! sí, sí; tiene razon, le dijo; me llama su ángel, su tesoro, su vírgen; es un caballero, un amante digno de que se dé la vida por él: no habia leido, ni sabia de tal carta; pero ahora lo amo, lo adoro, y te aborrezco á tí, como se aborrece al verdugo: ahora te pagaré odio con odio, maldad con maldad; y si tú me has perdido, en el momento en que yo te iba á consagrar todo mi amor, toda mi vida, toda mi ternura, yo á mi vez te perderé á tí: las mujeres somos terribles en la cólera, y cuando se nos trata así.

—Y los hombres somos unos leones, querida mia, repuso Pablo. . . . En cuanto á las locuras que tú pretendes hacer. . . . ya tomarémos providencias. ¿Crees que yo he de ser de esos maridos imbéciles, que sufren la burla y el ridículo del público; que son íntimos amigos de los amantes de la mujer, y de quienes todo el mundo dice que son unos buenos hombres? No! por vida de Satanas! eso no sucederá, Florinda, porque hay excelentes pistolas de dos tiros. . . .

—Bien! bien! dijo Florinda; quiero probarlo, quiero que seas mi asesino. ¿Y no es eso perderte? ¿De qué te servirán entónces esos dos años de maldad y de hipocresía? de qué el dinero que has robado á mi madre?

Pablo se puso pálido, y se mordió los labios hasta que la sangre le brotó.

—Sí, robado, repitió Florinda, porque todos nuestros bienes se han puesto en manos de un infame, de un hombre que no es caballero.

—Florinda, dijo Pablo, afectando moderación, la cólera te hace decir palabras que merecían que te cerrara la boca con un revés; pero no soy hasta ese punto vil; mas. . . .

—Oh, Dios mío! exclamó Florinda, corriendo de uno á otro extremo del cuarto. ¡Y pensar que esto será para siempre, para siempre!

—En tu mano está ser ménos desgraciada, Florinda, le interrumpió Pablo, tomándola del brazo, y sentándola en un sillón.

—¿Ménos desgraciada, dices, Pablo? preguntó Florinda un tanto calmada.

—Sí, Florinda.

La jóven inclinó la cabeza sobre su seno, y comenzó á llorar. Despues, movida de uno de esos raptos, en que tan fácilmente se pasa de la cólera á la ternura, se levantó, y sollozando se arrojó á los piés del marido.

—¡Ah Pablo, Pablo! dime que todo lo que me has dicho, es mentira; dime que es un sueño lo que por mí pasa, y todo lo olvidaré.

—Silencio, silencio, Florinda; esos sollozos y esos gritos van á despertar á los criados, y mañana se sabrá el escándalo, y ya te he dicho que no quiero ser la fábula del público.

Florinda se calló, y el marido entónces tomó una vela, y se retiró á su gabinete.

La aurora vino á encontrar á Florinda en la posicion en que la habia dejado Pablo. Luego que este se levantó, se lavó, se vistió, y hecho un Adónis entró á la alcoba ds su mujer, y con un aire tranquilo, le dijo:

—Es menester que te vistas, y te pongas hermosa, pues ni tu madre, ni la sociedad deben saber lo que ha pasado entre nosotros: debemos aparecer á los ojos del mundo como un matrimonio muy feliz, y este será el modo de que vivamos tranquilos. Tú eres dueña de amar á quien te acomode en lo interior de tu alma; lo único que exijo es el respeto social y el decoro: por lo demas, tú en tus piezas y yo en las mias, no nos molestarémos en lo mas leve.

Florinda no pudo materialmente resistir este combate, y tuvo que meterse en la cama, pretestando un resfriado. La madre fué á visitarla, y Florinda le aseguró que era muy feliz.

Desde el momento en que pasó la escena que acabo de referiros, los dos esposos se odiaron verdaderamente, y muy raras ocasiones se hablaban. Pablo compró una carretela y un par de frisiones; pagó sus deudas; traspasó un palco en el teatro; se volvió, en una palabra, un verdadero *lion*; y como el dinero todo lo facilita, comenzó á poner en planta sus proyectos para divertirse; es decir, á seducir infelices costureras y niñas crédulas de mísera fortuna, sin que con todo esto pudiese olvidar nunca á su Cecilia, que era acaso

la única mujer que habia amado su corazon. En cuanto á Florinda, se resignó á ser una santa; é imitando el ejemplo de su pobre amante Luis Cayetano, se propuso vivir infeliz, pero virtuosa y resignada: este es un hecho, que me tiene asombrado. Si viérais, mi querido Arturo, cuántas han sido las seducciones de Satanas, cuántos los halagos de que se ha valido para perderla, os quedaríais asombrado: esta mujer, pues, á quien calumnia la sociedad, y cuya reputacion hiere un despreciable muchacho, es una mártir, una santa. . . . Satanas trabaja siempre. . . y ya verémos..... Mas dejo en este punto esta historia, y pasemos á otra.

Los dos amigos bebieron buenos sorbos de ponche; encendieron de nuevo sus puros, y Rugiero prosiguió.

#### IV.

##### Elena y Margarita.

—¿Habeis encontrado, mi querido Arturo, en el curso de vuestras aventuras, alguna mujer mística, y de esas que pasan en el mundo por santas?

—En verdad que no, contestó el jóven, arrojando

una bocanada de humo, y acomodándose perfectamente en la silla.

—Pues buscadla, Arturo, y haceos su querido: encontraréis en ella lo que se puede llamar una Vénus en materia de amor.

—¿De véras? . . .

—Os lo aseguro: entre una bailarina y una mujer virtuosa, no hay que titubear; se debe escojer la segunda; y ya os confirmaréis en esta opinion, cuando hayais escuchado la historia que os voy á contar.

—¿La de Elena?

—Y la de Margarita tambien: son hermanas; al ménos por tales pasan en el mundo.

—Cómo? interrogó Arturo; ¿pues qué acaso sabeis que no son hermanas?

—En estas cosas y en otras muchas, lo mejor es dudar: ¿cómo podréis asegurar, que la madre de las muchachas. . .

—Vaya, dijo Arturo, esas son maliciosas inferencias: veamos la historia.

—Elena es la muchacha mas rezadora, mas dada á la devocion; y notad, mi querido Arturo, que en México la educacion que se da á las mujeres, es la mas absurda que se puede concebir: se les enseña á coser, á bordar, á hacer curiosidades de cocina; y cuando saben bien ó mal estas cosas, se cree concluido todo; y entón:es los novios, que las mas veces son petimetres y casquivanos, vienen á completar la educacion de las muchachas; pero ¡qué educacion!. . . Sue-

acontecer, que cuando algunas ricas familias tienen ver pasar su capital á manos de algun advenedizo disipado, que se instala en la casa bajo el modesto título de hijo, mantienen á las niñas en un perpetuo encierro y aislamiento; y entónces el confesor es el encargado de la educacion. . . . Pero ninguna madre se dedica á formar el corazon de su hija, á enseñarle cuál es el camino de una virtud sólida y segura, indicándole con prudencia las sendas del mal, donde una niña puede perder su inocencia, su tranquilidad, la dicha de toda la vida: ninguna madre, en una palabra, procura educar el alma de su hija, y todas quedan contentas con las exterioridades.

—Pareceis un Fenelon, le interrumpió Arturo; y una de las cosas que me llama mas la atencion, es ver, cómo en medio de la narracion de una aventura amorosa, os poneis á disertar sobre educacion y sobre moral.

—¿Qué quereis? todos los hombres tienen sus ratos, en que piensan seriamente sobre los males sociales; y como yo quiero que tanto en amor, como en otras cosas, seas mi discípulo, fuerza es tambien daros estas lecciones, que no van fuera del camino de mi historia.

—Pues comience la historia.

—Decia yo que Elena era una muchacha ejemplar; que se confesaba y comulgaba cada ocho dias, y que por la noche empleaba mas de dos horas en rezar á todos los santos del cielo.

—Y qué tiene eso de particular? dijo Arturo; ¿qué

hay en esas prácticas que pueda ser un gran defecto?

—Y cómo que hay? Cuando esos rezos y esas comuniones se hacen con fé viva y ardiente, son muy buenas; pero cuando se practican como lo hace la mayor parte de las mujeres, por costumbre, ó por diversion, entónces. . . .

—Entónces, dijo Arturo, son. . . . una hipocresía.

—No precisamente hipocresía, pero sí necedad. . . . pero no disertemos ya mas sobre moral, y pasemos al amor.

—Sí, al amor, al amor, dijo Arturo, que es la fuente de todas las historias divertidas de este mundo.

—La madre de Elena y Margarita era una mujer severa en su conducta, inflexible con sus hijas, cristiana del siglo de la inquisicion, y que no admitia controversia alguna en puntos de religion. Educó á sus hijas con arreglo á sus principios, y la casa presentaba el aspecto mas austero y ejemplar. Todos los dias muy temprano las niñas iban á misa, y permanecian en la iglesia hasta que el sacristan sonaba las llaves: las ocho de la noche se rezaba el rosario, se cenaba las nueve, y todos se acostaban á las diez. Cada ocho dias confesaban y comulgaban todos, y se preparaban sus desayunos llenos de flores y de diferentes clases de bizcochos. Mientras las niñas fueran chicas, toleraron esta vida; pero cuando la edad fué desarrollando sus instintos amorosos, y percibieron que habia teatros, y bailes, y paseos, y diversiones,

existencia les pareció insoportable, y no pudieron menos que manifestárselo á la madre, la que inflexible en su conducta, no cedió un punto; y lo único que hizo fué concederles un maestro que les enseñara á tocar el piano, cuyo maestro era un jóven artista de no mala figura y de un corazon algo mas que ardiente. Al cabo de un mes, las niñas estaban muy poco adelantadas en la música, pero bastante en materias de amor, pues el artista, entre los solfeos, solia hacerles algunas explicaciones, que servian mas y mas cada dia para despertar esa curiosidad natural que viene con la misma naturaleza: cuando el maestro creyó que habian adelantado lo bastante, se atrevió á escribir una carta á Margarita, que decia:

“Hermosa Margarita:—Un pobre artista, que no tiene en el mundo ni familia ni amigos, os adora, y morirá de pesar, si no le concedéis una mirada **compasiva**. El artista no tiene mas que á Dios en el cielo y un ángel hermoso en la tierra, que se llama Margarita: si este ángel lo abandona, morirá de dolor. No digais nada á vuestra hermana, ni á vuestra madre, ni á nadie: este secreto lo deposito en vuestro corazon, como se deposita un cadáver en una tumba, para no salir jamas. Adios, Margarita: perdonad, y tened lástima de vuestro rendido amante.”

A pesar de que la madre asistia las mas veces á las lecciones, el maestro se dió modo de poner la cartita entre unos papeles de música, é indicar con los ojos á la muchacha dónde podria encontrarla. Margarita su-

po perfectamente comprender; y sin que lo ni la madre ni la hermana, se apoderó de la c pretextó en el acto que habia olvidado su pañu salir á otra pieza, y leerla. El astuto artista chó esta oportunidad para decir á Elena en baja:

—Elena, yo adoro á V., y si V. no me cori seré capaz de matarme. Piense V. en el mod tengamos una conversacion á solas; pero no nada á Margarita, porque me perderá. Para d necesito fingir que la quiero.

Elena se puso encarnada, porque era la pri que escuchaba un lenguaje semejante, y el sin turbarse, siguió solfeando. Este plan de : torpe, tan neciamente concebido, y que era na hubiese puesto al artista en el último grado d lo, tuvo el mejor éxito, porque las dos mucha tidadas con el encierro, con tanto rezar, y cor ridad de una madre caprichosa é histérica, por tener un amante: cada cual supo guardar to religiosamente; pero comenzaron á descor tuamente, y á perderse poco á poco el cariño tes se tenian. El artista, por su parte, for cálculo: si se llega á descubrir que enamoro : me retiro de la casa, y aquí acaba todo; si gu secreto, entónces estoy perfectamente, pues u dos, ó las dos, me han de querer; pero si á desprecian, entónces digo que ha sido acalor irreflexion, y quedo lo mismo que ántes.

cebiréis, Arturo, que el artista no era hombre de los mas escrupulosos, ni á quien asustaban los inconvenientes. Las cosas se prepararon de tal manera, que despues de dos meses mas, las dos hermanas le correspondian, las dos se odiaban de muerte, y las dos, para infundir confianza á la madre, eran mas exactas en el cumplimiento de sus deberes religiosos. La madre estaba contenta, no solo con sus hijas, sino con el maestro de música, á quien le dispensaba ya su ilimitada confianza, en atención á que muchas noches las acompañaba á rezar el rosario y las novenas.

El artista, encantado con el éxito de su tentativa, la conducia con habilidad grande: cuando daba la leccion, se mostraba igualmente afable con las dos hermanas, haciendo á cada una sus señitas de cariño, cuando la otra se descuidaba. Elena era mas ardiente, mas confiada, mas crédula que Margarita, la cual en cambio era mas despierta, mas cauta, mas calculadora: así es, que el maestro, habiendo hecho esta observacion, todo su empeño lo redujo á que Elena le concediera una cita, para lo que no cesaba de instarle; pero la muchacha, parte por temor, parte por imposibilidad, no se la habia concedido. El artista iba no solo á las horas de leccion, sino indistintamente á cualquiera del dia; y una de tantas veces que pasó por la casa, entró en ella, y encontró que Margarita y la madre habian salido, y que Elena estaba sola: vió que la ocasion se le venia á las manos, y que no debia perder momento.

—Oh! Elena, Elena! yo me muero de amor; le dij tomándole la mano, y seré capaz de asesinar á V., á mamá, á toda la familia, si V. no me correspond y me otorga ese suspirado sí.

—Calle V., por Dios, señor Migueletti, le dijo Elena asustada, porque si entra la costurera ó alguna criada ¿qué van á decir?...

—No, no, Elena, Elena mia, mi amor, mi delicia, mi Eden, mi Hurí, alma de mi vida, flor de mi existencia: yo te adoro, y perderia no solo los veinticinco pesos que tu mamá me paga por la leccion, sino vida misma, por poseer tu cariño, tu amor, tu corazon.

--Pero ¿por qué se llamaba Migueletti? preguntó Arturo; ¿era italiano?

—Mexicano de Zumpango; pero como sabia música le pareció que Miguel era un nombre demasiado prosaico, y lo convirtió en Migueletti. Esto no es extraño, Arturo, pues muchos de vuestros paisanos, como una vez mas que bronceada, pretenden pasar por ingleses ó alemanes.

—Buen bribon era el tal Migueletti, dijo Arturo indignado. Proseguid.

--Elena, continuó Rugiero, que era la primera vez de su vida que se veia con un adorador á su piés, se turbó, se puso, ya pálida, ya encarnada; experimentó, como una palabra, una especie de congestion cerebral que le embargó la voz, y solo tuvo facultad para responde

Si, si quiero á V., señor Migueletti; pero aquíetese V., por Dios, porque las criadas nos van á observar.

Migueletti obedeció, sacó su pañuelo, lo llevó á los ojos, y triste, y con pasos de héroe de drama, se dirigió al sofá, donde se dejó caer, exclamando con una voz lánguida: También el placer mata, Elena!

—Tiene V. algo, le preguntó Elena? ¿Quiere V. un vaso de agua?

--Tengo placer, y sus emociones me matan. Quiero el amor de V. Oh! Elena, Elena! yo me muero.

Elena asustada, y viendo que Migueletti se ponía pálido, y quería desmayarse, se acercó, y con uncandor digno de ser respetado por un hombre ménos inmoral que el maestro de música, le dijo:

—Tranquilcese V., por Dios; yo quiero á V. mucho, porque V. me quiere á mí.

—Entónces el maestro con mucha delicadeza, le tomó la mano, y pasó un brazo por su delgada cintura.

—Cáspita! dijo Arturo, el maestro era hombre que lo entendia.

—Ven, Elena, le dijo el maestro; acércate, porque tu aliento es el alma de vida. El picaron estrechó entre sus brazos á la muchacha, la que fascinada, con las mejillas rojas, y casi sin aliento, no tenia valor para defenderse de estas caricias, y habría sido entónces una inútil víctima, si no se hubiera escuchado el ruido de una carroza que paró á la puerta.—Eran la madre y Margarita.

—Mi madre! mi madre! dijo Elena asustada, y comprendiéndose de los brazos del maestro.

—Bien, bien, Elena, recóbrese V., y vamos al pronto, muy pronto.

En un instante el maestro abrió el piano, despegó los papeles de música, y comenzó á tocar, y á cantar prodigiosamente un dúo de la Lucrecia. Elena, su parte, se limpió con el pañuelo algunas gotas de sudor que corrían por su frente, y tranquila y calmada se puso á acompañar al pianista, teniendo cuidado de sonar la campana y de pedir á las criadas una lámpara para que la llevasen á tiempo que la madre fuese entrando. Margarita fué la primera que entró; echó una mirada indagadora sobre la hermana y Miguel, y una sospecha penetró en su alma, frunció el entrecejo y se quedó pensativa. En cuanto á la anciana, todo; y ahogándose, llegó despues, y encontrando todas las puertas abiertas, á la criada que entraba con la lámpara, y á Margarita sentada en un sofá, se contentó con decir entre dientes: estas niñas son muy apasadas á la música.

—No cabe duda en que las mujeres son el mismo Satanás, dijo Arturo.

—Y los hombres no somos ménos, respondió el otro.

—El maestro, que en medio de las armonías de Chopin, notó el semblante un poco taciturno de Margarita, inmediatamente dejó su dúo, y con la cara alegre del mundo se dirigió á ella, y le dijo:

—Vamos, señorita, se disipará esa tristeza con que te V. una aria de la Sonámbula, y tomándole la mano, la condujo junto al piano. Elena aprovechó esta oportunidad para retirarse, brincando como una chispa, y diciendo que ya el maestro, la música, las arias y los dioses la tenían fastidiada.

—Me he pegado el mas solemne chasco, dijo el maestro á Margarita en voz baja, pues creí encontrar á Elena en vez de Elena. Mas de una hora he tenido que estar tocando, y cantando, para divertir á esta tonta. Después de esto me he dado á entender que he hecho algunas explicaciones mas entre Margarita y el maestro, de lo que resultó que las cosas quedaron tranquilas, y que la madre cada vez iba mas confiada en la virtud de sus hijas y en la firmeza del maestro.

Después de algunos dias se trató de un paseo á San Isidro: no era época de temporada, y solo debian ir la madre, las dos muchachas, un clérigo amigo de la casa y su hermano, que era un curial pobreton, que se tenia de agente de negocios de la iglesia. El maestro fué invitado al paseo, y perfumado, y montado en un buen caballo, acompañó á la familia, que cuidó de llevar dentro del coche sus grandes canastas de almuerzo. El paseo fué de lo mas fastidioso: llegados á Tizahuila, se dispuso el almuerzo debajo de unos árboles: concurrentes dieron gracias á Dios, porque les dale comer, el padre bendijo la comida, y todos llenaron el estómago, rezando al concluir el Padre Nues-

tro. La conversacion, en vez de ser de amores, de fe-  
tines, de saraos, fué de monjas, de religion, y de lo co-  
rompido que estaba el siglo: el maestro de música s-  
po llevar la cuerda tan perfectamente, que el clérigo  
su hermano y la madre quedaron muy satisfechos;  
solo las muchachas se rieron en su interior, pues est-  
ban perfectamente impuestas del fuego amoroso q-  
abrigaba el alma del artista. Concluida la comida, l-  
nifias importunaron tanto á la madre, que hubo de d-  
les licencia para que montasen á caballo: el maest-  
estuvo listo dando las mas amplias seguridades de  
mansedumbre del animal, y se condujo con tal prude-  
cia, que solo paseó á las muchachas sin perder de vi-  
á la madre. Eran ya cerca de las seis de la tarde, cu-  
do se dispuso el regreso á México: Margarita se en-  
prichó entónces en venir á caballo: el hermano del c-  
rigo apoyó este capricho, y la madre consintió en q-  
el maestro fuese el caballero, con tal de que no se d-  
pegase de la portezuela del coche; y arreglada así  
comitiva, emprendieron el camino. Los planes d-  
maestro se realizaban de esta manera admirablemen-

—Conque es decir, preguntó Arturo, que el maest-  
tenia planes?

—Y cómo que sí: eran los siguientes: reunió och-  
nueve hombres, poniendo á su cabeza á un mozalv-  
calavera, á quien le gustaba Elena mucho: esta tro-  
de fingidos ladrones, debia colocarse en una encruci-  
da, donde se divide el camino para otros pueblos; q-  
tar el coche; amarrar al clérigo y á su hermano; q-

tar á la madre, y apoderarse por veinte minutos de las muchachas: Margarita debia ser defendida por el maestro, y Elena robada por su nuevo Páris.

—En verdad, Rugiero, que esta historia me escandaliza y me irrita; y si yo encontrara á ese bribon músico, le habia de dar cuando ménos una buena paliza. ¡Pobres muchachas! Continúad, Rugiero.

—Repentinamente, gruesos nubarrones comenzaron á levantarse; un viento húmedo se hacia sentir; algunas gotas de agua comenzaban á caer, y las sombras oscurecian cada vez mas el camino: la madre ordenó á Margarita que se metiese al coche; pero ella le prometió hacerlo luego que arreciara la lluvia. Entre tanto llegaron á la encrucijada: un *alto*, acompañado de un juramento, hizo detener al cochero, é inmediatamente dos hombres enmascarados amagaron con el cañon de unas pistolas á los que iban dentro del coche. En un caso semejante la voz y el movimiento se suspenden; y esto aconteció á nuestros personajes, que no tuvieron aliento mas que para encomendar su alma á Dios. Los supuestos ladrones amarraron al clérigo, á su hermano y á la anciana, y el nuevo Páris sacó en sus brazos á la hermosa Elena casi desmayada del susto, mientras Migueletti prendia las espuelas al caballo, torcia por una de las encrucijadas, metiéndose por fin en una casa de adobe medio arruinada. La lluvia arreció en ese momento; los truenos se escucharon mas fuertes y cercanos, y uno que otro pálido relámpago alumbraba rápidamente estas escenas verdaderamente terribles.

Margarita, presa de un vértigo infernal, se retorció, se desesperaba, clamaba á Dios, maldecía al maestro de música, y en medio de estas angustias, de estos tormentos, se encontraba aislada, y entregada al poder de un hombre malvado é inmoral.

Al cabo de media hora se escuchó la detonación de unas armas de fuego, que hizo estremecer á los que estaban amarrados dentro del coche; pero pronto apareció, para tranquilizarlos, el maestro de música, diciendo: nos hemos salvado; los ladrones han huido, y Margarita y Elena están seguras. Desató inmediatamente á las personas que estaban dentro del coche, quienes poco faltó para que se hincaran á darle las gracias.

—Mis hijas! mis hijas! fué la primera palabra que pronunció la madre.

—Voy en su busca, dijo el maestro: cuidé de esconderlas entre los magueyes, y se han libertado: el que se atrevió á tocar á Elena, ha sido castigado por mi propia mano, y creo que va muy mal herido.

El maestro, agitado, fué por las muchachas, y volvió acompañado de ellas, diciendo que nada les había sucedido, fuera del susto que era consiguiente. Ya todos dentro del coche, y mirándose sanos y salvos, comenzaron á dar gracias á Dios de que nada les había sucedido, y á registrar las bolsas, para ver si algo les faltaba; pero con asombro miraron que sus relojes y dinero, así como los pendientes y gargantillas de las muchachas, estaban completos. El maestro contó entonces una historia, en que se hacían notables su valor

y generosidad, como la de los caballeros antiguos; y Margarita tuvo que decir que todo era la verdad.

En México se comentó de diferentes maneras la ocurrencia de los ladrones; pero el público, aunque malicioso y mordaz, jamás la interpretó desfavorablemente á las muchachas. Margarita amaneció al día siguiente con una fuerte calentura; y el maestro anunció también á la madre, que atacado, á consecuencia del pesar y de la fuerte impresión que recibió, por una enfermedad nerviosa, iba á tomar unos baños minerales, y suspendía las lecciones. A Elena, pálida y enfermiza después de este suceso, cada momento se le venían las lágrimas á los ojos.

## V.

### Concluye la Historia de Elena y Margarita.

—Ya supongo, mi querido Arturo, que pensaréis que el maestro, atormentado de remordimientos, se fué á echar á los piés de un confesor, ó á encerrarse nueve días en la casa de Ejercicios de la Profesa; pues

nada de eso hizo. Como carecía de buenos s  
tos, sin pesarle, sino muy levemente, el hor  
men que habia cometido con dos inocentes  
y abusando de la confianza de una madre a  
único en que pensó, fué en seguir adelante ec  
tura hasta casarse con Margarita, y apodera  
buena hacienda que poseian en el Estado de  
pero reflexionando en la severidad de la mac  
que si su delito se descubria, podria caer en  
los jueces, resolvió ausentarse de la cap  
efecto, repartió en casa de sus discípulos y  
una tarjeta, en que pedia órdenes para Milan  
de marcharse en la diligencia de Veracruz,  
en la del Interior, y quince dias despues de  
ra que acabo de referir, se hallaba ya en la  
San Luis Potosí, bajo el nombre de Mr. de  
tienne, primer director de orquesta del teatr  
Paris: compró unos anteojos, se dejó crecer  
y el pelo, y con estas ligeras reformas, y ven  
ris, muy pronto tuvo abiertas las puertas de  
meras casas de la poblacion. En cuanto á l  
la Sra. Doña Beatriz de Olivares, que así er  
bre dé la madre de Elena y Margarita, c  
aspecto enteramente: las muchachas, que  
obligadas por la madre al rezo y á la devoci  
ántes la frescura y la alegría que da la inoce  
pues del dia de campo, muy poco hablaban;  
temente les venian las lágrimas á los ojos, y  
Nos eran turbados á veces por siniestras visi

las hacian despertar sobresaltadas. La madre alar-  
mada con estos fatales síntomas, sin saber por qué, par-  
ticipaba igualmente de la mortal tristeza de sus hijas;  
y cómo si el instinto maternal le revelase que alguna  
cosa terrible habia pasado en su familia, apenas de  
vez en cuando se atrevia á preguntarles qué tenian.—  
*Nada*, era la única respuesta que recibia; y volvian á  
trascurrir los dias lúgubres, amargos para esa familia,  
como si estuviesen en el duelo de alguna persona que-  
rida.

La madre, pensando quizá que tanto rezo y tanta  
devocion podría haber fastidiado á sus hijas, les pro-  
curaba todo género de distracciones, á que ellas se  
rehusaban; y ya entónces se avanzó hasta permitir la  
entrada á la casa de dos ó tres jóvenes, quienes logra-  
ron variar algun tanto el humor de las muchachas; pe-  
ro la reputacion de virtud que estas tenian, y el carác-  
ter duro de Doña Beatriz, hicieron que ni aun se aven-  
turasen á enamorarlas. Entre dos ó tres personas que  
las visitaban, habia un jóven de veinte años, de pelo  
blondo, de grandes ojos garzos, de cútis como el de  
una doncella, que tenia aun su alma cándida y abier-  
ta á las tiernas impresiones, y un padre rico, que de-  
seaba que su hijo se estableciera; es decir, que se ca-  
sara con una muchacha virtuosa, modesta, y que hi-  
ciera su felicidad. Este jóven no tenia un nombre ro-  
mántico, pues se llamaba simplemente Joaquin: era tí-  
mido hasta el extremo, y nada sabia hasta entónces de  
aventuras escandalosas, ni de anécdotas depravadas de

amor. Este joven pasaba las noches en un éxtasis celestial; hablaba poco, y toda su alma, toda su existencia, la reconcentraba en contemplar á Elena, la que por su parte, despues de algunos dias, notó este amor profundo en los ojos de Joaquin, y sintió que su alma estaba rodeada de esa atmósfera mística, que se mezcla y confunde entre dos seres, cuando se aman con un amor desinteresado y puro. Pintaros, mi querido Arturo, las emociones de Joaquin, los sordos y desconocidos dolores que causaban en el alma de Elena las miradas del joven, seria cosa imposible: ellos se entendian, ellos sabian cuando estaban alegres, cuando sentian la tristeza y la incertidumbre de su amor; ellos no cambiaban jamas palabra de amor; y sin embargo, sabian perfectamente que se amaban, y tenian la mejor armonía é inteligencia.

—Oh! sí, eso es cierto! dijo Arturo: yo creo, que, sin decir una palabra, puedo con mis ojos manifestarle á una mujer que la adoro.

—La desgracia, Arturo, es, que hasta ahora solo Teresa os ha podido comprender.

Arturo suspiró profundamente, y Rugiero prosiguió.

Habian pasado ya cuatro meses despues de la aventura del dia de campo, y Elena amaba apasionadamente á Joaquin: Elena, despues de enamorada, conoció lo horrible de su posicion, y consideró que debia hacer un heróico esfuerzo para desprenderse de este cariño, que dia por dia iba aumentando,

que día por día aumentaba su desgracia. En cuant-  
a Margarita, era también un ángel caído, á quien  
amor que tenía Joaquin á su hermana, desgarraba  
alma; y como no tenía esperanza ninguna de felici-  
dad, estaba devorada de envidia, sintiendo lo mismo  
de Elena, todo el peso de su infortunio; pero la des-  
gracia de Margarita era mayor, porque era madre, y  
antes que reportar la vergüenza y la cólera de Doña  
Beatriz, estaba resuelta á suicidarse. Entre tanto, la  
pobre criatura ceñía cilicios, maceraba sus carnes, y  
largas horas permanecía derramando ante el altar  
nargas lágrimas. Pero acabaremos primero con la  
historia de Elena, la cual, formada su resolución, fingió  
enfermedad, y en ocho noches no salió á la sala á ver  
Joaquin, quien loco perdido, pasaba las noches en-  
negado á la desesperacion, y animado sólo por la es-  
peranza de que al día siguiente apareceria en la sala  
la estrella de su vida, la linda Elena: su esperanza era  
vana, y su desesperacion aumentaba, pues pasaban los  
días, y Elena no volvía á salir. Resuelto á aclarar  
este punto, le dijo á su padre, que estaba decidido á  
asistirle; y éste, complaciente y bueno, se encaminó un  
día á la casa de Doña Beatriz, y pidió para su hijo la  
mano de Elena. La madre llamó á Elena, le mani-  
festó las buenas cualidades de Joaquin, le animó á  
que se resolviera, y con una ternura que hasta entón-  
ces no había conocido, le pintó la situación feliz que  
ellos preparaba á una muchacha que se casaba con un  
pobre amante y honrado. Elena, pálida, temblan-

do, y con la voz cortada, respondió: "Es imposible que yo no pueda ser feliz," y se retiró á llorar á su recamara, dejando á la madre y al novio presa de las más crueles dudas, pues no sabían á qué atribuir semejante conducta. Se convino por los padres en que se dejaría pasar algún tiempo, y en que se permitiera á Joaquín el frecuente trato de la muchacha, pensando que nadie mejor que el amante mismo conoce el medio de ganar el corazón de una mujer. Joaquín, en sus conversaciones con Elena, lleno de fuego y de amor le instaba á que le dijera el verdadero motivo de su negativa, pero no obtenía más respuesta que las lágrimas. Elena, por fin, un día que el jóven arrodillado le suplicaba que le revelara su secreto, haciendo un esfuerzo sobrenatural, le contó el acontecimiento horrible del día de campo.—Ahora, le dijo, ya sabes mi secreto, Joaquín, es imposible que yo pueda ser tu esposa, y que me ames como ántes.

Joaquín salió de la casa loco, como si todas las fieras del infierno se hubiesen metido dentro de su corazón: era el primer amor, fogoso, profundo, indeleble como lo son todas las primeras impresiones que se graban en un corazón vírgen; se había figurado á Elena como un ángel de pureza y de candor, y esta confesion rompió el prisma de sus ilusiones, desvaneciendo todas sus esperanzas, y convirtiendo en horrible realidad todos sus ensueños de felicidad.

A los tres días fué á ver á Elena, y le dijo:—Efecto, Elena, después de algún tiempo de casado, y

podria aborrecerte: no podemos ser felices; es menester separarnos, y vivir muy léjos el uno del otro. Yo parto para Milan; allí encontraré acaso al maestro de música, y despues de la venganza, puede volver el amor.

—Oh! dijo Elena sollozando; te vas, te vas, Joaquin! . . . muy bien hecho; pero los hombres no tienen piedad ninguna de las mujeres. Si yo hubiera sido una mujer falsa é hipócrita, me habrias amado; pero fuí sincera, y este es mi principal delito. Yo te aborrezco, porque no has sido generoso ni noble; te aborrezco, y ni por todo el oro del mundo me casaria contigo.

El corazon humano es incomprendible: en el mismo momento en que Joaquin vió que se le cerraba completamente la puerta á la esperanza, se consideró el hombre mas desgraciado, y echándose á los piés de Elena, con los ojos bañados en llanto, le dijo:

—He sido injusto y bárbaro contigo, Elena: tienes razon, pero te pido perdon: olvida lo que te he dicho, como yo te juro olvidar tu desgracia y tus sufrimientos, y seamos felices, viviendo el uno para el otro y echando un velo sobre lo pasado. Decídete, Elena: aquí me tienes á tus piés, bañado en lágrimas, pidiéndote la dicha, el consuelo, la vida.

—Despues de algun tiempo de casados, le contestó Elena con una sonrisa sardónica, podrás aborrecerme . . . No, no tiene remedio; Joaquin; dejemos esta

posición ridícula, y busca otra mujer que sea mas digna que yo de tu mano.

Acabando de decir estas palabras, se levantó del ric-divan en que estaba sentada, y lentamente se retiró á su cuarto, cerrando tras sí la puerta, y dejando al amante postrado en tierra. Joaquin, inmóvil, la vio alejarse, sin poder ni aun detenerla; y cuando la puerta se cerró, y la estancia, aunque sola, quedó impregnada con el aliento, con los perfumes de Elena, se levantó, tomó su sombrero y salió tambien lentamente de la casa. — Soy muy desgraciado: Elena jamas podrá ser mia.

A los tres dias tomó la diligencia para Veracruz, y allí se embarcó para Inglaterra.

Volvamos á Margarita: he dicho que sus tormentos eran crueles, y que sus sufrimientos interiores, de los que no podia hacer participantes ni á su madre ni á su hermana, la habian conducido á pensar en el suicidio. Terrible era la idea de arrancarse la vida en medio de la juventud y de la riqueza; pero el pensamiento de la deshónra y de la vergüenza, la hacia algunas veces preferir la muerte. Ni las penitencias, ni los ayunos, ni los cilicios, bastaron para apartar de su cabeza este pensamiento infernal; y decidida á ejecutarlo, extrajo del botiquin de su madre, un pomo de láudano; y uno de esos dias tristes en que sopla un norte helado, y en que los nubarrones se apifian cas sobre los techos de las casas, dias fatales para los desgraciados, Margarita, tomó el pomo y bebió la mitad.

de su contenido. Llamó despues á Elena, con quien pocas palabras habia atravesado despues de la aventura del dia de campo.

—Elena, hermana mia, le dijo; mucho te he ofendido, pero debes ser generosa ahora, y perdonarme.

—No me has ofendido en nada, le dijo Elena con sequedad; así no tengo de qué perdonarte.

—Oye, Elena, le dijo Margarita, tomándole dulcemente de la mano, te he aborrecido, desde que observé que Migueletti te amaba; pero de esto me arrepiento, te lo digo con todo mi corazon, y ahora te amo ya con la misma ternura que ántes.

—Migueletti no me amaba nunca, y tú bien lo sabes, le replicó Elena con ironía. . . . En cuanto á tu amor, me es indiferente.

—Elena, Elena, no seas cruel con tu hermana: es muy desgraciada, mucho, mucho más que tú. ¿Será posible que ni tú tengas piedad de mí?

—Elena, algo conmovida con la voz tenue y dulce de Margarita, se acercó, y le tomó una mano.

—Oh! dijo Margarita, llevando á sus labios la mano de su hermana; está caricia tuya me llena de consuelo. También tú eres muy desgraciada; ¿no es verdad?

—Mucho, hermana; mucho.

—¿Ya no te casarás con Joaquín?

—Jamás, dijo Elena, con la voz casi ahogada.

—¿Y amabas á Migueletti?

—No, no lo amaba.

—¡Bendito sea el Señor! Era un malvado, sí, un malvado, Elena, que nos ha engañado.

—Cómo! dijo Elena alarmada, ¿también á tí?

—Sí, dijo Elena, soltando el llanto.

—Mira, hermana, le dijo Elena, acariciándola, todo tiene remedio: no llores, no te aflijas así, consuélate.

—No, Elena, no, la muerte, la muerte es el único remedio, para evitar la vergüenza y la infamia; y muy pronto, muy pronto, no volverás á oír mi voz, ni mi madre podrá decirme una sola palabra.

—¿Qué tienes, qué tienes, Margarita, que estás tan pálida, y que una sombra morada cubre tus párpados?

—Oye, hermana, lo que tengo es que he tomado láudano, que estoy sintiendo ya sus efectos mortales; que tengo muy pocos momentos de vida, y que te ruego, por lo que mas amas, por lo que padeció la Virgen Santa, que corras, y que me mandes llamar un confesor. He cometido falta tras de falta, y crimen tras de crimen, y perderé mi alma, Elena, me condenaré sin remedio, y seré desgraciada eternamente, despues de haber sido tan infeliz en este mundo. Oh! corre, corre, Elena, no abandones á tu pobre hermana.

Elena salió de la estancia gritando: Mi hermana se muere! un médico! un confesor! Madre, madre, que vayan todos á buscar médicos! Al momento unos criados salieron en busca de facultativos y otros del confesor.

La madre, con ese amor sublime de las mujeres, tomó del lecho, donde hacia algunos dias la tenia posada una dolorosa enfermedad de cabeza, y corrió al arto de Margarita, á la que encontró ya sin sentido. Daba lástima ver cómo aquella mujer tan severa, tan estricta, y que rarísimas veces hacia una caricia á sus hijas, queria infundirle con su aliento la vida; saba su boca y su frente; acariciaba sus mejillas, y luego, echándose de rodillas, retorcia sus manos, y pedía al cielo con lágrimas que le enviara un rayo ántes de matar á su querida Margarita: Elena, entre tanto, corría á la cocina, y disponia sinapismos y otras medicinas caseras. Cuatro ó cinco médicos vinieron, pero se encargaron de la enferma: Elena tuvo cuidado de averiguarles de qué provenia su mal, y á cabo de una hora recibieron esperanzas, y volvieron la vida á ella y á la madre, que tambien se moria de pesar. Ocho dias despues del funesto acontecimiento que acabo de repetir, un coche de camino estaba listo en la puerta de casa; y la familia, acomodando en él las cosas mas necesarias para el viaje, se dirigió á la hacienda que, como he dicho, tenian en el Estado de Puebla, y de donde no volvieron hasta pasado un año.

Recordaréis, Arturo, que uno de los concurrentes á la feria de campo, fué un curial pobre, hermano de un amigo mío, y el cual no habia dejado de hacer sus visitas á Doña Beatriz, cuando permanecian en México, ni de escribirle cuando se fueron á la hacienda. Pues bien, tan luego como volvió la familia, volvió tambien

el curial á visitar la casa, y entónces manifestó francamente que su intento era casarse con Margarita. La madre se sorprendió con semejante petición; pero como en el fondo de su corazón conocía que era lo único que convenia á Margarita, prometió pensar en ello, y resolverle. Un domingo se resolvió, por fin, que el curial se casaria con Margarita, la cual llevaria en dote 60.000 pesos, comprometiéndose á hacer además Doña Beatriz, en su testamento una donacion de 30.000 pesos para las ánimas del purgatorio.

—¿Y Margarita, qué hizo? preguntó Arturo.

—Margarita habia perdido completamente el amor, la sensibilidad, la voluntad propia, por decirlo así, y accedió sin dificultad; tanto mas, cuanto que Doña Beatriz exigió de ella este sacrificio, como una expiación, y como condicion precisa para darle á la hora de su muerte la bendicion y su herencia materna.

—¿Y el curial sabia lo acaecido en la aventura del día de campo?

—Perfectamente, contestó Rugiero.

—¿Y así consintió en casarse?

—Por supuesto, porque habia de por medio un dote de 60.000 pesos.

—¿Y estaba enamorado acaso de Margarita?

—No por cierto: tambien estaba enamorado solo del dinero, como el marido de Florinda. . . . Además, el influjo de las ánimas del purgatorio allanó todas las dificultades. La historia ha concluido por ahora, Arturo, y siendo ya de día, bueno será que du

mos un poco. Ya veis, esta historia, en el fondo, deja de tener su moral: las niñas deben ser más listas, ¿no es verdad? y las madres ménos confiadas; la honradez de hombres desconocidos y aventuras:

Arturo se despidió de Rugiero, y se retiró á su casa, zilandó en la suprema infelicidad de esas muchachas, que en el baile le habian parecido tan dichosas, y llenas de vida, de goces y de placeres. Al llegar á casa, pidió una taza de té, cerró las puertas, y se tumbó en el lecho.

## VI.

### Correspondencia.

Pocas gentes del comercio y de los que tienen negocios en países extranjeros, no conocen á D. Rafael Vela: este hombre singular, de una constitucion fuerte y robusta hasta el extremo, lleva y trae desde muchos años la correspondencia del gabinete in-

gles de Veracruz á esta ciudad, operacion en que dilata mas que de 36 á 38 horas, atravesando una distancia de cien leguas de los caminos abiertos en cumbre de uno de los ramales de la Sierra Madre: la lluvia, ni el frio, ni la tempestad, ni los ladrones, la guerra, detienen á D. Rafael Veraza, como no detienen al vapor ingles, ni los vientos, ni las marejadas. En el momento ántes de partir, se encuentra á Veraza en la calle, vestido elegantemente y con la mayor calma del mundo; á poco se le ve en el camino, azotando al caballo, y pasando por las calzadas y cerros como una vision fantástica: llega á una posta, é inmediatamente se presentan tres ó cuatro mozos; y uno le toma el caballo, y otro las maletas, miéntras otros con una velocidad increíble, preparan los caballos de remuda para la operacion que se hace en minutos, y Veraza vuelve á montar, y á continuar su carrera. Cuando llega la noche, se acomoda perfectamente en su silla, que, llena de bolsas y escondrijos, es positivamente una despensa abundante, donde se encuentra aguardiente, queso, jamon, pan y cuanto puede bastar para el sustento de un hombre que no corre, sino que vuela, se alimenta durante 36 horas; y acomodado en ella, y cuando el sol va ocultándose en el ocaso, cierra los ojos y duerme profundamente, sin dejar maquinalmente azotar con los chicotes que en cada mano lleva, á los caballos, que por su parte, y acostumbrados á esta fatiga, cierran tambien los ojos, y se dejan ir por las cuestas y desfiladeros. En el momento en que lle



En efecto, el catre rechinó horriblemente cuando Arturo se sentó en él; y mirando el jóven el efecto de sastruso que podia causar al lecho de un amigo, se colocó en una silla, que recargó contra la pared, y puso los piés en otra. Acómодado así, siguió platicando:—Vamos, Manuel, le dijo, es menester regenerar un poco este cuarto, porque no está bien que viva en él un hombre tan elegante como tú.

—Te aseguro que estoy tan abatido y disgustado, que me es indiferente vivir aquí, ó en cualquiera otra parte. En cuanto á dinero, no estoy muy abundante, como debes de suponer, pero tampoco lo necesito para nada: cuando el corazon está triste, para nada sirve el dinero ni la vida. Ya verás, cuando haya castigado al pícaro viejo tutor, cómo encuentro medios de poner mi habitacion como un palacio, y mi persona como la de un príncipe.

—Quién sabe, le dijo Arturo, si las noticias que traigo, hagan cambiar tu situacion.

—Cómo? me traes noticias?

—Sí, por cierto: Veraza ha llegado, y aquí tengo ya las cartas del paquete.

—Veamos, Arturo, veamos pronto lo que contienen, dijo el capitán levantándose del catre.

—Calma, calma, capitán, le dijo Arturo, sacando las cartas del bolsillo, y poniéndolas en las manos del capitán.

—Calma? Se conoce que tú no estás enamorado, porque de lo contrario . . . ¡pero qué frialdad de hom-

bre, qué cachaza; preguntarme por qué tenía yo mi cuarto así, antes de decirme que tenía yo cartas de mi pobre Teresa! . . . sí . . . debía yo incomodarme contigo . . . Habana . . . cabal . . . sí es la firma de Teresa, vive . . . vive; esta es su firma, es su preciosa letra . . . la misma . . . me ama, me ama todavía . . . Yo estoy loco, Arturo, loco; quisiera devorar de una vez todas estas líneas, y saber lo que me dice en ellas . . . ¡Oh Arturo! tú no sabes el placer que causa el recibir cartas de una querida que se ama con el alma y con el corazón . . . tú eres un insensible; si no, te volvieras loco como yo . . . mira la firma de Teresa . . . está en la Habana, buena, completamente buena . . . pero desgraciada la pobre criatura, desgraciada, sin duda, porque no está conmigo . . .

Todo esto lo decía el capitán recorriendo precipitadamente las cartas de Teresa, leyendo expresiones aisladas; volviendo las hojas una vez y otra, y besando repetidas veces la firma.

—Veo, le dijo Arturo, que en efecto te puedes volver loco, capitán. Dame esas cartas, recuéstate en tu catre como estabas, cerremos la puerta para que nadie nos interrumpa, y yo te las leeré desde el principio al fin. Ya sabes lo principal, y es que Teresa llegó bien, y se halla con salud: prepárate, pues, á recibir con calma las demás noticias.

Cerraron la puerta, el capitán se recostó, y Arturo comenzó á leer:

“Habana &c.—Mmanuel de mi corazón: Supongo

que el Sr. Arturo te habrá impuesto de lo que p  
mi viaje hasta Veracruz. Me embarqué en el va  
glés "Teviot," y desde ese momento comencé é  
bir un diario, que ahora he vuelto á copiar: l  
en él hallarás consignado mi amor, mis pensam  
las horas de angustia y de dolor que he pasado,  
bien los momentos de infinito placer que he teni  
ciendo memorias de tí, bien mio, de tí, que eres i  
ço amor, mi solo consuelo.

"Víctima de la trama de mi tutor, que fingí  
tra, fui á la cita; y allí, Manuel, en vez de enc  
te, solo encontré á un asesino, que estaba resuelt  
tener mi mano, ó á matarme: creo que no du  
Manuel, que habria preferido mil veces la n  
antes que ceder á esta infamia. Busca al padre  
que vive en la calle del Puente Quebrado, y  
impondrá, de cómo Dios, por un milagro, me  
la vida: guíate por los consejos de ese santo ec  
tico; sé religioso y bueno, porque solo con una ec  
cia pura, se hace frente á las maquinaciones  
cruels enemigos: ámame mucho, Manuel; no  
vides ni un instante, y ten, como yo, la espera  
que algun dia, y quizá pronto, volverémos á ser  
lices como aquellos cortos instantes en que nos  
en casa de la buena lavandera.

"Escríbeme mucho, mucho, todo lo que te pa  
lo mas insignificante, porque tus cartas me darán  
da, y reanimarán mi esperanza.

"Adios, Manuel mio; recibe el infinito amor  
— Teresa."

—Pues es cosa muy terrible, dijo Manuel cuando acabó de oír esta carta, que Teresa deje la aclaracion de las infamias del viejo para que el padre nos las diga. Quién sabe si este nos hablará la verdad, y si le encontraremos: nada le costaba haber escrito un poco mas.

—No seas injusto, le contestó Arturo; tendria sus razones para no fiar estos secretos á una carta. Si por casualidad se hubiese perdido, ó hubiese sido interceptada por el tutor, ¿qué sucederia? Vendrian naturalmente por tierra los planes que hemos formado.

—Pues bien, dijo el capitán, en ese caso vamos inmediatamente á ver al padre, y que nos explique todo lo que ha sucedido.

—Leerémos primero el diario de Teresa, y quizá encontraremos en él alguna explicacion mas.

—Bien dicho, Arturo; yo estoy positivamente fuera de mí, y haria mil tonterías.

Arturo comenzó á leer:

*Dia 1.º, á las cuatro de la tarde.*—¡Oh Dios mío! tú me cuidas de la vida del insecto que se arrastra por el suelo, y del pajarito que vuela en el viento, dame fuerza para sufrir esta separacion.

Estoy ya á bordo del vapor: el generoso amigo, que me ha acompañado desde México hasta Veracruz, se ha retirado en un bote. He conocido que mi desgracia ha conmovido su corazón, y que será en lo de adelante un hombre que se interese en todos mis infortunios y dolores: á él le entregué mi retrato y un rizo de mi pelo, y estoy muy segura de que los pondrá en poder de Manuel.

Un viento recio comienza á soplar: las olas se estrellan contra las murallas del castillo de Ulúa, y los marineros levantan las anclas; la máquina está encendida, y el buque comienza á moverse. Si yo no fuera tan desgraciada, tendria miedo; pero cuando la vida cansa y fastidia, los más grandes peligros se ven con indiferencia.—Ah! no, no, Dios mio! no me quites la vida ántes de volver á ver á Manuel! Deseo estar á su lado un año, ¿qué digo? un dia, un minuto, y entónces moriré contenta.

Las olas se estrellan contra los costados del buque; el mar y el vapor rujen á competencia, y las nubes cubren el cielo. ¡Oh Dios mio! este cielo opaco y triste me ahoga, y pesa como un plomo sobre mi corazon. . .

*A las cinco.*—¡Oh, Dios mio, Dios mio! la tierra se pierde, se borra, se une y se confunde ya con las nubes. ¡Dios mio! es la tierra de mis padres, la tierra en que vi la luz primera, la tierra en que vive Manuel, la tierra de que me alejo, quizá para no volver jamas. Me he puesto de rodillas en la proa del barco, y mis lágrimas han caído en las ondas del mar. Adios, patria mia; adios tierra idolatrada; adios, Manuel, á quien he adorado con todo mi corazon: mi alma, mis pensamientos quedan en en ese México, donde he experimentado tan amargos dolores y tan vivos placeres: ninguno pesar es tan grande, tan terrible en la vida, como el ver desaparecer desde un barco la tierra en que se vió la luz primera.

*Las ocho de la noche.*—Pasadas estas impresiones,

que han lastimado mi corazón de una manera insudita, el mareo se ha apoderado de mí: he bajado á mi camarota, y me he encerrado en él, acostándome en este lecho, que me parece un atahud. ¡Ah, Manuel! la soledad es lo mas terrible! ¿Quién, sino Dios, puede auxiliar á esta mujer aislada en medio de los mares? Si tú estuvieras conmigo, nada tendria que apetecer, y la muerte misma me seria grata: tú mitigarias mis sufrimientos; con tu presencia solamente calmara este mal horrible, que mata mi alma y mi cuerpo. El mar está horribilmente alterado, las olas se estrellan en los costados del buque, y lo hacen estremecer: yo tengo miedo, pero no á la muerte, sino á parecer olvidada de tí y de todo el mundo. Estas líneas acaso no llegarán á tus manos, y tu infeliz Teresa, acabará sin el consuelo siquiera de que tú recibas los últimos recuerdos de su amor.

*Diz* 2:— Anoché, Manuel de mi corazón, no pude continuar: el lápiz se me cayó de la mano, y la fatiga de mi espíritu y el mal físico me postraron de suerte, que no pude ya ni aun mover mis cansados brazos. ¡Qué noche, Dios mío! qué noche tan cruel! Toda ella la he pasado en un continuo delirio y en un estado de sopor, en que ni se duerme ni se vela; tu imagen, Manuel, me ha acompañado, es verdad; pero te he oído ver pálido, ensangrentado. . . . ¿Te ha sucedido algo? ¿Has sido víctima de ese hombre fatal? ¡Ah! no; tú vives, Manuel; tú vives, y así lo quiero creer, porque de otra suerte moriria yo en el mismo momento.—Los vaivenes del barco y el ruido de la máquina me han desper-

tado sobresaltada; he tenido que contener con mi mano los latidos de mi corazón, y he vuelto á caer de nuevo en el sopor, para ver horribles fantasmas, para delirar con visiones fúnebres; y esqueletos, y sombras, y horrorosos animales de una forma quimérica, han rodeado la imágen de mi amante, de mi idolatrado Manuel.

El día ha amanecido nublado; pero el viento está mas flojo, y he salido sobre cubierta para refrescar mi mente abrasada, para que mi imaginación se despeje de esas visiones de la noche, que han hecho erizarse mis cabellos. Me he encontrado con que los pasajeros y aun el mismo capitán, alarmados con mi palidez, me han ofrecido sus servicios y auxilios: les he dado las gracias, porque de poco me servirían, ni sus auxilios, ni sus medicinas. Nadie, sino tú, puede curar las llagas de mi corazón. ¿Cómo he de encontrar la felicidad en medio del océano, rodeada de personas indiferentes, y que no podrían ni comprender ni aliviar mis dolores? Hoy me he puesto á pensar, por qué Dios me castiga tan cruelmente: me arrancó á mi madre, cuando era yo niña, y cuando mas necesitaba de su abrigo, y de sus caricias: despues, Manuel, no he tenido mas pensamiento que amarte, y amarte para que fueras mi esposo, para darte mi corazón, mi mano, mis bienes, y hacerte feliz, y ser yo tambien la mas dichosa de las mujeres. . . . ¿Por qué hay tantas mujeres en el mundo tan felices, tan risueñas, que se enlazan con sus amantes, que aman, que son amadas, y. . . yo, Manuel, yo

que he amado tanto á Dios, me veo separada de tí, desterrada de mi patria, pobre, sin amigos, sin amparo alguno en el mundo? Estos renglones van regados con mis lágrimas, y perdóname, Manuel, que tanto llore; pero no hay más consuelo para los desgraciados. . . . Despues de llorar mucho, llego á resignarme con la voluntad de Dios. El me ampara en estos abismos, y debo darle gracias, y esperar que si me conserva la vida, será para volverte á ver, para estrecharte en mis brazos, para poner este corazon adolorido sobre tu corazon, y entónces morir. . . .

*En la tarde.*—Todo el dia he estado sentada con la vista fija hácia el lado por donde yo creo que está Veracruz: despues de Veracruz se pasan montañas, y bosques, y ciudades; y despues de todo eso se encuentra México, y en México estás tú; tú, mi tesoro, mi Manuel. ¡Cuántas dificultades, cuántos trabajos, cuántos riesgos se necesita, para volverte á ver. . . ! Y cuando vuelva, acaso tú me habrás olvidado; tú estarás casado con otra. . . . pero entónces. . . . me matará, ó. . . . me volveré loca. . . .

El sol se va ocultando; el mar parece de sangre, y las nubes de oro se levantan del seno de las aguas, formando las mas caprichosas figuras. ¡Si vieras, Manuel, qué espectáculo tan hermoso y tan magnífico! Cuando estemos unidos, cuando logremos arrancar nuestros bienes de manos de ese hombre infame, entónces tú tambien gozarás de este espectáculo sublime. . . .

*Día 5.*—La muerte, que he tenido ante mis ojos; y tu memoria, han ocupado mi pensamiento. A la media noche de ayer comenzó á soplar un viento mucho mas fuerte, y el mar á embriagarse: fui despertada por el ruido que hacian sobre cubierta los marineros, y por la voz del capitan, que dominaba la tormenta. El buque se sacudia violentamente, y yo como pude, cayendo y levantando, salí sobre cubierta, y vi grandes montañas de agua negra, que venian unas tras otras sobre el buque: asustada, me volví á mi camarote, donde en medio de las ansias y sufrimientos del mareo, que me volvió á atacar, he esperando tranquilamente la muerte, pensando en Dios y en tí. ¡Qué desgraciada soy! Ha calmado el viento; pero el mar aun está revuelto; los pasajeros han subido hoy sobre cubierta, y me han parecido fantasmas: ó cadáveres acabados de salir de la tumba: todos están pálidos, con el cabello en desorden, con los ojos hundidos, y con los trajes descompuestos: yo misma me vi en el espejo, y mi semblante me asustó. Si me vieras, te daría yo lástima.—Hoy he comenzado á sentir un dolor en el pecho; el mismo que otras veces me ha alarmado tanto: yo temo que, ya sea por un motivo, ya por otro, no me sea posible volver á verte.—Un pasajero me ha dicho que el clima de la Habana, demasiado caliente, es muy dañoso para esta clase de enfermedades; y yo recuerdo que cuando estuve allí con mi madre, me fatigaba mucho; y me costaba trabajo respirar. Pero entónces era niña, era feliz, y lo quis

r mis ojos todo era placer é ilusion, mientras la soledad, la ausencia y el clima me matarán lentamente: así, pues, con toda verdad te digo, ue te resignes á perderme. Al fin, los hombres se consuelan: hay tantos placeres, tantas diversiones para ellos en el mundo, que muy pronto olvida el cariño de una mujer. . . . No te vades por esto, Manuel; yo creo que tú me olvidarás todas las cosas del mundo, y por esta misma causa soy tan infeliz hoy que un mar nos divide.

—Muy temprano, todo ha sido alboroto en el buque: los pasajeros se han lavado y vestido de limpio, y ya son desconocibles: todo este regocijo es porque ya se ven las playas de la tierra, porque la isla de Cuba con sus pintorescas y su multitud de edificios, está ya á la vista. . . . ¿Qué me importa todo esto? No me importa, Manuel, y me es indiferente vivir en un país desconocido, ó en un estrecho atahudado á bordo de un buque en la mar: las tempestades de la mar son fuertes, pero todavía son mas fuertes las del corazón. Cuando vi las playas de la isla de Cuba, he llorado; cuando vi desaparecer las de Veracruz, me acordé de lo que me aguarda en lo que voy á esta tierra? ¿En qué voy á emplear mis horas del día? En bordar, en coser, en palear, en hacer nada para qué?—¡Cuánto, cuánto me atormenta el pensamiento de volver á México, cuando aun no he llegado á Veracruz! Esta agitacion que tengo, cómo si algo me atormentara, este sobresalto continuo, cómo si me atormentara,

tantemente me estuviera amagando un asesino.... Es triste, muy triste, arrastrar una vida tan miserable é infortunada. ¿Nos volveremos á ver? ¿Vendrás tú á abusarme?.... Y ¿cómo podrás venir, pobre Manuel, abandonando tu carrera y tus amigos?.... Yo no me merezco tanto.

*Dia 8.* — Ayer ha venido Marta: es una pobre negra esclava, que servia á mi madre, y me cuidaba; se acordó perfectamente de mí; lloró, me llamó su niña, su niña preciosa, y yo he conseguido de su ama que se quede por algunos meses en mi compañía; y digo algunos meses, porque no pienso vivir mucho tiempo separada de tí, Manuel.

Ayer ha venido el conde de C\*\*\* y me ha dicho que tiene instrucciones de mi tutor, para darme cuanto necesite: no es gran favor, por cierto, el que me hace mi tutor, con darme una parte de lo que me pertenece; pero siempre es algo, porque podía muy bien haberme dejado morir de hambre en una tierra extraña para mí.

Habito una hermosa quinta, la misma en que viví cuando era niña y feliz: entónces me parecia un palacio encantado; corria por los jardines; jugueteaba entre las flores y el césped; me dormia á la orilla de las fuentes, y todo era alegría y placeres inocentes: hoy todo me parece triste: las flores sin aroma, y las palmas inclinan tristes su cabeza. Los salones me parecen frios como las lápidas de mármol de los sepulcros: el ruido de las fuentes me causa una melancolía inex-

plicable, y todos los objetos que me rodean, no hacen mas que despertar en mi corazon amargos recuerdos. Mis ocupaciones son hasta ahora coser y leer; pero en la realidad, lo hago maquinalmente, porque mi pensamiento vuela muy léjos de estos lugares.

Despues de tantas noches de vigilia y sobresalto, en que he despertado llena de susto, y he experimentado horrosas pesadillas, tuve ayer un sueño delicioso. Soñé, Manuel, que estaba yo en casa de la lavandera, y que tú, procurando calmar mi temor y turbacion, me decias palabras de amor, que, como una música celeste, sonaban en mi oido. Lloraba yo; y tú, bueno y amoroso, enjugabas mi llanto, me estrechabas contra tu corazon, y me decias que al dia siguiente nos debiamos casar: me contabas tambien que tenias una casita primorosa, donde retirados del mundo, debiamos vivir solos, el uno para el otro; que mi tutor habia entregado todos mis bienes y retirádose á San Luis; y que, en fin, nada teniamos que apetecer, y nada nos faltaba para ser felices. ¡Figúrate mi tristeza cuando al despertar, no vi en mi derredor mas que la soledad y la desgracia!

Hasta hoy, en que concluyo estos apuntes, para remitirtelos, mi situacion no ha variado, ni puede variar, sino es que me muera, ó que me reuna contigo. Tú me amas, Manuel, y pensarás en la conducta que será conveniente seguir: reflexiona solo, que si cometes un crimen, entónces no podrás ya ser mi esposo, y me darás la muerte. La prudencia debe guiar tus pa-

sos, y no debes proponerte mas fin, sino el de que podamos unirnos: la pobreza no me asusta; Dios nos ayudará.”

Cuando Arturo acabó de leer, levantó los ojos, y vió que el capitan derramaba lágrimas en silencio.

—¿Qué diablo de llanto es ese, Manuel? le dijo; las cosas estan mucho mejor de lo que creíamos: Teresa está buena, nada le falta para su comodidad y subsistencia, y te ama, te ama como siempre: todos estos son motivos para alegrarse.

—Dices bien, Arturo; y ¿cómo es que yo lloro, cuando me disgustan tanto esos hombres pusilánimes y llorones? dijo el capitan levantándose y limpiándose los ojos con su pañuelo. Sin embargo, las cartas de una mujer que se ama, conmueven el alma, y ya ves . . . al amor lo pintan montado sobre un leon y dirigiéndolo con una madeja de seda.

—Aquí hay otra carta para tí, interrumpió Arturo; veamos lo que dice:

*Habana &c.*—Querido capitan: Me embarqué en una maldita goleta, llamada “Villanueva,” y poco faltó para que nos llevara una legion de diablos.—¡Qué tiempo! ¡hum! el mar se nos venia encima, y el buque pesaba ménos que una cáscara de nuez: no daba un centavo por la vida de todos los que iban á bordo. Al fin, llegamos estropeados; y me tiene V. ya en la gran isla de Cuba á sus órdenes; de dia, luchando con estos abogados enredadores, y de noche, en tormenta con las habaneras en divertidos fandangos: la *danzica*

ya me sale por los ojos, pero las muchachas no son *malotas*.

Me he encontrado con instrucciones para obrar en otro negocio en que hay asunto de muchacha seducida, y de viejo engañado, y . . . qué sé yo qué mas; pero sobre esto nada he hecho ni haré, hasta que concluya con el asunto de la quiebra de la casa de Revuelta. En el paquete próximo escribiré á V. largo sobre esto, y me dirá su opinion.—Va un cajon de puros, capitan, que se fumará V. á mi nombre, y que puede recojer de la casa de Dionisio Velasco.

Pasarla bien, capitan.—Su amigo que mucho lo quiere—*Juan Bolao*.

—Esta carta es terrible, Arturo, dijo el capitan; y el mejor modo de terminar este negocio, es ir á casa del viejo, volarle la tapa de los sesos, y marcharme para la Habana, á casarme con Teresa.

—Recuerda, Manuel, le contestó Arturo, que se te encarga la prudencia; y, por otra parte, ¿qué harías tú despues de matar al viejo, por mucha justicia que tengas? Llevar la vida fugitiva y errante de un asesino, haciendo participante de ella á una criatura tan noble y tan buena como Teresa.

—Pues ¿qué hacer entónces? dijo el capitan con acento colérico: ¿dejarse burlar de un miserable, que se roba toda una herencia, que intenta asesinar á una mujer inocente, y que la destierra, como si fuera criminal?

—No, ciertamente; pero tratemos de dar un golpe

seguro: Teresa te encarga que te guies por los consejos del eclesiástico, y que obres con prudencia; debes, pues, obedecerla. Este Bolao es tu amigo; parece un excelente muchacho, y podemos convertirlo en aliado nuestro, tanto mas, cuanto que ha prometido consultarte lo que deba hacer en el negocio. Vamos, en primer lugar, á ver al eclesiástico, y despues de haberlo oido, pensarémos.

—Dices bien, Arturo: tú al fin concluyes siempre por dominarme; pero me ocurre una idea.

—Cuál es?

—Para todo esto se necesita tener dinero, y mucho, y todo mi capital está reducido á un par de onzas.

—Ya te he dicho, le interrumpió Arturo, que puedes contar conmigo: mi padre, como sabes, gana mucho dinero, y yo me ocupo en inventar diariamente nuevo modo de tirarlo.

—Todo eso está muy bueno, Arturo, le dijo el capitán con mucho cariño, y yo sé que puedo contar con tu amistad; pero yo soy hombre que saco dinero de debajo de la tierra, y que tambien sé tirarlo con mucha facilidad. Hoy me siento animado de esperanza: las cartas de Teresa me han vuelto la vida, y necesito tener dinero, regenerar mi cuarto, disponer de grandes recursos, y hacer cosas maravillosas. Mi plan, por ahora, está reducido á tener dinero, como he dicho; á pedir mi licencia absoluta, para largarme á la Habana; á casarme allí con Teresa, y despues marcharme á Italia, escoger un bonito pueblo, y vivir tranquilo y

feliz, dándo, por supuesto, ántes al viejo unos cuantos palos. Tú vendrás con nosotros, ¿no es verdad, Arturo?

—Eos son castillos en el aire, Manuel: yo no me separaré nunca del lado de mi madre, porque es una excelente mujer, á quien amo tanto, como tú á Teresa; pero ya verémos cómo las cosas se presentan.

—Eh! Martin! gritó el capitán, abriendo la puerta.

Martin, que era el asistente, se presentó al momento.

—Tráeme agua, jabon, tohalla, todo lo necesario para lavarme: limpia los pantalones y la levita.

—¿Está mi capitán muy aliviado? preguntó Martin. Hacía muchos días que, como el capitán no se lavaba, ni se vestía, ni hablaba con nadie, Martin lo creía enfermo.

—Sí, muy aliviado, muy aliviado, Martin: la niña me ha escrito, y esto me ha quitado la enfermedad.

—Me alegro mucho, mi capitán.

—¿Te alegras, bribón? le dijo Manuel chanceando: pues bien, haz muy breve lo que te he mandado.

—Voy, mi capitán.

Martin se retiró, y á poco volvió con un jabon oloroso, un lebrillo y jarra de rica porcelana, y un bonito espejo con marco dorado.

—Este asistente es una alhaja, Arturo, le dijo el capitán, mientras que Martin salía á traer el resto del aparato que faltaba para el tocador del capitán.

—En efecto, veo que te sirve admirablemente.

—Lo mas singular es, que nada de esto que tú ves, es mio: espejo, lavamanos, agua, jarros, pozuelos, va-

... sos, todo cuanto se necesita, lo adquiere en el día que se me antoja comer gallina, se la pido y me pide dinero, me la presenta en un guiso especial es una especie de mágico, muy conveniente y militar calavera como yo. También es verdad que Martin dispone de mi dinero, de mi ropa y de todo que tengo: días pasados busqué una camisa hecha a mano, y me dijo que se la había dado a un pobre alabé su caridad, y concluyó la historia; pero tra, verás lo que responde. Martin, en efecto, estaba con un vaso de cristal abrigado y un espejo de China, donde había cepillo y polvos para los dientes.

—¿De dónde has conseguido todo esto, Martin? preguntó el capitán.

Martin se sonrió.

—Vamos, tunante, dí, ¿quién te ha prestado estos trastos?

—Pues, señor. . . como las niñas de la otra compañía quieren tanto a mi capitán. . . me prestan todo lo que necesito.

—Las niñas! . . . ah! ya caigo en cuenta, unidas que viven aquí junto.

—Esas mismas, mi capitán; y todos los días preguntan que cómo se siente V.

—Diles que estoy aliviado, que se los agradece. Trae mas agua caliente, y cierra la puerta.

El capitán comenzó a rasurarse.

—Cuidado con las infidelidades, dijo Arturo

—No tengas temor; quiero sinceramente á Teresa, y aborrezco demasiado á ese pícaro viejo, para que pueda ocuparme en otro amor.—Conque ahora, ¿qué tenemos que hacer?

—Buscar al eclesiástico, dijo Arturo.

—Muy bien, voy á darme prisa, porque ya rabio por saber el pormenor de tan infame aventura; ¿pero despues?

—Despues, dijo Arturo, pensarémos cómo se debe obrar, y yo le consultaré á Rugiero.

—Ese hombre me fastidia muchas veces, y otras me parece muy amable.

—Lo cierto es, que tiene mucho talento, y que es un tuno de siete suelas; un hombre de mundo, que sabe curiosas historias, y anoche justamente me he pasado las horas enteras con él, y he sabido cosas que me han dejado asombrado. Ya te llevaré á casa de Aurora, y conocerás á los personajes: por ahora te contaré en compendio las historias.

Arturo, miéntras de que su amigo se acababa de lavar y vestir, le refirió la historia de Florinda, la de Elena y Margarita, y en seguida salieron á la calle.

—Estoy convencido, dijo el capitan, de que solo una pasion verdadera liberta á las mujeres: una mujer enamorada, rara vez es infiel, y por eso tengo tanta confianza en Teresa.—Y Aurora y Celeste, ¿qué dicen, Arturo?

—Ya hablarémos de eso, concluyendo tus negocios: necesitamos obrar con mucha actividad, porque el pa-

quede sale dentro de cuatro días, y es menester que escribas á Teresa todo lo que hayamos hecho.

Llegaron los dos amigos á la calle del Puente Quebrado, y subieron á la casa del eclesiástico, donde encontraron una anciana, que les dijo que aquel se habia ido á la villa de Guadalupe, y que no volveria sino hasta el día siguiente. Manuel, desesperado, comenzó á desatarse en inyectivas contra el eclesiástico; pero Arturo lo calmó.

—Pues Arturo, yo necesito ocuparme en algo; y puesto que aun tengo que pasar una noche atormentado por la curiosidad y por la duda, mejor será que busquemos fortuna: ven conmigo, y participarás de ella,

—Pero ¿adónde vamos?

—Déjate conducir, y no repliques: no eres una niña á quien pueda engañar un miserable músico, como Migueletti.

Arturo se dejó conducir, y entraron en una casa de juego del portal de Mercaderes, en donde á la primera persona que vieron, fué á Rugiero.

—¡Ola, caballeros! ¿Vdes. por esta casa?

—Y V., Rugiero, ¿qué hace tambien aquí?

—Buena pregunta! divertirme, y ganar, y perder dinero, mirando las lindas figuras que hacen los que se quedan sin un ochavo.

—Este tronera de Manuel me ha traído aquí, dijo Arturo algo mortificado.

—No hay que ruborizarse, Arturo: los hombres en

materia de vicios, deben saber todo, así como todo lo deben ignorar las mujeres: así, os repito, Arturo, no hay para qué ruborizarse como una doncella: vuestro padre es bastante rico, y puede sufrir bien, sin debilitarse, una sangría de cien onzas.

—Yo no vengo á jugar, dijo Arturo con seriedad; pero Rugiero, soltando la carcajada, le dijo:

—Jugaréis, y tres mas: el que entra en la casa del jabonero, si no cae, resbala.

—Ya verémos, dijo Arturo.

Los tres amigos entraron en una extensa sala, iluminada por dos grandes balcones, adornados con sus vidrieras y cortinajes: en medio de esta sala habia una mesa cubierta con su carpeta de paño, y en la carpeta señalados y numerados con cinta amarilla los lugares donde se colocan las cartas. No era aplicable á este lugar la descripcion que hace Gorostiza en su comedia de *El jugador*, que comienza:

En un ahumado aposento,  
Anegado en porquería,  
He visto en un solo día  
Lo que no pudiera en ciento,

pues, por el contrario, reinaba en él gran lujo: las sillas eran de caoba, las velas de esperma y colocadas en largos tubos de reluciente metal, y los cortinajes de seda. Los talladores y gurupiés eran personas de importancia, y los dueños de la partida gente de grande influencia en la ciudad, por su riqueza: allí se juga-

ba oro, y no mas que oro, pues la plata se veía desde por la mayor parte de los concurrentes: era, una palabra, una partida de mil onzas, con otras ó dos mil de refaccion; y ya se sabe el lujo con que México están montados esa clase de establecimientos cada uno de ellos tiene por lo ménos seis onzas diarias de gasto, que hacen cerca de tres mil pesos cada mes. ¿De dónde, pues, salen estos treinta y seis mil pesos cada año? Evidentemente del bolsillo de los concurrentes, que pierden allí el fruto de su trabajo, ó mueren su fortuna. Han pasado gobiernos de diversas opiniones; ha sufrido mil cambios la sociedad; pero por un privilegio, peculiar á las instituciones viciosas los juegos se conservan sin alteracion, y sigue cada día mas en boga esta especulacion, fomentada por personas que podian emplear sus capitales en obras benéficas á la sociedad, á la vez que lucrativas.

En esta pieza y al rededor de la mesa, habia multitud de personas, las unas sentadas, las otras en pie, juntas, agrupadas y rozándose unas con otras. Delante de los talladores y pagadores habia colocada mil onzas de oro, y debajo de la carpeta estaba el maldito nudo. Cuando los tres amigos entraron, habia un silencio solemne, que fué interrumpido por una voz clara perceptible, que dijo: *sota vieja*. Un sordo murmullo alzó entre los concurrentes, se escuchó una que otra maldicion de los que fueron á la carta contraria; y el ruido que hacian los monteros y apuntes al recoger pagar, se mezclaba con las mil palabras de alegría y desesperacion que allí se pronunciaban.

En el momento en que vieron á Rugiero y á los dos jóvenes, les ofrecieron asiento con una perfecta cortesía y amabilidad; pero estos prefirieron permanecer en pié. Con una velocidad y destreza dignas de imitarse por los gobiernos, que todo lo hacen mal y despacio, los talladores arreglaron su dinero, limpiaron sus carpetas, recogiendo sin piedad ni misericordia todo el dinero puesto á la carta que perdió; pagaron á los gananciosos; barajaron, y con voz solemne dijeron: *as y siete, todo nuevo*. Rugiero se acercó al oído del director ó tallador principal; le habló dos palabras en voz baja, y este le dió cincuenta onzas, de las cuales dió veinte á los jóvenes, y se reservó treinta, que con mucha serenidad puso al *siete*: Manuel y Arturo pusieron cinco onzas al *as*.

— *Corre*, dijo uno.

— *Puede*. . . á copas. . . el siete á la segunda mozo.

Rugiero hizo sesenta onzas, y los muchachos perdieron cinco.

— Vayan conmigo, les dijo Rugiero, y acertarán, porque me late que tendré veinte ó treinta minutos de fortuna.

— Qué juega V., Rugiero? le preguntó el capitán.

— Yo no tengo regla; y eso de judías, y contra judías, y proyectos, y numeritos, nada vale si no hay suerte: por ahora estoy jugando una grande y una chica: vean vdes.

— *Caballo y tres*.

— Voy al tres.

— Vais á perder indudablemente, le dijo Arturo ese caballo apostaría yo hasta mi camisa.

— Bien, dijo Rugiero sonriendo, ponedle lo que quis.

— Y bien que lo haré, dijo Arturo entusiasmado.

— Quereis dinero? le preguntó Rugiero, pues pedid al monte: teneis crédito abierto bajo mi responsabilidad; no os doy de lo que tengo, porque me pongo á jugar á la dobla. Y diciendo esto, puso las onzas al tres.

Arturo pidió veinte onzas, y las puso al caballo. Se corrió el albur, y pasada ya mas de la mitad de la baraja, vino un tres; detras estaban tres caballeros. Rugiero retiró sus ciento veinte onzas, y al disimulo se enterró las uñas en el pecho, más que Manuel, mas experimentado, veía esto con perfecta calma. El otro albur se compuso de caballo: Rugiero le puso al caballo las ciento onzas.

— Ahora os tocaba ir al rey, que es la gran apuesta, Arturo.

— Sí, contestó Rugiero, me tocaba en efecto, he variado de idea.

— Pues yo contra el maldito caballo he de ir.

Arturo pidió otras veinte onzas, y las puso al caballo vino á las tres cartas, y detras habia tres reyes. Rugiero retiró sus doscientas cuarenta onzas. Arturo dijo con cólera:

— Esta es una baraja de todos los diablos.

guiente albur era de tres y seis. Rugiero puso  
cientas cuarenta onzas al seis, y Arturo al tres  
einta que pidió.

tres! Hasta que gané una vez, dijo Arturo á

equivocáis; el seis de oros estaba antes.

fecto, las dos cartas estaban unidas, y el tallar  
orrer las cartas descubrió el tres; pero rectifi-  
operacion, resultó que en efecto estaba el seis.  
Rugiero recogió sus cuatrocientas ochenta on-  
distribuyó en los bolsillos, y se levantó del  
mientras Arturo echaba lumbre por los ojos,  
bia perdido en un momento mas de mil pesos:  
se sonreia.

nid, le dijo Rugiero; cuando en el juego se  
lo mejor es tomar un poco de aire para refres-  
volver á la carga.

verdad, dijo Arturo; el demonio me inspiró  
a la idea de venir á esta maldita casa; que  
deberian estar todas. Esta policia de México  
as rara y absurda que se conoce en el mundo:  
e y lleva á la cárcel al ratero que saca un pa-  
e la bolsa, y deja que se paseen descaradamente  
e estos ladrones, que roban miles de pesos, por-  
hay duda que es un robo el que me han hecho  
momento.

haya cuidado, Arturo, le dijo el capitán; no  
el demonio quien te trajo aquí, sino yo, y te

prometo que no se quedarán los monteros con tu ro: dentro de media hora *habré hecho campaña*. Fomos, que al fin cada uno de estos puros habano cuesta como quinientos pesos.

El capitán tomó unos puros excelentes, que le dio en una charola, y que estaban á disposicion de los concurrentes.

—Este muchacho, dijo Rugiero á Arturo, como el mundo, y tiene razon en el fondo: dentro de media hora la suerte variará, y podrán vds. *hacer buena campaña*. En cuanto á mí, tengo un gran to, ¿no es verdad, Arturo? Pero venid, jóvenes sentarémolos aquí, donde se respira un poco el viento fresco, y platicarémolos.

Los tres amigos se sentaron detras del cortina; uno de los balcones, y desde allí pudieron observar todo lo que pasaba en la mesa.

—¿Conoceis á algunos de los que se hallan jugando? preguntó Rugiero á Arturo.

—A muy pocos; y me asombra ver entre ellos algunos que gozan en la sociedad de una gran reputacion de probidad.

—Eso no es extraño, Arturo; muchas veces los hombres que gozan de mejor reputacion, son los mas buenos y más vados. ¿Veis á aquel hombre seco, de mejillas hundidas, de barba crecida, y con un vestido compuesto y sucio?

—Sí lo veo, y será probablemente un pobreto.

no dice esta gente de juego, viene á sacar la *amarraca*.

—De ninguna suerte, pues es un hombre que logró arse con una viuda rica, y que en vez de trabajar para aumentar y conservar el capital, lo ha destruido el juego. Primero vendió á un usurero una casa campo que tenia la mujer en Coyoacan: despues cadia abre la cómoda, y saca, ya unos pendientes, ya reloj, ya un prendedor, ya un hilo de perlas. . . Mírd, justamente está vendiendo ó empeñando un hilo. . . dan sólo diez onzas por él. . . y á fé que vale sin du una talega de pesos. . . Ya puso las diez onzas. . . ; perdió. . . Ya veis, con mil pesos se haria la feidad de una familia.

— Maldito juego! exclamó Arturo.

—Pues este hombre, continuó Rugiero, se retira ora á su casa: sus hijos salen risueños á recibirlo, y en vez de acariciarlos, á uno lo empuja y á otro le un puntapié: la madre, con las lágrimas en los os, le reconviene, y él la maldice, la llena de injurias concluye por pedirle la llave para sacar las últimas najas que le quedan. Píde la comida, y todo le distasta; riñe á los criados, tira los platos y los vasos; y poderándose de alguna otra prenda, se sale frenético su casa, á donde no vuelve sino á las tres ó las cuatro de la mañana. Dentro de tres dias ya no habrá en casa ni una silla en que sentarse, ni una cama en que dormir, ni un plato en que comer: todo lo habrá enagado á vil precio á los almonederos y usureros, y

sus hijos no recibirán ni educación ni alimentos, y solo un ejemplo horrible de inmoralidad.

—Este hombre es un bárbaro, dijo el capitán.

—Pues bien; mirad aquel otro de ojos rojizos, de tez vinosa y de grueso vientre.

—Sí, lo veo perfectamente.

—Pues ese es un empleado, que gana dos mil pesos de sueldo, sin saber ni aun escribir, y cuya librería está reducida al Periquillo, solo va á su oficina á almorzar, tiene empeñado su sueldo de un año, y paga un real en cada peso por el dinero que ha recibido.

Como no tiene con qué mantener á su familia, y sostener otras dos casas que corren por su cuenta, viene honestamente á buscar á estas casas el dinero de que necesita; pero como sus acreedores son innumerables, el día en que gana, hace un prorrateo, y cuando pierde, se esconde por dos ó tres días, y ni la misma policía de París sería capaz de encontrarlo.

—Aquel otro viejo de anteojos, y de elegante chaleco de terciopelo, sabe la Biblia, como suele decirse, pues cuando viene al juego trae las bolsas vacías, y está en acecho del primero que gana, para pedirle con mucho garbo dos ó tres onzas, con las cuales procura hacer negocio: si gana, se escabulle, sin que la tierra le sienta, y sin pagar lo que le prestaron; y si pierde espera la ocasión de que otro lo vuelva á habilitar.

Esos tres que veis allí de capa, tienen solo una onza; si pierden la *vaca* que han hecho, sus familias no tendrán que comer mañana; si ganan, en vez de em

plear el dinero en cosas útiles y en aliviar la miseria de sus deudos, irán á las tabernas, y allí, entre los lixos y la prostitucion, gastarán todo lo que hayan adquirido.

—Pero, ¿cómo aquellos dos militares que pierden muchas onzas, preguntó Arturo, están tan tranquilos?

—Toma! respondió Rugiero; porque nada pierden que sea suyo: la caja del regimiento hace el gasto; y como tienen grande amistad con los altos personajes del gobierno, el Ministro de la Guerra los protege, y sacan diariamente de la tesorería dinero, sin que jamas haya otra cuenta que “abonado á la caja del cuerpo.”

—Hace seis años, interrumpió Manuel, los conocí con las botas rotas y con unas casacas llenas de grasa.

—Y hoy tienen carretelas inglesas y palco en el teatro, ¿no es verdad? dijo Rugiero.

—¡Maldito juego! ¡maldita sociedad! murmuró Arturo.

—Pues aquel otro caballero que veis allí de lente, gran cadena, reloj, elegante fraque y fistol de brillantes, no es mas que un empleado del gobierno, que tiene ochenta pesos de sueldo cada mes, y cuyo reloj y prendedor valen el sueldo de un año.

—Pues, señores, la conversacion filosófica de vdes. es excelente, dijo Manuel; pero teniendo nosotros en poder de aquellos señores, mil y tantos pesos, es mejor estar recuperarlos: Rugiero ya sacó utilidad, y está perfectamente; pero yo estoy en la triste posicion de

no tener quien me dé un cuarto, y esta mañana cho que necesité mucho dinero.

—Pues yo opino, capitán, dijo Arturo, porqué marchemos de esta infame casa, y... lo perdido dido....

—No lo creáis, dijo Manuel.

—Mira, Manuel, dijo Arturo, ningún hombre debe estar respirando esta atmósfera. Esto sagradable y repugnante hasta lo infinito.

—Todo eso es muy cierto, contestó el capitán. no veo yo razón para que perdamos mil pesos, s cer ni la menor diligencia para desquitarlos. Qui perderemos. Ven...:

Rugiero, como siempre, después de dejar aso do á Arturo con sus historias escandalosas y su l leja, se había marchado sin despedirse. El capite mando á Arturo de una mano, le dijo:

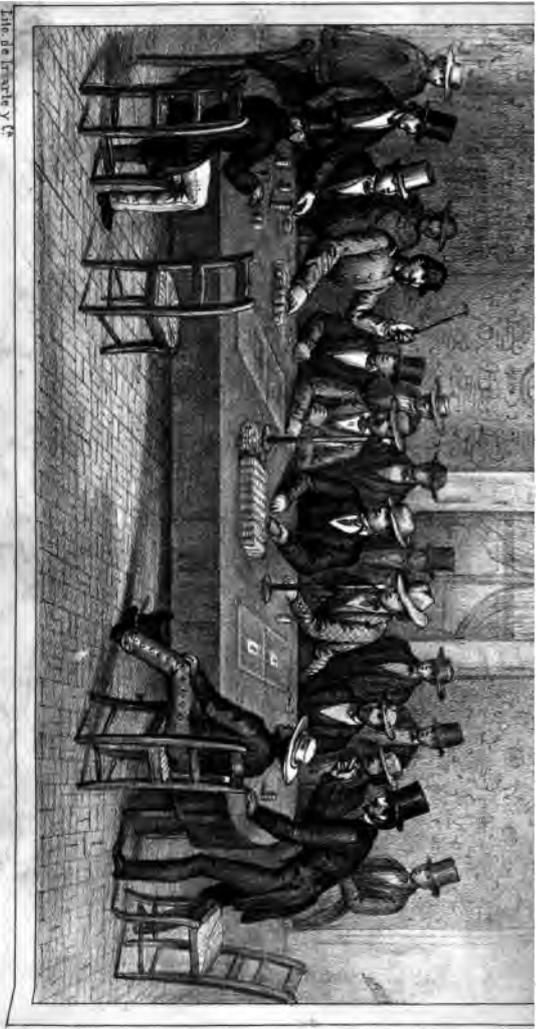
—Ven, cobarde, verás cómo en un momento s pone lo perdido; tú eres un niño todavía.

Ambos se acercaron de nuevo á la mesa, que ba llena de hombres agrupados y atentos á las c: pues era un continuado cordón de entrantes y s tes: el capitán sacó una onza, y la tiró sobre una vino la contraria, y perdió su dinero.

—Ves, Manuel; la suerte se nos declara en c vánomos, le dijo Arturo al oído.

—¿Qué sabes tú! con esta onza que me queda, hacer mi fortuna. Manuel sacó de la bolsa, en





Die de Ervrie Y de

*Deje V. las ochocientas onzas y voy el último á la carta que salga en ese lugar.*

to, la última onza que le quedaba, y la puso á un seis. Vino el seis, y la ganó.

—¿Ves, Arturo, dijo el capitán, cómo no todos los albuces se pierden? De aquí para adelante hemos de ir viento en popa.

Para no cansar al lector, dirémos que el capitán, en un momento ganó cien onzas; y entonces Arturo le instó fuertemente para que se retirara; pero él entusiasmado, le dijo:—Toma setenta onzas, y paga á ese judío que te prestó, y déjame lo demas.

Arturo, con todo el disimulo posible, pagó las setenta onzas al banquero; tomó un puro, lo encendió; dió unas vueltas por el corredor, y cuando volvió, el capitán estaba ya sentado, y tenía delante cuatrocientas onzas.

—Eh! caballeros, dijo el capitán levantándose, este es el último albur, pierda ó gane: estoy fastidiado de jugar; y diciendo estas palabras, comenzó á poner sobre una carta el monton de oro que tenía delante. Arturo tiró al capitán del faldon de la levita, y los circunstantes, aunque acostumbrados á estas escenas, no pudieron ménos de clavar sus ojos sobre el héroe de esta hazaña, quien fresco y sereno, veía correr la baraja, sin que una sola de sus facciones se alterara. La carta á que apostó el capitán, vino, y él dijo entonces al montero:

—Deje V. las ochocientas onzas; y voy el último á la carta que salga en ese lugar.

Un murmullo sordo se alzó; y el capitán, volviendo

la cara, y encontrándose con Arturo, le dijo sonriente

—Qué te parece, que suerte tan loca?

—Este albur lo perderás.

El capitán alzó los hombros, y dijo con desden:  
Vaya tres y sota; iría yo á la sota de buena voluntad

—Puede V. cambiarse, le dijo el montero, con  
rostro algo descompuesto.

—No, dijo el capitán: me propuse que se quedara  
el dinero en ese lugar, y de ahí lo recogerá V. probablemente, pues creo que perderé este albur.

—Corre, dijo uno de los monteros.—Puede, dijo  
otro.

Volteóse la baraja, y hubo un silencio solemne, y  
las moscas se atrevían á volar. A las seis cartas vino  
el tres de espadas: el montero puso la baraja en  
la mesa con una expresión de cólera, y dijo:—Puede  
disponer de mil seiscientas onzas; la partida responde  
por ellas.

—Deme V. ciento, le interrumpió Manuel con calma,  
y el resto quedará en poder de V.

Manuel recibió cien onzas, que guardó en la bolsa  
y un papelito que decía: “Quedan á disposición de  
Sr. capitán D. Manuel C\*\*\* veinticuatro mil seiscientos  
pesos en oro.”

Manuel tomó del brazo á Arturo, y ámbos salieron  
de la sala, dejando estupefactos á los concurrentes. En  
los corredores y en el patio había ya multitud de hombres  
muy corteses y caravanistas, que lo felicitaban  
cordialmente por su fortuna, y le pedían el *barato*:

pitan metía mano á su bolsillo, donde tenia oro medido, y repartía escudos y doblones, sin ver ni siquiera la fisonomía de los pedidores.

—Eh! dijo cuando hubieron salido al portal: ¿qué parece, Arturo? Soy un hombre rico; tengo ya ra competir con ese viejo infame; para pagar abodos; para marcharme á la Habana; para casarme n Teresa, y para viajar y trastornar el mundo, si se recé.

—Estoy materialmente asombrado, Manuel; y aun e parece increíble tu fortuna.

—Bien te decia yo, que las cartas de Teresa me han inspirado valor y fuerza para hacer cosas grandes.

—Pero ¿á dónde vamos? preguntó Arturo.

—¡Toma! ¿á dónde hemos de ir? á las mueblerías, á s carrocerías, á las sastrerías.

—Pero, hombre, ¿estás loco?

—No, sino en mis cinco sentidos; y por esta causa iero regenerarme hoy, que bastante he sufrido en nto tiempo de reclusion.

—Eh! D. Rufino, dijo el capitán, saludando al propietario de uno de los mejores talleres de sastrería de México.

—Capitán: milagro que pone V. los piés en esta ca. l le contestó Lamana afectuosamente.

—D. Rufino: cuando un hombre está arrancado, no be ni pasar por la puerta de la casa de V., porque

experimenta el tormento de Tántalo: hoy es otra cosa; y ya verá V. cómo me porto yo con los amigos.

—Poca confianza, hombre; ya sabe V. que esta casa está á sus órdenes.—Veamos qué desea V. ahora.

—Gracias! gracias! sé que V. es mi amigo, y por tanto no quiero abusar.—Veamos, pues, los mas ricos casimires para pantalon, los mas hermosos terciopelos para chalecos, y los paños mas finos para levita y fraque: todo esto se ha de hacer muy pronto y á la última moda.

—Bien, será V. servido como se sirve aquí á los amigos: cabalmente tengo un brillante surtido de todo lo que V. quiere.

Lamana diligente, afectuoso, como lo es con sus parroquianos, comenzó á sacar maravillas, que iba poniendo ante los ojos de los jóvenes: paños riquísimos terciopelos afelpados, casimires de los mas caprichosos dibujos y colores. Manuel lo examinó todo con detenimiento, y escogió casimires para veinticuatro pantalones, terciopelo para treinta chalecos, y paño para seis levitas y dos fraques.

—¿Toda esta ropa se ha de hacer V? preguntó Lamana con aire de duda.

—Toda, respondió el capitán afirmativamente; si V quiere, puede enviar la cuenta mañana.

—¡Oh! no es por eso, ¡qué disparate! sino porque la moda pasa. . . . y aunque . . . . esto es contra mis intereses, debo hablar francamente.

—Dice V. bien, D. Rufino, interrumpió Arturo; ¿

na locura: con media docena de pantalones será bastante.

—¿Qué entiendes tú de esto Arturo? Déjame obrar libremente en estos asuntos, ya que en los demás me sujeto á tu voluntad. Lo dicho, D. Rufino: pon á V. oficiales que trabajen de día y de noche; y dentro de tres días, mándeme alguna ropa.

—Bien, bien: tendrá V. mas ropa de la que pueda ponerse en una semana.

—Hasta mas ver, D. Rufino.

--Caballeros, pasarla bien.

Arturo y el capitán se dirigieron al bazar de muebles de Compagnon, á la calle del Espíritu Santo: todo el que tenga dinero y gusto por los muebles elegantes, debe visitar este bazar, donde se encuentran sillas cómodas de la mas fina madera de caoba y rosa; sofás, consolas, espejos y todas las exquisitas obras de carpintería hechas á la última moda de París.—Manuel y Arturo escogieron lo mejor, lo mas exquisito y lo mas elegante, sin pararse en el precio; y de aquí se dirigieron á la famosa carrocería de Silcox y Park.

—Eh! Mr. Silcox; necesitamos un coche de última moda, dijeron los jóvenes.

Mr. Silcox los llevó á una bodega, donde tenia seis ó ocho cocifes, á cual mas elegantes y primorosos; y allí escogieron una carretela azul oscura con adornos de plata, que quedó ajustada en 1500 pesos. Silcox, para completar el tren, les proporcionó un magnífico

tronco de mulas cambujas con sus respectivas guarniciones; y todo costó 2200 pesos: el mismo Silcox les proporcionó un cochero, llamado Pedro. Arturo dijo á Silcox que podia ocurrir por el dinero al dia siguiente; y arreglados perfectamente los compradores y el vendedor, se puso el coche; y ámbos amigos montaron en él, y se dirigieron á la calle de San Francisco, en donde habia una casa vacía, que aunque no muy grande, era suficientemente cómoda. Hechos todos estos arreglos y preparadas estas transformaciones mágicas, se dirigieron á comer á un hotel, despidiéndose y quedando Arturo en ver á Manuel en su nueva casa.

## VII.

### El Eclesiastico.

Arrullado por las ilusiones mas bellas; rico y feliz con la esperanza de poseer á Teresa, el capitán Manuel se acostó, y durmió un sueño profundo, tranquilo y delicioso; y muy de mañana se levantó y llamó á su asistente.

—¿Sabes que tu capitán es muy rico? le dijo en cuanto lo vio entrar.

—No sé nada, mi capitán, contestó el asistente.

—Pues hoy mismo mudamos de casa, y vamos á vivir á la calle de San Francisco; tengo mas de veinte mil pesos á mi disposición, y ya no tendrás necesidad de molestar á las vecinas para que te presten lavamanos y vasijas, y . . .

—Y podrá decirme mi capitán cómo ya hoy es rico, cuando ayer . . . dijo el asistente, bailándole los ojos de placer.

—Eso no te importa á tí: lo que te importa es, que yo te participe algo de mi fortuna: toma ese par de onzas para que te compres ropa.

Manuel sacó de la bolsa muchas onzas, y de ellas dió dos al asistente.

—Pero á mi capitán le harán falta, dijo el soldado con timidez.

—Obedece y calla, le interrumpió Manuel: la Ordenanza manda que jamas repliquen los inferiores á los superiores.

—Está muy bien, mi capitán, dijo Martín, tomando con una mano las dos onzas, y llevando la otra á su frente en señal de respeto.

—Oye; no te marches aun, que tengo órdenes que darte.

—¿Mande V., mi capitán?

—Tráeme todo lo necesario para lavarme, y cuando devuelvas los trastos, da estas seis onzas á esas buenas

chicas, que tanta simpatía me tienen, y que me han favorecido en mi pobreza; y diles, que si no fuera porque estoy enamorado perdidamente de una linda muchacha, ellas serian mis preferidas y el ídolo de mi corazón. Reparte luego entre las viejas de la vecindad todos estos muebles; y tú cójete mi colchon y la poca ropa blanca que tengo; concluido lo cual, te irás á nuestra nueva casa, calle de San Francisco, adonde solo llevarás mi montura y los enseres de limpiar los caballos.

—Pero, mi capitán, si no hay caballos que limpiar.

—Tonto! hoy mismo buscarás un par de lo mejor que haya, cuesten lo que costaren.

Martin abrió tamaños ojos, y meneaba la cabeza, como dudando, pareciéndole que era presa de una pesadilla.

—Qué! ¿dudas, bribon? le dijo Manuel.

—No, mi capitán, no dudo . . . lo que sucede es que tengo mucho gusto . . .

—Bien! haz lo que te he dicho.

Manuel se lavó, se vistió y salió á la calle; recogió su dinero del montero; lo trasladó á una casa de comercio; pagó los gastos que habia hecho el dia anterior, y se fué á la casa de la calle de San Francisco, en donde ya estaban colocados los elegantes muebles y el coche á la puerta. Arturo llegó á pocos momentos, y ámbos se dirigieron á la calle del Puente Quebrado, á ver al eclesiástico.

Fueron introducidos por la anciana que los recibió

la primera vez, á una pieza pequeña, cuyos muebles, que eran muy sencillos, estaban perfectamente limpios: en las paredes habia algunas pinturas bastante buenas de la escuela española; y en una mesa de carpeta de paño burdo azul, varios libros y un Santo Cristo hermosísimo de la famosa escultura guatemalteca: todo lo que habia en el aposento estaba colocado con tal simetría, y todo tan aseado, que daba la mas perfecta idea de que su dueño era un hombre virtuoso y de costumbres sencillas. Los dos jóvenes se sentaron, y á poco salió el eclesiástico; el mismo que hemos visto asistir á la aventura de Teresa, y cuya dulce fisonomía y maneras suaves no habian cambiado en lo mas mínimo: parecia que aquel hombre gozaba de una tranquilidad inalterable, y que las escenas tristes que habia presenciado, no habian dejado huella alguna en su corazon.

—Señores, buenos dias, dijo al entrar. Disimúlenme vdes. que los haya hecho aguardar; pero estaba tomando una poca de sopa, que es el alimento que tomo á estas horas. ¿Gustan vdes. de tomar alguna cosa? El alimento será frugal, pero es ofrecido de muy buena voluntad.

—Gracias, señor, le contestó Arturo: nuestro objeto es tener una conferencia con V., sobre asuntos importantes á la tranquilidad de mi amigo el capitán Manuel . . . .

—Servidor de V., dijo el capitán, haciendo una ligera cortesía . . . .

—Y yo de V., caballero, contestó el eclesiástico; y luego, volviéndose á Arturo, le dijo: estoy dispuesto á lo que vdes. gusten; y aunque soy un eclesiástico aislado y retirado del mundo, tendré el mayor placer de serles á vdes. útil en algo. Aquí vivo solo con una pobre anciana, que me cuida; de suerte que nadie nos puede escuchar, ni interrumpir.

—Pues, señor, prosiguió Arturo, el capitán es el novio de Teresa.

—Teresa! interrumpió el padre algo alarmado.

—Sí, señor; de esa infeliz criatura, que engañada por su tutor, hubiera sido víctima una noche, á no haber sido por la intervencion de V.

—Pero ¿cómo es posible que sepais. . . ?

—Estamos impuestos de una parte del suceso; pero no sabemos la manera con que logró libertarse. Lea V., dijo Arturo, presentándole la carta al eclesiástico: ella misma se refiere á V., no solo para la explicacion de lo que pasó, sino para que nos aconseje el modo de obrar.

El eclesiástico leyó con mucha atencion la carta de Teresa, y devolviéndola á Arturo, dijo: Es un duro compromiso para mí.

—Creo que ninguno podrá resultar, dijo Arturo, porque el capitán ama sincera y lealmente á Teresa: V. juzgará, al ver dos jóvenes *á la moda*, como suele decirse, que se trata de una aventura escandalosa de amor: nada de eso; Manuel desea que Teresa sea su esposa: los amores que desde muchos años han te-

nido, son lícitos, y jamas ha imaginado manchar la inocencia de una criatura desgraciada y por mil títulos amable.

— Lo entiendo así, y sobre este particular ninguna objecion tengo que hacer; por el contrario, seria para mí un verdadero placer, el contribuir de alguna manera, á la felicidad de dos personas que se aman; pero, caballero, cuando se hace un juramento, ¿no debe cumplirse?

—Ciertamente, dijo Arturo.

—Pues yo he jurado no hablar con ninguna persona del mundo una palabra sobre este acontecimiento.

—Pero ¿merece un hombre infame, interrumpió Arturo con calor, que se le guarden esas consideraciones?

—El hombre es muy miserable, caballero; pero cuando se jura, se toma á Dios por testigo; y á Dios se ofende, si se viola un juramento.

—Es decir, señor, que no podremos saber nada, dijo el capitán.

—Nada, contestó el padre.

—El caso es grave en efecto, repuso Arturo. Figuraos, señor, una muchacha en un pais extranjero, sin amparo ni proteccion alguna, y entregada á las maquinaciones de un hombre depravado; y ademas, señor, vos sabeis que en todos los paises del mundo, y particularmente en este, el dinero todo lo puede.

—Es verdad; el caso es grave, dijo el eclesiástico

reflexionando, y yo en verdad no sé qué partido tomar.

—El que nosotros tomarémos, como jóvenes y calaveras, será matar al viejo, dijo Arturo, y marcharnos á la Habana: allí recojerémos á Teresa y. . . lo demas Dios dirá. Tenemos tambien dinero, y somos absolutamente libres é independientes: si V., pues, con prudencia y sabiduría, no se sirve darnos sus consejos, entónces no nos queda mas remedio que tomar el partido indicado.

—No, no, de ninguna manera: eso de nada servirá, porque, segun creo, ese hombre tiene tomadas sus medidas, y vdes. serian perseguidos en la Habana y en todas partes.

—Pues entónces. . .

—Bien, dijo el eclesiástico resueltamente; yo debo tomar en todos casos la defensa del oprimido, porque así lo mandan Dios y la religion católica: voy, pues, á contar á vdes. lo que ha pasado; y Dios, que ve mis puras intenciones, me perdonará el haber quebrantado mi juramento.

—Muy bien, padre, interrumpió el capitán Manuel: V. es un hombre honrado, que puede servir de modelo al clero.

—¡Hombre honrado! ¡Modelo! dijo el padre. No, señores; yo conozco que voy á cometer una falta, porque el hombre honrado jamas debe faltar á su palabra, y yo voy á hacerlo.

—Pero si lo haceis, interrumpió Arturo, es para pro-

tejer á los perseguidos: esa no puede ser una falta, señor.

— Eso puede servir de disculpa; pero como yo conozco que vdes. podrán hacer lo que el mundo llama una calaverada, y la religion un crimen, quiero evitarlo, por una parte, y contribuir, por otra, á dulcificar la suerte de esa niña, que me causa un vivo interes.

— Gracias, señor, mil gracias, interrumpió el capitán algo conmovido, y acercando su silla.

— Vdes. saben parte del acontecimiento?

— Sí, señor, respondió Arturo; yo vi cuando el viejo apoyó el cañon de una pistola sobre la frente de Teresa; yo vi cuando ella se arrodilló para confesarse. . . .

— Pero ¿cómo, si V. lo vió todo, no procuró evitar...?

— Desgraciadamente no pude hacerlo; yo lo vi todo por el agujero de una puerta; pero la puerta estaba cerrada, y aun cuando yo hubiera sacado las fuerzas de un leon para derribarla, me vi arrebatado violentamente por un amigo, que fué el que me llevó al paraje en donde pasó la escena. Salí como loco, y en la puerta encontré á un hombre que me impedia el paso, alcé mi baston, le di un fuerte golpe en la cabeza, y reconocí despues al capitán Manuel.

— Es el caso mas singular que he oido en mi vida, dijo el eclesiástico. Proseguid.

— Arturo contó su viaje á Veracruz; su encuentro con Teresa en el camino; sus explicaciones con el capitán; en fin, todo lo que el lector sabe ya.

—Terribles acontecimientos! dijo el eclesiástico cuando acabó de oír la relación de Arturo; y yo juzgo que ese amigo debe tener gran parte en ellos.

—Así lo creo yo, interrumpió el capitán con cólera: á ese maldito italiano, á ese aventurero pícaro, á ese Rugiero, que se mezcla en todos nuestros asuntos, le he de arrancar el corazón.

—Paciencia y calma, amigo mío, dijo el padre: la felicidad se consigue de otra manera, no con el crimen, que solo produce remordimientos.

—Pero, padre, le contestó el capitán, ¿puede haber paciencia para tolerar tamañas injurias?

—V. habla como militar; pero yo, como eclesiástico, no debo predicar más que paciencia, resignación, confianza en Dios, ¿no es verdad, caballero?

—Es verdad, señor, replicó Arturo: además, yo puedo aclarar ese asunto con Rugiero, y acaso nos podrá servir de algo, porque es hombre de astucia y de talento. Si en efecto se ha portado mal, abandonaremos su amistad, y nos manejaremos en lo sucesivo con más cordura.

—Me parece muy bien, continuó el eclesiástico; la prudencia es siempre el mejor medio; y ahora que he escuchado á vdes., estoy resuelto á decir lo que pasó.

El padre comenzó su relación de la manera siguiente:

Fuí llamado para confesar un moribundo; y en cumplimiento de mi deber, acudí en el acto al lugar que

me me indicó; me encontré con que en vez de un moribundo, se trataba de confesar una jóven hermosa, y cándida, y que estaba en la flor de su vida.

—Todo esto lo sabemos, interrumpió Arturo; y tambien lo que dijo á V. el tutor.

—Pues bien, continuó el padre; despues de haber oido la confesion de la jóven, y queriendo, aun á costa de mi vida, evitar el horroroso crimen que se trataba de cometer, salí á echarme á los piés del tutor, y á pedirle, en nombre de Jesucristo, que variara de resolucion, y que restituyera á esa criatura á su casa, y la dejase obrar conforme á su voluntad y á su albedrío. El hombre, furioso, y poseido sin duda de Satanás, no quiso escuchar mis súplicas, y se lanzó con una pistola en la mano al cuarto donde estaba Teresa: yo me quedé un momento, sin saber qué resolucion tomar; pero escuché un grito, y entónces involuntariamente, é impelido por un movimiento nervioso, me lancé al cuarto, y llegué á tiempo para desviar la pistola de la frente de Teresa, y que la bala fuese á dar en la mampara, desde donde V., señor Arturo, probablemente habia presenciado parte de la escena.

—Fuego del cielo! exclamó Arturo, ¿conque quiere decir, que bien me podia haber entrado la bala por el ojo con que yo miraba por el agujero de la mampara?

—Tal vez, contestó el eclesiástico.

—Entónces no cabe duda, en que Rugiero me salvó la vida.

—Es muy posible, contestó el padre.

—Continuad, señor, dijo Manuel, que sin mover los ojos estaba atento á las palabras del eclesiástico.

—Todo fué obra de Dios, prosiguió este: el tutor, frenético como una hiena, sacó inmediatamente otra pistola, y la dirigia ya contra mí, cuando un jóven robusto, y que tenia trazas de ser un sirviente doméstico, cogió fuertemente los dos brazos de D. Pedro, y sacudiéndole con fuerza, hizo que el arma cayese de sus manos. ¿Cómo entró este hombre? ¿dónde estaba? es lo que yo no sabré explicar: despues solo he sabido que es criado de D. Pedro, porque el mancebo es mudo. D. Pedro, lleno de rabia, proferia horrendas maldiciones, y como un endemoniado arrojaba espuma por la boca, y se retorcia como una culebra; pero todo en vano, porque el criado lo tenia asido como con unas tenazas de hierro: yo no sabia lo que pasaba por mí, y Teresa, por su parte, pálida y temblando, estaba inmóvil como una estatua.

—Pobre Teresa! interrumpió el capitán con los ojos llenos de lágrimas. Oh! padre, padre! ese hombre no paga ni con mil vidas que tuviera: yo siento aquí en el corazon una cosa, que no me dejará ser feliz sin la venganza.

—La felicidad, caballero, está en la virtud únicamente. Hay en el cielo un Dios, que nunca deja sin castigo los crímenes; y él castigará á D. Pedro, que es realmente un asesino; si no fuimos sus víctimas Teresa y yo, fué porque el Señor de los cielos no lo permitió.

—Proseguid, señor, dijo Arturo, á quien, como debe suponerse, le interesaba tambien esta narración.

—Creo que como un cuarto de hora permaneceríamos todos en la posición que acabo de describir, hasta que D. Pedro exclamó con una voz convulsa:

—Oh! me muero, me muero!

Sus facciones se desencajaron; sus labios se pusieron blancos; y sin fuerzas, se dejó caer sobre el mudo, que lo tenía fuertemente asido. Yo al principio creí que los esfuerzos que había hecho para desasirse, y la cólera que lo ahogaba, habían agotado sus fuerzas; pero notando que su respiración era trabajosa, y que arrojaba espuma sangrienta por la boca, me acerqué, y le dije:

—La cólera, Sr. D. Pedro, ha originado sin duda este ataque: ya veis, Dios os ha castigado inmediatamente, por la abominable acción que ibais á cometer.

—No, no es la cólera, respondió con una voz apagada; es un veneno, sin duda, porque siento un infierno en el estómago: me muero; pero no es Dios el que me mata, sino la infamia de los hombres: este pícaro mudo, sin duda, me habrá envenenado. . . . Oh! qué ardores tan horribles! exclamaba, retorciéndose y dando gritos.

—Bien, Sr. D. Pedro, le dije con cuanta dulzura y suavidad me permitía el estado de turbación en que me hallaba; es preciso ahora arrepentirse de los actos de violencia que ha cometido V. contra la sociedad y contra Dios. Quizá pocos momentos quedan á V. de vida, y es necesario aprovecharlos: todo lo que existe en este mundo es humo y vanidad; y lo que sigue en

la otra vida, despues del juicio inexorable de Dios eterno.

Me pareció que estas razones penetraban en el corazon de D. Pedro, y continué:

—Tampoco, amigo mio, la felicidad de esta vida consigue por medios violentos y criminales. ¿Cuál sería el remordimiento que destrozaria el corazon de si hubiera asesinado á esta niña inocente, ó á mí, venia en la creencia de ayudar á un moribundo á salir de esta tierra de duelo y de lágrimas? No me he ganado, D. Pedro; y Dios acaso me ha conducido á aqui para salvar su alma: vamos, amigo mio. . . que la niña vuelva á su casa; déjela V. obrar con libertad y yo oiré la confesion de V., y abriré para su alma misericordia de Dios: no hay pecados, por grandes que sean, que no los borre un arrepentimiento sincero.

—Sí, sí; haré todo lo que V. quiera, padre; pero antes es preciso que me jure V., por Jesucristo, que si que aquí ha visto, no lo revelará á nadie de este mundo.

Mirando que cada vez se debilitaba mas la voz de D. Pedro, y temiendo que muriese impenitente, le respondí:

—Muy bien; juro por Jesucristo, que á nadie de este mundo lo que aquí ha pasado.

—Ahora, para que pueda yo arrepentirme sinceramente, me dijo, es menester que esta mujer me jure que nunca, nunca, se casará con ese pícaro y prostigado oficial que llaman el capitán Manuel.



El capitán al oír esto, hizo un movimiento de cólera, y se tiró fuertemente del bigote: Arturo, que lo observó, no pudo ménos de sonreír; el eclesiástico continuó:

—Reflexione V., Sr. D. Pedro, que al juez que juzga, no se le imponen condiciones: su alma de V. está en peligro de eterna condenación, y el ministerio sagrado que ejerzo en la tierra, me obliga á procurar su salvación.

—Pues en ese caso, dijo D. Pedro, prefiero mi condenación eterna: no, no quiero abrigar en este momento en mi cabeza la idea de que Teresa pueda ser de ese malvado capitán; y no uno, sino mil infiernos prefiero, á verla unida con él... Retiraos, padre, idos de aquí.

—Yo, desesperando de convencer á esta naturaleza infernal y depravada, me levanté, é hice un movimiento para marcharme; pero Teresa, que habia permanecido inmóvil, mirando con los ojos fijos y espantados esta escena, me tomó por la mano, y me dijo:

—¿Os vais, padre; os vais, y me dejais aquí sola, en esta casa, con un moribundo? Oh! no... yo me condenaria también, si fuese la mujer de este hombre.

—Silencio, Teresa: no os abandonaré; pero es menester que hagamos algo por el alma de este infeliz: mirad, su rostro está muy desfigurado, y acaso esta noche morirá.

—Sí, padre, haré todo lo que querais, ménos jurar lo que este hombre desea.

—Padre, dijo D. Pedro, si Teresa jura no hablar nada de lo que ha pasado, ni ser esposa del capitán, yo la pondré en posesión de sus bienes; la amaré, y la trataré con el cariño de un padre.

—La niña no dirá nada de lo que ha pasado, le contesté yo; pero tampoco debe vivir con vos, después de esta escena, ni puede jurar el no casarse . . . pero todo esto se arreglará después.

—Sí, después . . . cuando esta mujer salga y vaya á denunciarme, y á contarle todo á su amante, para que á la hora de mi muerte tenga mi casa rodeada de esbirros y de escribanos . . . No, no; quiero morir si quiera con el placer de la venganza, aunque una legión de diablos se lleve mi alma.

Al decir esto, hizo un esfuerzo violento para levantarse, y tomar la pistola, que estaba en el suelo á poca distancia de él; pero el mudo lo volvió á sujetar fuertemente, y cayó de nuevo en un profundo abatimiento. Yo retrocedí espantado, pues no concebía que la depravación pudiese llegar hasta ese extremo: el mudo me hizo una señal de incredulidad, como si hubiera querido decirme: este hombre no está malo, y es una serpiente, que en cuanto pueda mover la cabeza, morderá. Yo participaba de esa convicción; pero como veía su rostro horriblemente desfigurado, temía por su vida; y así, armándome de paciencia, y queriendo sacar partido de las circunstancias, me acerqué, y continué:

--Sr. D. Pedro, sin duda el infierno se ha apoderado de su alma de V., pues veo que aun intenta come-

ter un crimen, cuando positivamente está V. en las orillas del sepulcro, pues su fisonomía está cadavérica.

—Sí, sí, el estómago me arde, como si tuviera llamas dentro: este verdugo, que me tiene asido, me ha envenenado.... Lo perdono.

—Bien, muy bien, dije con mucha alegría: esa palabra, que ha salido de la boca de V., me hace concebir la esperanza de que la misericordia de Dios aun puede venir sobre el pecador. Ahora voy á proponer á V. un medio eficaz, para que todo se arregle: esta niña nada dirá de lo que ha pasado: yo la llevaré á una casa segura, donde permanezca en depósito, y allí no la verá nadie mas que yo: cuando V. sane de este ataque, entónces determinaremos con mas calma sobre su suerte.

—No: en un depósito, no; el capitan le escribirá, la arrebatará de allí, y me pondrán pleito; y mi reputacion. . . . Oh! no; eso es lo mismo que nada. . . . dentro de pocos dias todo se sabrá. . . .

—Pues vea V.; entónces entrará en un convento.

—Tampoco, tampoco, dijo D. Pedro.

—Pues entónces, D. Pedro, le dije resueltamente, he cumplido con mi obligacion, y dejo á V.; pero me llevaré á esta niña, porque tambien Dios me manda proteger al inocente y al perseguido.

—Así que D. Pedro vió mi resolucion, lo que no pudieron las palabras persuasivas de la religion, lo pudo el temor.

—Padre, me dijo, veo que V. tiene mi suerte y mi

reputacion en sus manos, y debo hablarle fran-  
creo que estoy envenenado, pues estoy sufri-  
res agudísimos; pero creo que no moriré. . .  
estoy persuadido es, de que este lance se des-  
de que entónces. . . Para evitar esto, lo que me  
á lo que accedo es, á que esta misma noche se  
Teresa en la diligencia de Veracruz, y se  
para la Habana; y que vdes. me juren de rodi-  
el Dios que adoran, que nada se sabrá de es-  
do no puede hablar, y de ese nada temo. Si  
prometen esto, yo juro, en cambio, arreglar lo  
de Teresa; ponerla en posesion de sus bienes,  
en libertad, para que se case con quien qui-  
cometido muchas faltas, arrastrado por mi  
pasion á Teresa y por mis celos; pero todo  
rá; de todo me arrepentiré.

En cuanto Teresa oyó este razonamiento  
exclamó:

—Sí, yo todo lo olvido, todo lo perdono; n-  
mas, jamas, nada de lo que ha pasado; y me  
de quieran; al fin del mundo, si fuere necesar-  
de tener algun dia una esperanza de felicidad.

—Ya lo ois, D. Pedro, dije yo; Teresa pro-  
lo que querais; Teresa se marcha. . . ¡Pero se  
compañero!

—Sí, sola. . . sola. . . dijo ella; de cualqui-  
nera.

—Pues bien, padre, dijo D. Pedro; á vuest-  
queda disponerlo todo: id á mi casa por mi

Yo lo que queria era, que se concluyese esta penosa escena; y Teresa, que lo que deseaba, era huir de la presencia de su tutor, nos entendimos, con una mirada, y haciendo señal al mudo para que se quedara, salí, y volando fuí por el coche, y volví á poco rato. A D. Pedro, casi cargado tuvimos que meterlo, y Teresa y yo entramos tambien en él: cuando llegamos á la casa, dejamos á aquel en su lecho, y ordenamos que se llamase un facultativo. Teresa recogió algunas piezas de ropa de las mas necesarias, así como algun dinero, y nos marchamos á la casa de Diligencias, en la que felizmente se encontró un asiento en la diligencia de Veracruz.

—Y bien, señorita, dije á Teresa cuando estuvimos solos en uno de los cuartos; lo que ha pasado me ha parecido una vision infernal: aun dudo si es cierto, ó es un sueño.

Teresa no me contestó, sino que se echó á llorar.

—Pues si no quereis marchar, hay facilidad de ponerlos en una casa de respeto, en donde permaneceréis oculta, hasta tanto se toman providencias para vuestra futura seguridad.

—Recordad, señor, que hemos jurado no descubrir á nadie lo que acaba de pasar; y aun cuando lo debiéramos hacer, ¿cómo quedaria mi reputacion en el momento en que la justicia tome parte en este asunto? Manuel acaso me aborrecerá, y mi tutor es capaz de inventar las mas atroces calumnias.

Yo me quedé reflexionando un momento sobre las

reputacion en sus manos, y debo hablarle francamente creo que estoy envenenado, pues estoy sufriendo dolores agudísimos; pero creo que no moriré. De lo que estoy persuadido es, de que este lance se descubrirá, y de que entónces. . . Para evitar esto, lo que me ocurre á lo que accedo es, á que esta misma noche se marche Teresa en la diligencia de Veracruz, y se embarque para la Habana; y que vdes. me juren de rodillas, y por el Dios que adoran, que nada se sabrá de esto: el mundo no puede hablar, y de ese nada temo. Si vdes. me prometen esto, yo juro, en cambio, arreglar los asuntos de Teresa; ponerla en posesion de sus bienes, y dejarla en libertad, para que se case con quien quiera.—He cometido muchas faltas, arrastrado por mi insensata pasion á Teresa y por mis celos; pero todo se olvidará; de todo me arrepentiré.

En cuanto Teresa oyó este razonamiento del tutor exclamó:

—Sí, yo todo lo olvido, todo lo perdono; no diré jamas, jamas, nada de lo que ha pasado; y me iré donde quieran; al fin del mundo, si fuere necesario, con tal de tener algun dia una esperanza de felicidad.

—Ya lo ois, D. Pedro, dije yo; Teresa promete todo lo que querais; Teresa se marcha. . . ¡Pero sola, sin un compañero!

—Sí, sola. . . sola. . . dijo ella; de cualquiera manera.

—Pues bien, padre, dijo D. Pedro; á vuestro cargo queda disponerlo todo: id á mi casa por mi cocha.

o que queria era, que se concluyese esta penosa y Teresa, que lo que deseaba, era huir de la casa de su tutor, nos entendimos, con una mirada, dando señal al mudo para que se quedara, salí, yendo fuí por el coche, y volví á poco rato. Al otro, casi cargado tuvimos que meterlo, y Teresa entramos tambien en él: cuando llegamos á la casa bajamos á aquel en su lecho, y ordenamos que se hiciera un facultativo. Teresa recogió algunas piezas de ropa de las mas necesarias, así como algun dinero, y marchamos á la casa de Diligencias, en la que pronto se encontró un asiento en la diligencia de Madrid.

Bueno, señorita, dije á Teresa cuando estuvimos en uno de los cuartos; lo que ha pasado me ha parecido una vision infernal: aun dudo si es cierto, ó un sueño.

Ella no me contestó, sino que se echó á llorar. Pero si no quereis marchar, hay facilidad de poder entrar en una casa de respeto, en donde permaneceréis hasta tanto se toman providencias para vuestra seguridad.

Recordad, señor, que hemos jurado no descubrir nada de lo que acaba de pasar; y aun cuando lo desearais hacer, ¿cómo quedaria mi reputacion en el mundo si esto en que la justicia tome parte en este asunto? Tal vez acaso me aborrecerá, y mi tutor es capaz de hacer las mas atroces calumnias.

Yo me quedé reflexionando un momento sobre las

—Decis muy bien, y yo repito que he sido un loco y un imbécil en todo lo que hice anoche.

—Recordad, D. Pedro, que habeis prometido poner á Teresa en posesion de sus bienes, y dejarla libre con toda libertad. Yo no tengo ningun interes en que se case con este ó con el otro; pero, sí, hablando francamente, creo que con vos nunca será feliz, vos con ella.

—Es verdad, dijo D. Pedro con despecho; soy viejo, y de una figura repugnante y desagradable; y ella es jóven y hermosa.

—No es esa la principal razon, sino que su corazón segun he podido comprender de anoche acá, que cuando conozco á vdes., es de otro.

—Sí, de otro, de otro, dijo D. Pedro con rabia; pero luego, con mucha calma y resignacion, continuó:

—Yo debo vencer mis pasiones, padre, y vuestros consejos me serán siempre de mucha utilidad: vos conocéis ya mi conciencia, mis pasiones, mis pecados, como si me hubiese confesado con vos. ¿Jurais ser mi amigo, jurais hablarme siempre con la energía y verdad que me habeis echado en cara mis faltas?

—De buena voluntad, le contesté yo, y en eso, me da V. un verdadero placer.

—Gracias, mil gracias, me dijo, estrechándome la mano; vos sois el consuelo de los desgraciados, y tambien soy desgraciado. En prueba de mi buena fe os voy á suplicar que escribais una carta, que irá á

el paquete, y que servirá á Teresa de recomendacion á su llegada á la Habana.

—Me senté, y D. Pedro me dictó una expresiva carta de recomendacion para uno de los mas distinguidos personajes de la Habana, en que decia, que siendo el viaje de Teresa motivado particularmente por la debilidad de su salud, la asistiera en cuanto se le ofreciese, ministrándole todo el dinero que pidiera, cualquiera que fuese la cantidad. Con una mano trémula firmó la carta, y despues me dijo: Ya veis; un hombre que se porta así, no es ni un ladron, ni un malvado.

—Es verdad, D. Pedro, es verdad, le respondí; y os doy las gracias, por el interes que tengo en la felicidad de Teresa: creo que ya en lo de adelante no habrá motivo de disgusto, y que todo se arreglará bien.

—Tantos deseos tengo de ello, y tanta confianza en vuestra discrecion, que os doy facultad para que si encontrais al capitan Manuel, arregleis este asunto con él como creais mejor, evitando siempre que llegue el extremo de un casamiento; pero si eso no fuese posible, con tal de poner en tranquilidad mi conciencia, y de borrar mis culpas, accedo á que se casen, y les daré sus bienes, que para los pocos años que me restan de vida, con cualquiera cosa me basta.

Yo, entusiasmado con el lenguaje de D. Pedro, no pude ménos que abrazarlo; pero entró el médico, y me despedí, prometiéndole que lo veria con frecuencia, y me dirigí á entregar la carta, que he referido, á la per-

sona que se me indicó. Mi primer cuidado : caros, señor capitán; pero todo esfuerzo ha sido y lo único que logré saber fué, que habíais despachado á Chihuahua por órden del gobierno, se me confirmó por un empleado del Ministerio de Guerra.

Esto es lo que ha pasado, y ya que en obsequio de todas las personas interesadas en este suceso, desde el lado del secreto, que debía guardar eternamente en el pecho, os exijo una sola cosa, y es, la prudencia que me pidme, ¿qué juicio formais de D. Pedro?

—El que yo formo, dijo el capitán, y habla de la franqueza de un soldado, es, que ese viejo pícaro y vil escarabajo, que debía ser matado con los bazos por una cocinera, porque no merece ni la pena de que le dé la muerte la espada de un hombre decente.

Arturo sonrió por la calificación que hizo el viejo y á su vez dijo:

—Lo que me parece que hay en el fondo del asunto es, que el viejo quería quedarse con el dinero de la muchacha, y que para eso se valió de una infame comedia que aterrorizara á la gente.

—Cáspital interrumpió Manuel; ¿y el balazo que debió haberle entrado por el ojo?

—Todo eso fué farsa, Manuel, y nada más: porque nunca se habría atrevido á matar á Terrence; tomó la providencia de despacharla á la Habana.

para disponer á su antojo del dinero, y quedarse rico al fin de la historia.

—Yo no sé, dijo el padre algo ofendido, si seria comedia, ó no; lo que puedo asegurar es, que ese hombre estaba frenético, y dispuesto, en mi juicio, á cometer cualquier crimen. Ahora se habrá arrepentido, porque estas cosas son tambien altamente ridículas para un hombre de su edad y de su reputacion en el mundo: en cuanto á mí, creo que cumplí con mi deber.

—Lo que he dicho, padre, replicó Arturo con mucha jovialidad, y dándole suaves palmadas en el hombro, no es por ofenderos: os digo con toda verdad, que sois un excelente eclesiástico, caritativo, amable, de talento, de discrecion y de virtud.

El padre bajó los ojos, y se sonrojó.

—Arturo dice la verdad, padre; y aunque hay una gran diferencia entre unos jóvenes mundanos y un eclesiástico virtuoso, creo que serémos amigos: nosotros no tenemos mal corazon; y si cometemos faltas y calaveradas, esto no hará que nos rehuséis, ni vuestros consejos, ni vuestra amistad.

—De ninguna suerte, contestó el eclesiástico: serémos amigos sinceros, y os ayudaré de buena voluntad i todo lo que sea justo y honrado: en cuanto á consejos, poca capacidad y experiencia tengo; pero . . .

—Afuera cumplimientos, dijo con tono de franqueza Arturo: ya somos amigos, y por tanto la etiqueta

no es necesaria: decidnos, pues, con toda franqueza, cómo se debe obrar en este caso.

—Yo, por las visitas que he hecho posteriormente á D. Pedro, respondió el eclesiástico, me he convencido plenamente, de que el hombre ha cambiado de ideas, y de que está dispuesto á todo: el amor debe de haberse amortiguado con la ausencia; y en cuanto á dinero, que es la pasion que indudablemente lo domina, supuesto que ni Teresa, ni el capitan, fijan su atencion en él, se puede celebrar una transacion, que á él le deje rico, y que á los dos esposos les proporcione co que vivir decentemente; sobre todo, si este caballero corrige un poco sus calaveradas.

—Es dura cosa transigir así con un hombre tan malvado.

—Pero no hay otro arbitrio, dijo el padre, para que esto tenga un feliz término: si vdes. quieren llevarlo por las vías de la justicia, eso es otra cosa; pero creo que les costará mucho dinero; que se ocasionarán escándalos, y por último, que el resultado final hará esperar mucho.

—El padre dice muy bien, Arturo: yo en cuanto dinero tengo ahora lo bastante para algunos años; con tal de que Teresa sea mia, seré capaz de ceder por mi parte al viejo, todo el caudal.

—Pues bien, padre, supuesta la voluntad del capitan, ¿qué le parece á V. que se haga?

—El paso es muy sencillo: el capitan, sin darse por entendido de lo que ha pasado, debe ir á casa de

**Pedro, y tener una explicacion con él:—**Probablemente D. Pedro accederá, y entónces el capitan, con licencia del gobierno, se marchará á la Habana: allí se casará con Teresa, y despues, quedará libre, ó para volverse á México, ó para dirigirse á Europa.

—No puede ser mas brillante para mí la perspectiva, dijo el capitan; pero es un paso muy duro tener que humillarse ante un malvado.

—No se trata de humillaciones, ni de bajezas, contestó el padre.

—Pues recordando yo lo que ha pasado, no podria contenerme, y entónces se echaria á perder todo.

—Vamos, dijo el padre, es menester una poca de calma: vos sois un hombre de mundo, y debeis dar este paso, con la prudencia que se requiere.

—Por la felicidad de Teresa, á todo me resigno, contestó el capitan.

—Pues bien; puesto que estamos convenidos en esto, dijo el padre, yo quiero que el Sr. Arturo me haga algunas aclaraciones.

—Las que V. quiera; y ahora deseo positivamente que V. me ocupe para acreditarle mi amistad.

—Muy bien: se trata de un asunto que considero como mio; y en el que V. me puede servir de mucho.... pero ahora estamos ya fatigados, y yo tengo que practicar, ántes de hablar con V., algunas indagaciones mas: permítanme vdes., pues, que los cite para dentro de tres dias, tiempo en que el capitan habrá tenido

ya sus explicaciones con D. Pedro, y en que ya podremos hablar también de este asunto.

—Perfectamente, dijeron los jóvenes; y repitiendo al buen eclesiástico sus protestas de amistad y reconocimiento, quedaron emplazados para reunirse á los tres días.

—Es un guapo clérigo, dijo Arturo al subir al coche.

—Estoy encantado con él, aunque creo que podríamos haber evitado la marcha de Teresa, y puesto en apuros á ese malvado viejo.

—Qué quieres! demasiado hizo, no siendo el interesado. Tú debes estarle muy reconocido.... Pero ¿á dónde vamos?

—A casa de D. Pedro, dijo Manuel: recuerda que el paquete sale pronto; y yo de una vez quiero escribirle á Teresa todo lo que pase.

—¿Estás seguro de que no cometerás una torpezuela Manuel?

—Sí lo estoy: un hombre rico, feliz y de mundo como soy yo, no comete jamás torpezuelas, contestó Manuel con una perfecta seguridad.

—Entonces no hay que contradecirte: esta noche á las ocho estaré en tu casa; tomaré cualquier friolera y nos iremos en seguida á la tertulia de Aurora.

—Ve un poco mas temprano, y juzgarémos de la habilidad de un cocinero francés que he tomado.

—Convenido.

El coche llegó á la casa de D. Pedro; Manuel e

tró, y Arturo se fué á su casa á leer el *Judío Errante*, obra que lo tenia preocupado y entretenido sobremanera.

## VIII.

### El Arrepentimiento.

Para que no se pierda el hilo de esta historia, necesitamos imponer al lector de algunos pormenores relativos á D. Pedro. Luego que estuvo en su recámara, donde hemos visto que lo dejó el eclesiástico, llamó á la cocinera y á la ama de llaves, y casi con las lágrimas en los ojos, les dijo:

—Muchachas, tengo que darles la funesta noticia, de que su ama, la virtuosa Teresa, ha partido para San Luis Potosí esta noche misma: el pesar me ha puesto en un estado tal, que me ha sido imposible acompañarla.

—Pero, señor, dijo María Asuncion, que era la ama de llaves, ¿cómo tuvo su merced valor de dejar ir sola á la niña?

—Qué habia de hacer? hijas mias. Es necesaria su presencia en San Luis; para que entre en posesion de una valiosa finca de campo que le pertenece; y un solo dia de dilacion, habria ocasionado el que el negocio se perdiera: yo no tengo mas fin que dejar á esta criatura rica y feliz, cuando me muera; con eso, no omito sacrificio; y aun el de mi vida, haré si es preciso.

—Pobre niña, dijo María Asuncion con las lágrimas en los ojos. ¿Cuándo la volverémos á ver?

—Muy pronto, contestó D. Pedro; pero yo quién sabe si lograré esa dicha, porque soy ya de una edad avanzada, y me siento muy malo.... Ya se ve, el golpe ha sido terrible....

—Está su merced muy desfigurado, le dijo María Asuncion.

—Sí, hija mia, estoy bastante malo: haz que entre el médico.

—Sí, señor.

—Vdes. retírense. Ah!.... se me olvidaba, ¿ha venido el mudo?

—No, señor.

—Bien; retírense, y yo las llamaré cuando sea necesario.

El médico entró, tomó el pulso á D. Pedro, y le preguntó lo que sentia.

—Es una fuerte indigestion, contestó el médico, despues de haber escuchado la narracion; y creo que hay tambien alguna bilis.

— Todo se ha reunido, doctor, contestó D. Pedro, pues un hombre que, como yo, tiene que lidiar con abogados y con jueces, no deja de hacer sus cóleras, á pesar de que yo, por naturaleza, soy hombre pacífico.

— Eso, y el haber comido tanta cantidad de sopa de rabioles, ha puesto á V. en este estado; pero aun es tiempo de calmar el mal. Voy á recetarle á V. de pronto un vomitivo y unos pozuelos, que tomará V. cada dos horas: que inmediatamente vayan á la botica.

— D. Pedro sonó la campanilla; María entró, é inmediatamente fueron á la botica por la medicina.

— Conque, dejó á V., D. Pedro; si alguna novedad hubiere, me mandará V. avisar.

— Gracias, doctor, gracias; me siento un poco mejor en este momento, y creo que con las medicinas y con un rato de sueño, me restableceré.

Como debe suponerse, las medicinas fueron administradas á D. Pedro con tal eficacia y cariño de parte de las criadas, que cosa de las dos de la mañana logró conciliar el sueño. Al día siguiente amaneció bastante estropeado del combate moral y físico que habia sostenido, pero demasiado tranquilo respecto de su vida, pues lo de la noche anterior, mas que enfermedad, habia sido fingimiento y astucia: él quiso que el eclesiástico mismo le abriera un camino, para terminar de la mejor manera posible la peligrosa tentativa que habia hecho.

—Vamos, dijo el viejo, apoyando su cabeza en la cabecera de la cama; soy el hombre mas imbécil del mundo, y prometo no volverme á guiar nunca por ajenos consejos. En resumidas cuentas, ¿qué he hecho yo? Nada; correr el inminente peligro de caer en las garras de los jueces, y de enredarme en una causa criminal, que me habria perjudicado bastante, á pesar de que mi reputacion está bien sentada, y de dar materia á esa turba de chismosos y enredadores, que se llaman periodistas, para que entretuviese al público á mi costa. Por lo demas, estoy tranquilo; tengo oro, y este es el medio de ganar los corazones. Si naufraga la muchacha, entónces ya no hay cuestion; la fortuna será enteramente mia, y esto me consolará un tanto de su pérdida; pero si llega sana y salva á la Habana, no dejará de escribir al pícaro del capitán y á todos sus conocidos, y quién sabe si entónces habrá algun resultado. . . . Lo mejor es alejarla lo mas que se pueda: yo arreglaré mis negocios, y me marcharé á Europa. . . . Pero es menester actividad en todo esto.

D. Pedro sonó la campanilla, y Maria de la Asuncion entró.

—Mira, hija mia, tráeme una taza de atole y un poco de azúcar; envia un recado á D. Juan Alonso Quintanilla, diciéndole que me hallo enfermo, y que necesito verlo, y despues haz que me llamen á D. Pascual el barbero.

—¿Se va su merced á rasurar?

—No; mañana acaso lo haré, pero necesito hacerle

el encargo de que me busque hoy unas navajas inglesas.

—Muy bien, señor; ¿y cómo se siente su merced?

—Mucho mejor, María: te lo agradezco. Haz lo que te he dicho.

—La criada salió á ejecutar las órdenes de D. Pedro, y le introdujo á poco rato en una curiosa charola, y en brillantes platos de porcelana, el alimento que habia pedido.

Quintanilla no se hizo de rogar, pues vivia cerca de la casa de D. Pedro.

—¿Qué es eso, amigo? ¿V. en cama? ¿Qué ha sucedido?

—Una indigestion fuerte; pero estoy mejor.

—Me alegro. ¿Qué se ofrecia?

—Quiero contar á V. una cosa en reserva.

—Lo que V. quiera, vamos. . . ya sabe V. que soy su amigo.

—Pues ha de saber que Teresa, de quien sabe V. que soy su tutor, y á quien he mirado como á una hija, ha cometido la locura de enamorarse de un oficial borrácho, jugador y tormentista; de un oficial que es, no solo un calavera, sino un hombre de pervertidas costumbres. Como no habia medio de evitarlo, y temia yo que la muchacha fuese deshonrada; y mi casa, donde hace muchos años no hay mas que recogimiento y virtud, teatro de escándalos muy graves. . . . me pareció prudente enviarla á la Habana: anoche formé una resolucion pronta sobre esto, y ya

la tiene V. en camino para Veracruz. Ya ve V. este país no hay justicia . . . . estos militares la es siempre de altaneros y de matones, y luego el ro . . . .

—Muy bien pensado, dijo Quintanilla, que era español viejo, de ideas absolutamente cerradas y jas, y que no concedía á las muchachas libre albedrío para disponer de su corazón y de su mano.

—¿No le parece á V. que no había mas recurso

—Cómo si había, dijo Quintanilla! Yo la había encerrado en un cuarto, y condenado á pan y agua, y habría visto V. cómo la hambre le hubiera quitado el amor. En cuanto al calavera, lo que V. debe hacer es, procurar en la comandancia general que manden á un presidio, á la frontera, ó á los infiernos.

—Qué quieré V., Quintanilla? yo soy muy blando y muy compasivo; yo no puedo contrariar á mi corazón.

—Conmigo habían de topar esos amores: acuérdate V. de lo que hice con Micaela la huérfana: la saqué del convento, y la hice profesar: ella lloró, y se desesperó, y dijo que se había de matar, y . . . . qué sucedió cuántas cosas; pero el caso es que hoy es una sanme y me deberá su salvación.

—Para evitar todos estos pasos fuertes, yo lo que deseo es, alejar mas á Teresa, porque el capitán es hombre muy resuelto, y es muy capaz de marchar á la Habana. Los viajes y la ausencia distraeránle

resa, y quizá en España le podremos proporcionar un hombre que haga su felicidad.

— Bien, bien; una vez que piensa V. así, hágalo: ¿en qué puedo servirle?

— Quiero que me proporcione V. una persona que vaya á la Habana, y que haga que Teresa se embarque para Cádiz, y la acompañe. Pero que esta persona sea de mucho secreto y resolución.

— Pues cabalmente yo puedo proporcionar á V. una que ni mandada hacer: se llama Bolao; es hijo de aquel gaditano muy honrado y muy gracioso, que tenía la antigua tienda de abarrotes de la calle de Venereo. Es dependiente de la casa de nuestro amigo Fernandez, quien como está entrampado con la quiebra de la casa de Revuelta, lo manda justamente á la isla de Cuba á arreglar ese asunto: yo le hablaré á su amo, y él se encargará gustosamente de servirnos.

— Véa V.: sería bueno no decirle una palabra, sino darle instrucciones por escrito y en carta cerrada, que no deberá abrir, hasta que se halle en la Habana.

— Bien, bien, dijo Quintanilla; todo lo que sea procurar el mayor secreto, es mejor.

— Le pagarémos muy bien; llevará carta abierta pará la Habana, dijo D. Pedro; pero lo único que temo es, que no se vaya á enamorar de Teresa.

— No, no háya cuidado; y sobre todo, ese peligro tambien lo hay en la Habana, donde hay tanto mozalvete; así es, que para evitarlo, lo mejor será que V. fuese en persona.

—Imposible, por ahora: estoy lleno de complicaciones: las cuentas están enredadas; y sobre todo, tengo un pleito en San Luis, pendiente de fallo, que podría yo si me separara de aquí; y ¡vamos! en el asunto se versan 150 mil pesos.

—Bien, bien, respondió Quintanilla, los negocios son primero que nada; pero no tenga V. cuidado; ponga V. las cartas, y de mi cuenta corre allanar lo demás.

— Perfectamente, fío en V. Las cartas las tendré V. mañana; y agite V. para que Bolao salga lo más pronto posible.

—Bien, bien, será V. servido. ¿Se ofrece otra cosa, D. Pedro?

—Que no economice V. tanto sus visitas.

—Bien, bien, veré á V. seguido, cuando me lo permitan los negocios.

El Sr. Quintanilla salió, y el maestro barbero entró en seguida.

—Sr. D. Pedro . . . ¿qué ha sucedido? . . . pobrecito de mi amo, que se halla en cama. ¿Hubo anoche alguna novedad?

—No, ninguna, maestro; una indigestion muy fuerte, es todo; pero estoy mejor. Vamos, dame cuenta de la policía.

—Pues, señor, hay cosas muy importantes.

—Dí, cuáles?

—Pues, señor, en las inmediaciones de la casa que V. sabe, un hombre dió á otro un fuerte palo en la cabeza.

—¿Y quiénes eran esos hombres?

—A uno no lo conozco; pero al herido sí lo conocí, pues el sereno y yo lo vimos con el farol.

—¿El sereno? . . . .

—Sí, el sereno, dijo el barbero, pues ya sabe V. que como le doy sus galitas, y él es un buen muchacho, hace todo lo que yo le digo.

—¿Y quién era el hombre herido?

—Quién había de ser! el capitán á quien mi amo no puede ver.

—El capitán! interrumpió D. Pedro azorado: ¿y quién lo hirió?

—Ya dije á mi amo que al otro no lo conozco. . . . pero mi amo sabrá. . . .

—¡Cómo sabrá! . . . Gran pícaro, pues ¿qué crees que yo soy un asesino? Si tú y el sereno lo hubieran acabado de matar, era otra cosa. . . .

—Mi amo no se enfada, pero como no ha dicho nada. . . .

—Ni soy capaz de decir, yo lo único que te he encargado, y para lo cual te doy mas dinero del que puedes gastar en tus vicios, es que observes ciertas cosas que poco me interesan, pero que. . . . necesito saber, para la tranquilidad de una casa virtuosa y recogida como es esta.

—Mi amo me perdonará, pero yo no lo sirvo por dinero, sino por gratitud, porque siempre me acuerdo de que su merced me libró de la muerte. . . .

—No hablemos de eso; ¿qué sucedió con el capitán?

¡murió, ó. . . . Apuesto á que tú y el ser  
tan infames, que en lugar de socorrerlo, le  
palo.

—Ya dije á su merced, que como no ha  
nada. . . .

D. Pedro echó una mirada colérica al  
este tuvo que bajar los ojos.

—Responde á lo que te pregunto, sin  
mas. ¿Qué sucedió con el capitán?

—Pues á poco rato se levantó; y como un  
agarrándose de las paredes, se fué.

—Se fué! repitió D. Pedro con cólera; ¿  
dónde?

—A su casa, dijo el barbero.

—A su casa! á su casa! repitió D. Pedro  
¿y dónde es su casa?

—En la calle de \*\*\*; yo le seguí.

—Ah! eso es otra cosa, dijo D. Pedro  
mucho calor. Yo tenia interes en saber  
su casa, porque me gusta hacer bien á los  
dos. ¿Qué sería de tí, si yo no te hubiera  
de la horca! Acaso podré dispensarle algu  
al capitán. Te encargo que no me lo pierda  
y que te procures poner en contacto estrecho  
Mariana la lavandera. En cuanto haya a  
vo, ven á avisarme.

—Sí, señor, lo haré así. . . . Pero queri  
á mi amo que me sacara de un comprar  
una deuda de veinte pesos, y es necesario  
que hoy. . . .

— Eso es todo?

— Sí, señor.

— Tómalos, y cumple con lo que te he encargado: ahora, retírate.

El barbero quiso besar la mano á D. Pedro; pero éste la escondió, y lo despidió con una seña.

El lector debe saber, que este barbero, por un asesinato y dos asaltos en camino real, habia sido condenado á muerte por el juez de letras Puçhet, quien rara vez dejaba de aplicar la ley á los criminales: esta sentencia habia sido aprobada por el tribunal superior, y revisada por la corte de justicia; y el hombre habria ido indudablemente al palo, á no haber sido porque D. Pedro, de quien era antiguo criado, formó capricho en salvarlo. Pero no surtieron efecto en los tribunales sus recomendaciones; y entónces ocurrió al Presidente, general D. Anastasio Bustamante, hombre, como todo el mundo sabe, de excelente corazón, quien indultó al reo, sentenciándolo á diez años de presidio: escapóse luego del camino de Veracruz, en donde estaba trabajando en cumplimiento de su condena: cambió de nombre y de traje, y se mudó en un barrio distinto; y como en México cuando se fuga un reo, pocas ó ningunas diligencias se hacen para perseguirlo, nuestro hombre logró evadirse del castigo; y despues de algun tiempo se volvió á presentar á D. Pedro, quien siguió protejiéndolo. Despues de ser mesonero, arriero y tendero, vino á adoptar el oficio de barbero; y fué nombrado juez de paz de un cuartel;

pero como no olvidaba sus antiguas costumbres, protejía á los rateros, miéntras perseguía furiosamente á los ladrones de barrio ageno; tenia una parte en la direccion de los asaltos de las diligencias; auxiliaba á los contrabandistas á meter sus efectos por las acequias que rodean la ciudad, y era el alma de todos los enredos del barrio; todo lo cual lo hacia con tal maña y talento, que á los ojos del ayuntamiento pasaba por uno de los mejores alcaldes de barrio. Los vecinos unos le tenian miedo, y no se atrevian á decir nada contra él, y otros le tenian cariño, porque, prescindiendo de las pequeñeces que acabamos de decir, era hombre alegre, franco, amigo de fandangos y de almuerzos, y se llevaba bien con todos los que le ayudaban en sus inocentes picardías. Este hombre, pues que por reconocimiento y por interes servia á D. Pedro, quien nunca le excusaba el dinero, era el fiel y ciego instrumento de que este se valia, con arte y maña, para espiar los movimientos del capitan; y en caso necesario, lo habria empleado tambien para quitarle de enmedio.

Dado á conocer el barbero, seguirémos con nuestra narracion. D. Pedro, cuando volvió á quedar solo comenzó á vestirse, diciendo:—Es menester enmendar tanto absurdo y disparate como he hecho: el medio seguro para quedar yo tranquilo, habria sido desembarazarme de Teresa y del capitan; pero como á Teresa la amo, ó mas bien dicho, tengo por ella una ilusion, que raya en delirio, es menester trabajar, para que d

ro y muchacha sean míos. Cuando lo consiga, prometo á Dios ser el mejor de los hombres; confesarme con todo mi corazón; entrar á ejercicios; dar muchas limosnas; edificar á la Virgen de los Dolores una capilla; fundar un hospicio. . . . Por otra parte, yo obro con esto con arreglo á mi conciencia. ¿Cómo había de permitir, que el dinero que con tanto afán he conseguido, y aumentado, fuese á pasar á manos de un tunte, que lo disiparía en el juego y en los vicios más vergonzosos? . . . ¿Ni cómo tampoco puedo permitir, que Teresa sea desgraciada? Ella entrará en razón, y me amará algo, y todo se compondrá; yo me pasaré en Europa una vida llena de comodidades, y abandonaré este país de revoluciones y de picardías. . . . A trabajar, y á trabajar activamente en el arreglo de todos mis negocios.

Mientras hacia estas reflexiones D. Pedro, acabóse de vestir; se puso una rica bata de seda, y abriendo un hermoso escritorio de madera de rosa embutida, se puso á escribir lo siguiente:

“Señor marques de Casa-Blanca.—México etc.—Migo y señor de mi respeto: Circunstancias graves á mi familia, que sería largo referir, me han obligado á enviar á mi tutoreada, la señorita Teresa N\*\*\* á esa casa, en donde algunos años vivió de niña, en unión de su mamá (que de Dios goce). Con el fin de recobrar su salud, permanecerá algún tiempo en ese punto, y después irá á Cádiz, á donde, en breve, trasladaré mi residencia.—¡Dichosos mil veces los cubanos, que

disfrutan de un gobierno justo y paternal, bajo el manto soberano de S. M. (Q. D. G.) En este país, donde se proclama la libertad, se experimenta la más horrible tiranía; y precisamente tengo que variar de residencia, por librarme de las diabólicas acechanzas de un militar, cuyo dañado intento es seducir á mi inocente hija, y arrebatarle su patrimonio. No será remoto que se atreva á seguirla á ese puerto; en cuyo caso, amigo mio, espero que V. empleará su influjo con ese señor capitán general, cuya justificación es alabada por todos los que le conocen, para que se le eche mano, pues es un tahir de profesion, ebrio consuetudinario, fullero de oficio, y digno de figurar en el gran catálogo de pillos, que el inmortal Tacon desterró de Cuba. Yo pongo á Teresa bajo la protección de V. y de las leyes de la isla; y le ruego que para coronar mis afanes de muchos años, no omita gasto ni sacrificio alguno, pues todo se lo recompensará, con una eterna y profunda gratitud, su atento afectísimo amigo Q. B. S. M.—P.”

“P. D.—Va una noticia circunstanciada de las señas del militar á que me refiero, y le suplico las haga conocer á la policía de la isla.

“La carta que le acompaño, cerrada y sellada, suplico á V. que solo la abra en el caso de que un encargado mio se presente á V., y le enseñe unas instrucciones escritas de mi puño y letra.”

“Sres. Spalding Hermanos.—Señores míos: El portador de esta es D. Juan Bolao, que pasa á esa, con

unos asuntos de la casa de los Sres. Fernandez, de esta ciudad; y como tambien le he encargado un asunto mercantil, les suplico, que, cargándolo á mi cuenta, le faciliten el dinero que pida.—Soy etc.”

*Instrucciones para el Sr. D. Juan Bolao.*

“En cuanto llegue la fragata “Correo de Cádiz,” tomará pasaje á bordo para dos personas. Tres dias ántes de hacerse el buque á la vela, ocurrirá al señor marques de Casa-Blanca, presentándole estas Instrucciones. Tres horas ántes de embarcarse, ocurrirá á la casa que le indique el señor marques; y allí encontrará una señorita, á quien deberá poner á bordo, sin hacerle una sola explicacion. La acompañará hasta Cádiz, y allí la dejará en la casa que el mismo señor marques indique. Concluido esto, cuando guste, podrá regresar á México el Sr. Bolao, y pedir para su uso, á la casa de los Sres. Spolding Hermanos, diez mil pesos, ademas de los gastos del viaje. Pero si el Sr. Bolao no cumpliere con estas Instrucciones, puede contar con que será despedido de la casa de Fernandez, y perseguido ante los tribunales, por el dinero que indebidamente haya tomado.

“Si cuando llegue la fragata “Correo,” no hubiese el Sr. Bolao concluido su asunto con la casa de Revuelta, entónces tendrá cuidado de tomar pasaje en otro buque que vaya para Cádiz.”

La siguiente carta es la que D. Pedro dirigió al señor marques de Casa-Blanca, cerrada y sellada.

“Amigo y señor de mi respeto: Sabe V. mujeres es menester hacerlas dichosas á fu esto he comisionado á un sugeto de bast dez; pero ha sido necesario ponerle unas Ins duras y precisas, á la vez que estimularlo : pensa. Si se portare bien, cuento con que tará todo cuanto sea necesario para el viaje dando á Teresa á una persona de respeto er ta que viva en su casa, ó lo que mejor seria la haga entrar en un convento, hasta tanto ; arreglar mis negocios, y me pongo en ca no hace un padre por la dicha de su hija? jo, y el dia que Teresa fuera desgraciada, V. comprende bien mis intenciones, y me llevar á buen fin este grave asunto de fam no hay mas modo de conducirlo que el qu do.—Si mi encargado se maneja mal, le el crédito de la casa de Spolding, y le recoj truceiones, dejándolo que se marche á don  
“Dispense V. tanta molestia de su amigo G

Es menester que el lector sepa que este Casa-Blanca era un íntimo amigo de D. F debia á este su fortuna, pues habiendo vi Luis á reclamar una herencia, D. Pedro c ciones, y sus consejos, y sus intrigas, lo sac pleito: el marques se marchó al lugar de cia, que era la Habana, y nunca cesó de c trechas relaciones con aquel. Luego qu acabó de escribir, mandó poner el coche,

zapa, y fué personalmente á poner sus cartas en  
de D. Juan Alonso Quintanilla, con lo cual que-  
nquilo.

lectores recordarán que restablecido apénas el  
n Manuel, del golpe que le dió Arturo, por la  
cacion que saben, fué á ver á D. Pedro, quien  
que Teresa se habia fugado con un amante.  
iego como el capitan salió, tomó su coche, y se  
er al Ministro de la Guerra; y como era hombre  
ud, de dinero y de grandes polendas, como sue-  
rse, raras veces abria la boca, sin que todos se  
rasen á servirlo.—México es un país muy sin-  
ajo ese aspecto, y D. Pedro conocia perfecta-  
á la mayor parte de nuestros hombres públi-

os minutos no mas, señor Ministro.

ñor D. Pedro, mi amigo, mi antiguo amigo!  
ca quita el tiempo á los que lo quieren bien.  
os minutos, dos minutos de tiempo; repitió D.  
tomando la mano del Ministro, y llevándola á  
ho.

iga V., diga V., mi amigo; y el Ministro, com-  
por intereses y pasiones, servirá á V. en cuan-  
da.

un asuntito de familia: se trata de alejar de  
or unos cuantos dias á un oficial calavera y ma-  
me me anda inquietando á mi Teresa: el oficial  
te tiene su cuerpo en Chihuahua.

es que marche, mi amigo y despejarémos la

ciudad de tanto oficial sin ocupacion, que n  
mas que andar en procesiones.

—Pero yo no quiero que se perjudique de  
manera, dijo D. Pedro fingiéndose muy apesar  
la muchacha la he mandado por prudencia á  
un paseo, y . . . . ¡pobres viejos! buena guerra  
las muchachas!

—Bajo todos aspectos, dijo riéndose el M  
será V. servido. ¿Señor mayor? que se pong  
mismo una circular, para que todos los ofici  
se hallen en la capital, marchen á reunirse á e  
pos, y se dirija especialmente á ese capitán.

—Aquí está el apunte de su nombre, dijo D  
pues yo ni sabia cómo se llamaba, y apén  
nozco.

—Que marche inmediatamente á prestar su  
cios á Chihuahua. ¿Desea V. otra cosa, s  
Pedro?

—Gracias, mil gracias, señor Ministro, resp  
Pedro, estrechándole cordialmente la mano, y  
la secretaría.

—Toma, María, dijo á la ama de llaves luego  
tró á su casa; haz que de mi parte lleven este  
dor de plata á casa del Sr. Ministro de la Guern  
llamen al maestro barbero.

—Tengo un negocio muy urgente contigo,  
Pedro en cuanto vió entrar al barbero.

—Mi amo puede ordenarme lo que guste.

—Yo sé que tú intervienes en ciertas cosas.

cia que salió ántes de anoche de aquí á Veracruz  
verá ser asaltada.

—No señor, respondió resueltamente el barbero;  
s al instante, arrepintiéndose de su ligereza, dijo: yo  
sé por qué su merced me hace esas preguntas, y pa-  
rablarle con verdad. . . . no sé.

—Tú lo sabes perfectamente, y no hay para qué ne-  
lo, pues yo no te he de seguir ningun mal; lo único  
quiero es, que me sirvas bien. El capitan está ya  
iado de su golpe, y tú nada me has dicho.

—Señor: juro á su merced que he hecho cuantas di-  
ncias han sido posibles; pero ese diablo de la lavan-  
a no me ha querido decir ni una palabra: sabia yo  
estaba en cama por Martin su asistente.

—Pues mira, probablemente el capitan se dirigirá  
mo de estos dias para Veracruz; y me importa que  
legue. No digo por esto que se le haga mal alguno;  
lo pueden tener por ahí oculto algunos dias; en fin,  
no llegue, es lo que importa; y tú sabrás de qué me-  
te vales para ello. Que no llegue el capitan á Ve-  
ruz, es todo lo que te recomiendo.

El barbero se mordía un dedo sin responder.

—Parece que no te agrada mi encargo. Muy bien;  
ónces tomaré otras medidas; dejaré la cosa así, y se-  
lo mejor.

—Es decir, que mi amo quiere que si mis compañeros  
podemos, le demos un tiro al capitan, cuando mé-  
lo piense.

—¡Gran brutal! yo no he dicho eso; lo único que de-

seo es que al menos en uno ó dos meses el capitán imposibilitado de llegar á Veracruz.

—Es decir, volvió á insistir el barbero, que con una herida regularcita, . . .

—Otra tontería! exclamó D. Pedro, dando un te patada en el suelo. Será menester que de asunto por hoy; yo buscaré otra gente que me e

—Si yo entiendo á su merced bien. . . lo que es, que yo preguntaba. . .

—Bien! será menester que te procures inform Martin el asistente, y que tú mismo vayas á hacer que te encargó, pues acaso otros irán á cometer torpeza, y no quiero mas sino que no llegue cruz.

—Muy bien, señor. ¿Me permite su merced enseñe á tres muchachos muy guapos, que me me acompañen?

—Sí, sí, dijo D. Pedro con indiferencia, como que se vayan breve.

El barbero llamó á tres mocetones de no menor, regularmente vestidos al estilo de los raris y los presentó á D. Pedro.

—Vaya, dijo éste, buena gente, guapos muchos. ¿Y qué oficio tienen ustedes?

—Pues, señor, somos picadores, vaqueros; hacemos la vida en lo que Dios nos da.

—Vaya, retírense, hijos; lo que se les ofrece soy amigo de servir á todo el mundo.

Mientras que D. Pedro decía esto, uno de

acercó á tomarle la mano, y los dos restantes, cubriéndose uno con otro, extrajeron con la mayor agilidad y casi á la vista de D. Pedro y del barbero un par de cajitas. Despidiéronse, por fin, y cuando D. Pedro vió que bajaban la escalera, dijo: ¡Pobre capitán! no daría yo un octavo por su vida. Si escapa, irá sin duda al Morro de la Habana.

Este fué el acto de arrepentimiento de D. Pedro.

Es inútil decir que uno de los tres mocetones era el que asesinó al alcalde de barrio, y le quitó el fístel de Rugiero, y que todos, incluso el barbero, fueron los que asaltaron la diligencia en que viajaban Manuel y Juan Bolao. Las cajitas robadas de la casa de D. Pedro, contenian el anillo y el retrato de Teresa; y estos despojos se proponian los ladrones venderlos en Veracruz, ó en un lugar muy léjos de México.

Al día siguiente fué Quintanilla á decirle á D. Pedro, que Juan Bolao había partido en la diligencia.

—¿En la diligencia? preguntó D. Pedro.

—Sí, ¿y qué?

—Soy el mas solemne bruto, gritó, dándose una palmada en la frente.

—Bien! bien! ¿y qué ha sucedido? preguntó alarmado Quintanilla.

—Nada, dijo D. Pedro sonriendo, que se me olvidó poner una cartita al conde de Pinillos.

—Bien! bien! ¿y qué? . . . lo mismo da; irá por el próximo correo.

El barbero y los tres mocetones no volvieron á apa-

recer mas. D. Pedro, por noticias fidedignas, que comunicó Quintanilla, supo el tenaz combate que vo Bolao, y no le quedó la menor duda de que el atvido pasajero, que ayudó á la derrota de los ladronera era el capitan. Vió frustrado uno de sus ardid malditos, y muchos dias hacia que permanecia devrado de dudas é incertidumbre, que se aumentaron con la carta en que le decia Bolao, que no podía poner el embarque en la fragata "Correo," por tener aun pendientes los negocios de la casa de Revuelta.

## IX.

### Los Dos Rivales.

Estando ya al corriente los lectores de una gran parte de los motivos que produjeron los sucesos que se refirieron al principio de esta historia, volvamos tomar el hilo de ella, interrumpido con necesarias explicaciones.

Hemos dejado á Manuel en la casa de D. Pedro

Con mucho tono y prosopopeya se hizo anunciar, y D. Pedro, á la primera noticia que le dió su criado de que un caballero, que habia llegado en un magnífico coche lo buscaba, se apresuró á salir á encontrarlo.

—Caballero. . . . dijo el capitan, haciendo una cortesía y con la voz un poco temblona, porque le costaba trabajo reprimir sus emociones.

El timbre de esta voz hizo estremecer á D. Pedro, y sin acertar á pronunciar ni una palabra, ni levantar la vista, tendió maquinalmente una mano.

El capitan se la estrechó fuertemente, diciendo con una voz perfectamente tranquila y afable:

— Buenos dias, Sr. D. Pedro: mucho tiempo hacia que no tenia el placer de ver á V. . . . tranquilícese V., no seré muy molesto.

D. Pedro alzó la vista, y á pesar del elegante traje del capitan, y de estar muy cambiada su fisonomía desde la última aventura, que ya sabe el lector, reconoció al momento; y procurando afectar alegría, sacando á luz su diente por medio de una sonrisa, le contestó:

— Buenos dias, señor capitan; pase V., pase V. Yo siempre tengo el mayor gusto de que me visite V. Vamos adentro.

— Al infierno me echaria de buena gana este zorro pícaro, dijo el capitan para sus adentros, y con aire de desembarazo obedeció á D. Pedro, que con la mano le señalaba la entrada de la antesala.

—Vamos, amigo; siéntese V. . . . Yo hacia á muy léjos de aquí.

—En efecto, le dijo con tono malicioso el capitán debía haber salido para Chihuahua, y tenía mi equi- listo; pero recibí contra-órden, y fué preciso obedecer. Ese es el deber de un militar.

—Justo, amigo mio, y sin adulacion, desearia yo todos los oficiales de nuestro ejército fueran de cualidades de V. . . . un poco calavera. . . . y mal nio, . . . pero esto no es nada. . . . la edad. . . .

El capitán se vió tentado de dar á D. Pedro puñada; pero considerando que la prudencia y simulo eran indispensables, contestó en el mismo to- afable:

—V. me favorece demasiado, Sr. D. Pedro, y por lo tanto que no estará V. ya tan mal dispue-

—¡Mal dispuesto! Oh! no, nunca lo he estado que ha sucedido es. . . . ya ve V., un hombre en gado de la suerte de una niña, debe siempre irse tiento, y examinar. . . .

Observando D. Pedro que el capitán lo miraba mente, acercó su silla, y con aire de mucha confi- le dijo:

—Bien! para que vea V. mi franqueza, le voy á cer una revelación, con tal de que V. la reserve.

—Muy bien; la reservaré, dijo el capitán.

—Pues yo aborrecia á V. como al demonio, c al infierno.

El capitán retrocedió un poco.

—No, no se alarme V., capitán, continuó D. Pedro, acercándose mas. Yo aborrecia á V., y era natural, porque éramos rivales.

El capitán se puso encendido, y dijo entre sí:—¡Rival un viejo; con un diente y una figura tan deformel

D. Pedro continuó:

—Amigo, un versito muy antiguo, y que V. sabrá, es un evangelio:

El amor nunca respeta  
Ni los años ni el poder. . . .

Yo, necio y loco, como lo son todos los viejos enamorados, creia que Teresa me podía amar. . . ¡ja, ja! ahora me rio á carcajadas. . . Pero, en fin, eso pasó felizmente ya; hoy son otros tiempos. . . quiero á la muchacha como una hija, y nada mas. . .

D. Pedro hablaba con una apariencia tal de sinceridad, que el capitán comenzó á fascinarse, y dijo entre sí: puede ser que este hombre, conociendo su fealdad y sus años, haya variado; no hay mas sino ganarlo por el interes, porque indudablemente, si se le ha desvanecido el amor, le ha de haber aumentado la avaricia.

—Vea V., dijo el capitán con un tono de franqueza, yo á pesar de los resentimientos que tenia con V., conozco que en el fondo no carecia de razon. Un militar pobre, calavera, que no tiene mas caudal que su caballo, su montura y su espada, no es uno de los mejores partidos para una jóven rica, y de las circunstancias,

y de la virtud de Teresa; pero ¿qué quiere V? le citaré el mismo verso: *El amor nunca respeta &c.* . . . Pero ya todo ha variado también en mí; ya no soy el capitán calavera y tormentista de ántes, y hoy ni remotamente puede haber temores de que el interés mueva mi corazón.

—No, eso nunca lo he creído yo; y ántes bien, desearía yo un hombre honrado y pobre como V., que hiciera su felicidad.

—Pobre, sí, interrumpió con desden el capitán: solo Roschild puede llamarse rico; pero para tener un coche decente, una buena casa, unos cuantos criados, comer regular, y pasear lo mismo, es bastante. . . .

—Parece que hoy los sueldos no están bien pagados, dijo D. Pedro sonriendo, y enseñando por consecuencia al capitán su detestable diente.

—Bah! respondió el capitán con desenfado, y jugando con uno de sus guantes; ¿y quién hace caso de los sueldos? Fresco estaba yo con atenerme al sueldo. Figúrese V. que voy á pedir mi licencia absoluta, y á echar al diablo la carrera militar.

—Pero, hombre, no comprendo. . . . dijo D. Pedro, abriendo tamaños ojos.

—Son. . . . dijo el capitán, sacando un hermoso cronómetro inglés: bien, aun puedo hablar media hora con V., pues despues tengo que ir á casa de Rubio, en casa de las Escandonas, en casa de la condesa de la Cortina. . . .

D. Pedro pensó para sus adentros:—¿Qué diablos

ha de hacer este trapalmejas en casa de Rubio y las Escandonces? Fatuo!

—Pues, Sr. D. Pedro, habiéndonos ya explicado lo bastante, debo decir á V. que el objeto de mi visita es arreglar con V. la manera de unirme á Teresa.

—Mire V., le dijo D. Pedro con calma, por mi parte no hay inconveniente, puesto que V. y ella lo quieren así. . . . Ya sabe V. que no está aquí. . . .

—Sí, sí, dijo el capitan; yo no quiero que esto sea en el momento.

—Ahora sí nos podemos entender, replicó D. Pedro, porque excepto esas locuras de que ningun hombre está exento, quiero ser muy cumplido y exacto en punto á intereses.

—Ya he dicho á V. que yo no quiero hablar una palabra sobre intereses; pero ya que V. promueve el asunto, le hablaré tambien francamente. Yo ahora soy rico; mi madre me dejó una considerable herencia, que me ha sido entregada. . . . Vea V., si quiere convenirse.

Manuel tomó á D. Pedro del brazo, y lo llevó al balcon, y le enseñó su elegante carruaje y sus soberbias mulas.

D. Pedro se retiró como desvanecido, pues ni remota idea podia tener de que su rival fuese de la noche á la mañana, como suele decirse, un hombre opulento.

—Ya ve V., continuó Manuel, para nada necesito los bienes de Teresa; pero como V. podrá acaso temer

que, siendo yo su marido, emprenda un pleito y un litigio, me comprometo á . . .

—A nada, capitan, se debe V. comprometer, ni yo lo consentiria. Yo he manejado el caudal de esta niña, y debo entregárselo. Con los honorarios que me conceden las leyes, tengo para vivir cómodamente los pocos años que me queden de vida.

El capitan era, como hemos visto, un calavera; pero tenia el corazon de un niño, y se dejaba engañar de cualquiera: así, aunque le sobraban motivos para desconfiar de D. Pedro, llegaba á persuadirse que acaso este hombre, arrepentido de su tentativa, y desengañado, por otra parte, de lo inútil que seria el querer obligar á Teresa á que fuese su esposa, habria ya variado de plan y de conducta. Penetrado de estos pensamientos, se acercó el capitan á D. Pedro, y le dijo:

—Vea V., yo creo que los enemigos mas encarnizados se reconciliarian, si llegasen á explicarse. Creia no tener la calma y serenidad suficiente para hablar con V.; pero conforme hemos entrado en explicaciones, creo que llegaremos á estar en completa conformidad.

—Sin duda, en completa conformidad, respondió D. Pedro, con tal de que hablemos con franqueza.

—Por mi parte, ya he dicho á V., Sr. D. Pedro, mis intenciones, y ahora me explayaré mas. V. indudablemente ha aumentado mucho la fortuna de Teresa; ha consumido toda su vida en el trabajo, y justo es que tenga V. la debida recompensa.

—Es verdad lo que V. dice, le interumpió, pero no sé dónde irá V. á parar.

—A lo siguiente, Sr. D. Pedro. Teresa haría una renuncia formal de la mitad de sus bienes en favor de

Esto no sería mas que una recompensa natural de los trabajos de V., y con lo que podrá V. vivir con todas las comodidades de que es digno. En cuanto á mí, tambien haré una renuncia de cualquier derecho que diese tener á los bienes de Teresa. Ya ve V.; quiero nada mas su mano, y no tengo otro género de deberes.

—Esos sentimientos, capitán, honran á V. mucho; pero ya he dicho; no quiero mas, sino que de parte de V. haya prudencia, y aguarde el tiempo muy limitado, para que pueda yo poner en órden los negocios, y entonces lo que V. desea, se hará, y todos quedaremos contentos y tranquilos.

—Me parece muy bien en el órden lo que V. acaba de decir; pero si no fuera indiscrecion, ¿podría yo saber qué tiempo debo aguardar?

—Poco, muy poco, contestó D. Pedro: dos meses, ó tres, por ejemplo. Entre tanto, puede V. escribir á Teresa, y disponer sus asuntos.

—Estoy conforme, absolutamente conforme, dijo el capitán, levantándose.

—Y esta pobre casa, señor capitán, está á sus órdenes, y mucho placer tendré en que la honre, le contestó D. Pedro con mucho afecto, y tendiéndole la mano.

—Gracias, gracias, Sr. D. Pedro, tendré el mayor placer en hacerlo.

El viejo se despidió cortés y afablemente, y mién el capitán bajaba la escalera, le arrojaba unas terribles miradas, que el tutor habría deseado fuesen rayos para aniquilarlo.

El capitán montó en su coche, y se fué á esperar Arturo.

D. Pedro se retiró á su gabinete, y sonriendo, creará ese tuno que me ha engañado. Ese lujo ese carruaje no proviene de la herencia que dice le dejó su madre. . . Yo lo averiguaré. . . debe ser nueva infamia. . . alguna viuda rica á quien ha morado. . . el juego. . . sí, cualquiera de esas cosas. Esta fortuna no es legal: con todo, un hombre que no tiene algún dinero, es más temible que un pobrete, y el capitán es áudaz, y sabe disimular perfectamente. Él sabe lo que ha aprendido á mí. Es menester, con tomar fuertes medidas. . . yo creo que si me voy á París, á Francia, á los infiernos, allí se me ha de aparecer este maldito hombre. ¿A qué hora se retirará de casa? . . . el puñal de un lépero lo compondría todo. Yo no quisiera llegar á ese extremo; pero estoy decidido á quitármelo finalmente de encima, porque esto no me conviene. ¿Quién va á fiarse de sus promesas y sus relaciones? . . . Estoy seguro, que en cuanto sea marido de Teresa, me dará doscientas patadas en lugar de dinero. Ya pensarémos.

D. Pedro se puso un birrete negro de seda, con el cual se cubrió, no solo la cabeza, sino las orejas y los ojos, y se hundió, por decirlo así, en una

á meditar el medio de deshacerse del capitán. Manuel, por el contrario, joven, confiado, y de un carácter bellísimo, donde no se abrigaba el dolo ni la hipocresía, salió receloso, sí, y no muy confiado en las palabras de D. Pedro, pero ageno absolutamente de este ente depravado se quedaria maquinando una mala traicion.

Arturo llegó casi al mismo tiempo que Manuel; y pidió la comida, que era opípara y alternada con las mas exquisitos vinos.

¿Cómo fué de conferencia, Manuel?

Perfectamente, Arturo. No creo que el viejo sea de buena fé, pero sí que convencido de su locura, ha insistido de sus proyectos, y casi nos hemos acordado. Yo le he ofrecido que Teresa le cederá la mitad de los bienes: él la quiere echar de generoso, y me ha puesto por condicion que aguarde yo un cierto tiempo en que concluirá de arreglar sus asuntos, y en el entretanto, escriba yo á Teresa, y disponga los negocios.—Estoy loco de contento, Arturo.—Tomemos una copa.—Mañana, Arturo, es menester que veas á mi padre, para que me consiga en el Ministerio mi línea absoluta. Escribiré á la Habana, y verémoslo, á ese buen eclesiástico, cuyos consejos de tanto han servido. El primer día que lo vea, le daré una paliza de raso, del mejor que encontremos.

## X.

### El Padre Anastasio.

Gozoso, contento, lleno de ilusiones y de esperanzas, y despues de haber puesto su instancia, pidiendo su licencia absoluta, y dado sus disposiciones para su matrimonio, concurrió el capitan á la casa del eclesiástico, en compañía de su amigo Arturo, como debe suponerse.—Ya hemos dado una idea de la fisonomía angélica del clérigo, de sus maneras dulces y llenas de suavidad, y de esa rectitud de conciencia y sólida virtud que guiaba todas sus acciones; todas dirigidas al punto céntrico de donde parten todas las virtudes celestiales, es decir, á la caridad. No hay, por tanto, necesidad de expresar, que el clérigo, que se llamaba Anastasio, recibió á nuestros dos jóvenes mundanos, con la mas cordial amistad, y sin esa reserva hipócrita, que infunde á veces miedo y desconfianza.

—Tiene hoy el capitán, una cara alegrísima, dijo en cuanto los vió entrar. Siéntense, caballeros, y platicarémos.

—Los negocios han caminado viento en popa, de pocos días á esta parte, padre, respondió el capitán arrimando unas sillas, y no parece sino que V. tiene un influjo mágico en mi suerte. Espero que dentro de dos ó tres meses será V., no solo testigo de mi felicidad, sino el que me entregue la mano de Teresa.

—¡Ojalá y esto se verifique así! y ya he dicho á vdes. que cooperaré muy gustoso. ¿Ha visto V. á D. Pedro?

—Sí, y no he salido tan disgustado, como creía al principio. Referiré á V. minuciosamente mi entrevista. El capitán contó al padre, todo lo que el lector sabe ya.

—Perfectamente, dijo el padre, cuando acabó de oír la narración del capitán. Ahora, mi opinión es, que concluya V. el arreglo de todos sus negocios, y que sin dejar de ver á D. Pedro, una que otra vez, se marche V. tan breve como pueda á la Habana, procurando que D. Pedro no sepa acertivamente el día.

—Es decir, padre, interrumpió Arturo, que V. cree que este hombre aun puede entorpecer la felicidad de Manuel.

—Ni lo creo, ni lo dejo de creer, respondió el padre con ingenuidad; pero no será excusado el obrar con cautela.

— Efectivamente, dijo el capitán, el padre tiene razón, y estoy pensando marcharme en la próxima diligencia.

— No, no tan aprisa; ese extremo podría ser funesto. Consiga V. su licencia absoluta; quede libre de sus compromisos militares, y despues . . .

— Tiene V. razón en todo lo que dice, padre, y me sujetaré á ello.

— Ahora, dijo el padre, me permitirá el Sr. Arturo que le haga algunas preguntas, prometiéndome responder á ellas con franqueza.

— Responderé, padre, como si estuviera en los últimos momentos de mi vida.

— Corriente, contestó el padre; esa franqueza me gusta, y veo que, á pesar de esos saraos y de esa vida mundana de vdes., tienen un corazón mejor que muchos, que pasan por hombres virtuosos.

Los dos jóvenes se inclinaron sonriendo.

— Al caso, dijo el padre, dirigiéndose á Arturo: ¿conoce V. á una muchacha, que se llama Celeste?

— Sí la conozco, dijo Arturo, poniéndose algo encarnado.

— Ese rubor, continuó el padre, fijando la vista en el semblante de Arturo, indica acaso que el conocimiento que ha tenido V. de esa muchacha, ha pasado de los límites de la moral.

— ¿Se trata de una confesion? preguntó el joven sonriendo.

— Casi, casi, respondió afectuosamente el padre.

será mas meritoria, puesto que, como David, confiesa V. sus pecados ante . . . me equivocaba, pues el capitán y V. son una misma persona.

—Bien, padre, puesto que quiere V. que me confiese, no tengo embarazo en decirle, que lo que me hace ponerme ligeramente encarnado, es que yo llegué á concebir una pasion loca por esa muchacha, que despues . . .

—No perdamos el órden en la discusion; y como yo soy ahora el juez, y V. el reo, le mando que me responda categóricamente, replicó el eclesiástico con un aire de afable gravedad, que no permitia conocer si hablaba de chanza ó de véras.

—Bien, responderé categóricamente, dijo Arturo; y con esto le daré á conocer, que no soy un pecador envejecido en la maldad.

—¿El cariño que V. tuvo á esa muchacha, nunca pasó de lo que se llama amor platónico?

—Jamás.

—¿Por qué le regaló V. un prendedor de diamantes y algun dinero?

—Porque era una buena muchacha, que mantenia á sus padres enfermos, y tirados en la cama.

—¿Y qué intenciones tenia V. al hacer esta accion?

—El dar á una infeliz algo de lo que á mí me sobraba.

—¿Y nada mas?

—He dicho que yo amaba á Celeste; pero su inocencia y su virtud me hacían respetarla demasiado.

—Muy bien, V. es un jóven lleno de nobleza.

—Gracias, mi querido padre.

—¿Le podría decir, en fin, aclarar la verdad, para salvar á esta inocente?

Tengo diverso concepto, padre, y creo que es una mujer del vulgo, con todos los vicios — defectos de esa gente.

—¿Y si yo pudiera convencerlo de lo contrario?

—Volveria una ilusion á mi corazon, dijo Arturo con entusiasmo.

—Ouidado con esa exageracion de sentimientos, repuso el padre. Una pobre criatura, que ha pasado ya muchos dias en ese pocillo infernal, que se llama cárcel, y que está próxima á ser sentenciada á presidio por toda la vida, ó quizá á muerte, no puede convenir á un caballero, de educacion, de fortuna y de buena posicion social.

—A muerte! á presidio! repitió Arturo. Esto es imposible.

—No cabe duda en esto, á no ser que se den pasos muy activos para salvarla, y esta es precisamente la obra de caridad que tenemos hacer, sin pasar á mas, porque borraríamos todas las obras meritorias pasadas.

—Pero, cómo, cómo ha llegado esa muchacha á ese extremo?

—Está acusada de ladrona, y de cómplice en un asesinato, y de qué sé yo cuantas cosas mas.

—Diré á V., padre, que me vuelvo loco. Pues el

fistol que yo regalé á Celeste, ha sido encontrado en poder de uno de los ladrones que asaltaron la diligencia en que viajaba el capitán, y que fué muerto.

—¿Es posible? dijo el padre.

—Evidente, repuso el capitán.

El eclesiástico inclinó la cabeza, puso su mano en la frente, y permaneció un rato sumergido en una cavilación profunda, de que no se atrevieron á distraerlo los dos jóvenes. Al cabo de diez minutos, el padre levantó la cabeza, se dió con la mano en la frente, y dijo:

—Bendito sea Dios! él me iluminó, y ahora veo claro lo que ha sucedido, y la justicia del Señor. Celeste fué acusada de ladrona por las vecinas; el juez de paz vino, la prendió, y se apoderó del dinero y del pistol; pero en vez de presentarlo como cuerpo de delito al juzgado, dió otro de piedras falsas.—El juez de paz fué asesinado, y no se le encontró ni en el vestido, ni en su casa tal alhaja: así, es claro, que le dieron de puñaladas por quitarle el pistol, y que ese ladrón fué también á su vez castigado por la mano invisible y poderosa de Dios.—Esto es claro, como la luz del día, y la criatura se ha salvado, se ha salvado indudablemente, con tal que me ayudeis, Arturo.

—Si se trata de mí, padre, dijo Arturo, haré cuanto queráis, tanto mas, cuanto que me inclino á creer, que esta infeliz criatura es inocente. No debo pensar, en efecto, en su amor. Esto no puede ser ya pero mucho placer me daría el verla libre, feliz é ino-

— Esos son buenos sentimientos, ¿no es dre? dijo el capitán.

— Muy buenos, amigo mío, respondió é pero ahora que Dios me ha de conceder esta desdichada, por quien he concebido interés.

— ¿Me permitiréis, padre, que os haga ta, acaso indiscreta? interrumpió el capitán.

— La que gustéis, amigo mío.

— Nos hemos confesado ya los dos, c nuel con afabilidad, y justo es que en c confesemos ahora al juez.

— Vamos, ¿y de qué confesion se trat serán de volverme loco, contestó el padr

— Cómo V., jóven, de talento, de im tan finos modales, lleno de porvenir y de ha adoptado la vida molesta de un ecles que yo no puedo comprender, dijo el cap

— ¿Le sorprende á V. esto? ¿Y por q dos los hombres han de adoptar la misn La obligación de V. es defender á su pa tir cuando su gobierno se lo manda, y sa da en obediencia de la ley. La mia es c afligidos, curar el corazon de los desgra minar á la virtud á los que están sume vicios mundanos. Para cumplir esta m dad y de paz, tengo que acudir al lecho bundos, al calabozo de los presos, á los s poderosos, á la choza de los infelices, al

una palabra, donde quiera que se me diga que una alma enferma, allí debo de acudir. á derramar el bálsamo del Evangelio, á enseñar el camino ielo. Este lenguaje parecerá á vdes. acaso hipócreo que mi franqueza y mi modo de obrar dan nonio de lo contrario.

Jamas, interrumpió Arturo, creerémos que las nes que haceis, provienen de hipocresía. Yo juzor el contrario, que vos sois el tipo verdadero del clérigo. Pobre, sobrio, caritativo, afable, vir-, sin gazmoñería, no he visto en mi vida persona amable que vos.

padre Anastasio se puso encendido como unas as, y no respondió sino con una modesta inclinade cabeza, en señal de gratitud.

No me trastornen la conversacion, dijo el capi-

Lo que yo quiero que el padre nos diga, es, en la edad en que se aman los placeres, las di-ones, la sociedad, él se ha consagrado á los debe-eligiosos de una manera tan absoluta.

padre suspiró ligeramente.

Ese suspiro me indica, continuó el capitan, que a pesar profundo tiene el padre en su corazon. a, ya nos conoceis, somos buenos muchachos; conos vuestras penas. ¿No somos amigos? no hemos o de vos una ciega confianza?

Mi historia es corta, pero triste á la verdad. Os y á contar, solo por convenceros, que no hay feli-d mas que en la virtud y en el servicio de Dios.—

Pasé mi niñez en la escuela, y parte de mi juventud en el colegio, y aprendí á mal escribir, á mal contar y á mal leer y mal oír. Cuando se trató de que pasara á los estudios mayores, mi padre, que era dependiente del Arzobispado, murió, y yo quedé disfrutando una beca de gracia en el colegio; y en medio de la confusión y de la pobreza, continué mis estudios. Viví solo y aislado en el mundo, me hizo entrar en profunda reflexión, y entónces comencé á estudiar de día y de noche, y á reparar el tiempo perdido. Aprendí entónces á escribir y á contar bien: el latín fué mi estudio favorito; de suerte que llegué á entender perfectamente á los mas selectos autores. Los demas estudios los continué con fervor, y tuve el mejor éxito en todos los exámenes. En todo este tiempo no pensé ni en Dios, ni en el mundo, ni en las mujeres, ni en nada, mas que en el estudio. Yo comprendía que no habia necesidad de vivir, de formarme una carrera, ni de vivir para mí solo, y esto me hizo prescindir de todo. Cuando me gradué en mi estudio de leyes, continué de pasante en el estudio de uno de los abogados de mas crédito, el cual, por su amor á mi constante dedicacion, mi perfecta honradez y mi talento, dispensó todo su cariño y confianza, y me proporcionó los medios de ganar algun dinero. Fué entónces la época de mi regeneracion, pues pude vestirme decentemente, comprar libros, tomar unas piezas de dinero para vivir; y en una palabra, respirar, vivir con libertad, porque la pobreza es un mal, que quita física y moralmente al hombre.—En esta si

En pensé ya en el porvenir. La soledad me espantaba, la vida sin afecciones, sin familia, sin lazos ágiles, me era dolorosa y molesta; y mi corazón, rebobido entónces en sentimientos de amor y de ternura, a largo tiempo comprimidos y sofocados por el estudio, necesitaba un objeto á quien encaminarse. Mi maestro tenia una hija, que se llamaba Esperanza; linda como los serafines del cielo. Lánguidos y apacibles ojos azules, pelo blanco, cutis finísimo, labios rosados y encarnados: parecia una vírgen, un ángel bajado del cielo. Les confesaré á vdes. mi pecado; era idéntica á esa infeliz criatura que está en la cárcel, y esta ha sido la causa de que tenga yo un empeño grande en mitigar sus padecimientos.— Contémoslos.

Esperanza, además de ser tan linda, era el modelo de virtud; tenia el genio mas amable del mundo y un corazón de paloma. Sus padres habian procurado darle ese género de educacion, que no se conoce en México; es decir, formarle un corazón religioso y recto, y mostrarle la senda moral, que deben seguir las mujeres que quieran gozar de una vida feliz y de una reputación sin mancha.

Excusado es decirlo, que todo el amor de mi corazón, toda la ternura de mi alma, se dirigieron á Esperanza; y mi pensamiento, largos años concentrado al estudio, se fijó en ella, no mas en ella. Queriendo portarme con mi maestro como un hombre agradecido, y como un caballero, le primero que hice en cuanto co-

nocí la fuerza de mis sentimientos, fué confesarme mi amor, expresándole que mis designios concluir mi carrera, y casarme; contando con la dispensa que me habia dispensado, y con los clientes que me habia heredado.

—Crea V., me dijo, es el paso mas doloroso un padre el desvivirse, el tener largos años de cuidados para criar una flor; y cuando se abre espléndida y hermosa; cuando forma el encanto y la delicia de toda una familia, ver que un desconocido, y la arranca, y se la lleva, y se chita acaso. . . . No lo digo por V.; me he visto una parábola, y nada mas. . . . En fin, yo no soy un hombre necio y preocupado, y concibo, que V., otro vendrá mañana, y me arrancará á mi hija; quizá no la hará feliz. Usted es jóven, honradamente estudioso. . . . quizá progresará V.; y cuando yo me retire este bufete encontrará un sustituto, y mi familia tendrá apoyo. . . . Bien, yo protegeré á V.; yo acabaré con el mundo; pero todo esto bajo el concepto de que mi hija quiera á V., pues por nada de esta vida forzaré su voluntad.

Yo no tuve palabras con que expresarle mi agradecimiento, porque la sorpresa y el placer me ahogaban. Durante un año continué mis estudios, y procuré ganar el corazón de Esperanza, con esa multitud de amantes que saben emplear los amantes. Para no fastidiar mi narración, diré, que cuando concurrió mi carrera, y podia llamarme todo un abogado, e

de Esperanza era enteramente mio. ¡Cuánta sería dicha y cuántas mis ilusiones, al contemplar cerca de ella en que iba á estrechar en mis brazos á Esperanza á llamarla mia; á prodigarle toda aquella ternura que tantos años habia permanecido oculta y encerrada en mi corazon. La suerte me ayudó de una manera prodigiosa, pues en esos dias concluí felizmente un embrollado pleito de los herederos de un conde, y una transacion y arreglo me produjeron diez mil pesos honorarios. Comencé, con acuerdo de mi maestro, á poner una casa, y no habia primor ni chuchería que encontrara en las tiendas, que no comprara inmediatamente, diciendo: Para ella estos vasos de alabastro; para ella estos floreros; para ella este curioso reloj. En su recámara pondré esta Virgen de Murillo; en su tocador estas columnas de mármol; en su asistencia estas cortinas de damasco, este sofá de seda, estas sillas de terciopelo; en una palabra, no pensaba yo mas que en la manera de adivinar sus pensamientos, y de sorprenderla agradablemente el dia en que la condujera á su nueva habitacion. Concluida que fué, comencé á expedir los trámites eclesiásticos, y despues de haber tomado el dicho, quedó fijado el enlace para el mes de Señor San José, cumple-años de mi maestro. La víspera no parecí por la casa, pues me supuse que las lágrimas y el sentimiento de la familia debian ser el estado; y yo, por mas triste que quisiera ponerme, no podia ménos sino de tener mi rostro como una máscara.

El día mas cruel que puede enumerarse en la vida es la víspera de un gran suceso, que va á cambiar enteramente el curso de la existencia. Debeis, pues, guardaos que vagué inquieto, sin plan fijo ni determinado: si un amigo me encontraba, le respondía maquinalmente; si me preguntaban sobre mi enlace, respondí unas veces que estaba próximo, y otras que nunca casaría. Me retiré á mi casa; tomé un libro; leí más de cien páginas, y nada pude comprender. Me acosté, y mi sueño fué agitado, interrumpido constantemente; y cuando despertaba, tenía que contener con mi mano los latidos de mi corazón.

Amaneció, por fin, el día señalado para mi ventura: apenas salió la luz, cuando me vestí, me perfumé, me di á poner en órden todos los muebles de la casa, y me fuí á la de Esperanza, donde todo debía estar preparado para dirigirnos á la iglesia. Cuando llegué, el portero estaba cerrado: el portero salió á abrirme, pero no sé qué cosa de triste y de siniestro observé en su fisonomía. El corazón me dió un vuelco; subí trece escalones por la escalera, pisando como si fueran espinas, las cuales me resacasaban con que estaba regada. Acabé de subir. . . . La casa estaba silenciosa; las vidrieras cerradas; las cortinas transparentes echadas. . . . Una criada, que me esperaba mucho, salió á recibirme, y noté que tenía un poco de miedo los ojos.—¿Qué tienes, hija mía? le dije: no me asustes; te irás á vivir con nosotros, y no abandonarás á Esperanza.

En cuanto pronuncié este nombre, la criada notó que yo no podía contenerme, y comenzó á sollozar.

—Vaya, hija mia, no llores: dime dónde está mi maestro, dónde están los padrinos? ¿Esperanza está dispuesta y vestida?

La criada se reclinó contra la pared, y continuó sozando sin responderme.

—Es cosá de volverse loco, dije entre mí, no encontrar ni quien pueda responder. Abrí la puerta de la asistencia, y me senté un momento, porque la agitación que tenia, no me permitia permanecer en pie.

Durante un cuarto de hora, vi que pasaban, y volaban á pasar las criadas; pero todas silenciosas, envueltas la cabeza con los rebozos. Me parecian fantasmas que se deslizaban por un arte diabólico; y aumentada mi preocupacion, cerré los ojos, y comencé á ver espectralmente, sombras y visiones horribles, que se agrupaban á mi derredor. En medio de esos borrones amarillentos y rojos, que cruzan y se revueiven cuando no cierra los ojos, y brotando de la multitud de visiones que se mezclaban en ese caos, vi elevarse una figura aérea, celeste, que despues fué tomando una forma humana y hermosa. Era Esperanza, que coronada de rosas, con un largo ropaje de sutil crespon, rodeada de lindos querubines, con sus alas de oro y esmalte, se elevaba de ese caos confuso, y volaba á una esfera, donde se percibia una viva luz de colores nunca vistos en el mundo.—En este momento, amigos míos, no tendria mas que cerrar los ojos, para volver á mirar esa vision, esa fantasía.

Cuando esa figura aérea y divina, en la que miraba yo el perfecto retrato de Esperanza, se desprendió de entre la multitud de fantasmas, yo sentí que se me descargaba un peso enorme del corazón; pero á medida que se iba elevando, mi alma se iba oprimiendo, me faltaba la respiración, y en mi corazón sentía agudos y desconocidos dolores. Cuando, finalmente, perdí de vista los últimos pliegues de su flotante y transparente vestidura, sentí que el aliento me faltaba, y que perdía la vida: di un grito; volví en sí de esta especie de letargo; me toqué la frente, y las gotas de un sudor helado corrían por ella. A ese tiempo pasaba una criada; le pedí un vaso de agua, y cuando me lo trajo, noté que sus ojos estaban cárdenos de tanto llorar.

—¿Dónde está mi maestro? ¿dónde está Esperanza? le pregunté. ¿Duerme todavía?

—No señor, me respondió.

—¿Pues dónde están?

—El amo no está en casa.

—¿Y la niña?

—La niña. . . . la niña tampoco está en casa. Y acabando de decir estas palabras, comenzó á dar agudos gritos, y se retiró.

Yo temblaba, mi corazón quería saltárseme del pecho; pero tenía miedo de indagar la verdadera causa de este misterio. Con pasos lentos, y como si temiera despertar á alguno, me introduje á la otra pieza. Todo estaba en silencio. La siguiente, que era la recámara

e Esperanza, estaba cerrada. Me aventuré á tocar la vidriera, diciendo con una voz muy suave:

—Esperanza, Esperanza; despierte, *vid.*, no se duerma en el día en que vamos á ser felices.

No obtuve ninguna respuesta, y cada vez mas agitado, volví á decir:

—Esperanza, no me haga V. pádecen; respóndame.

Entónces, en vez de escuchar la dulce y sonora voz de la criatura, oí amargos sollozos. Ya no me pude contener; abrí la puerta: corrí hasta el lecho de Esperanza, sin hacer caso de las criadas que me detenían; descorrí las cortinas, y la encontré muerta. . . . .

—Muerta! exclamaron Arturo y Manuel.

—Sí, muerta, repitió el eclesiástico con la voz ligeramente alterada y los ojos algo húmedos de lágrimas.

—Es horroroso, horroroso, dijo Manuel.

Esperanza permaneció en su lecho como si estuviera armiendo; solo estaba mas descolorida que en vida, pero conservaba la misma sonrisa angélica que la hacía tan seductora y tan amable.

Yo en el primer momento sonreí amargamente como un loco; toqué mi frente; palpé mi cuerpo; me acerqué de nuevo al lecho de Esperanza, y me quise persuadir á que no era cierto lo que pasaba, y me puse á llorar. Algunos momentos despues, toqué su mejillas, estaban heladas; abrí suavemente uno de sus párpacos, y ví su pupila fija y sin brillo. Entónces me arrojé á llorar, y lloré como un niño, como una mujer;

y sin estas lágrimas habria perdido el juicio. Contar la catástrofe.

Esperanza se acostó mas temprano que lo de costumbre, con el objeto de levantarse de madrugada y estar dispuesta á la ceremonia. Cuando su camarera la ayudó á desnudarse, notó que estaba pálida: le preguntó qué tenia, y Esperanza respondió que sentía alguna opresion en el pecho y bastante trabajo al respirar, pero que creia que esto era causado por el temor y agitacion que se experimentaba naturalmente cuando se iba á ejecutar un acto que influa en la felicidad de toda la vida. La criada no hizo objecion alguna; acostó y abrigó á su ama, y á cabo de un cuarto de hora, notó que dormia tranquilamente.

Al dia siguiente se levantaron todos los de la casa muy temprano, y comenzó el quehacer inmenso, que en tales ocasiones se tiene en una casa. Unas criadas regaban de flores el patio y la escalera; otras disponian la comida; otras estaban ocupadas en preparar los trajes y adornos nupciales de Esperanza; en fin todo era fatiga, pero de esa alegre y placentera fatiga de una boda. Los padrinos llegaron, encontrando ya listo y dispuesto á mi maestro, que aunque apesarado se habia hecho el ánimo de acompañar á su hija al altar. Todo estaba dispuesto; solo en la recámara de Esperanza reinaba el mas profundo silencio, y nadie se atrevia á despertar á la niña hasta que no fuera necesario. Acercándose la hora, su padre entró, levantó las cortinas, tocó á su hija, y la encontró helada.

muerta. El infeliz abogado levantó la cabeza de su hija; la llamó mil veces por su nombre; tomó un espejo y lo puso junto á su rostro para observar la respiracion, la estrechó en sus brazos, procuró infundirle calor. . . . todo en vano, Esperanza estaba muerta. Cuando mi maestro se cercioró de esta funesta verdad, alió de la estancia como loco, queriéndose precipitar del corredor abajo; dando dolorosos alaridos, y culmando á Dios que tan repentinamente le habia arrancado á su hija, al único ser en el mundo que formaba su encanto, su amor y su tesoro. La pompa nupcial se convirtió en luto; la alegría en llanto. . . . el tápago nupcial en un fúnebre atahud. Los padrinos y otras personas convidadas, que presenciaron esta catástrofe, arrancaron á fuerza á mi maestro del lecho e su hija, y lo llevaron á otra casa; pero no hubo una sola persona que se acordara de mí, que procurara darme la terrible y profunda impresion que yo debia sentir al encontrar helada y fria la mano de la esposa que iba á estrechar delante del altar. Yo fuí superior á mí mismo, ó mas bien dicho, Dios me comunicó en esos momentos de angustia, el don sublime de la fortaleza. Despues de haber llorado, me puse en pié, me quedé fijamente mirando el cadáver de Esperanza, y me vino la idea de suicidarme. Pensé buscar una arca en la casa; pero casi al mismo tiempo se me presentó de nuevo esa vision sublime, subiendo al cielo envuelta en luz y rodeada de angélicos serafines. Entonces caí de rodillas, bendiciendo al Señor, y confor-

mándome con su voluntad. Vinieron, pues, á sorprenderme en este éxtasis los amigos de mi maestro, para encargarse de las disposiciones necesarias para el entierro. Querian que se hiciera autopsia al cadáver, pero yo me opuse fuertemente, diciendo que quería que se respetase el pudor de Esperanza, aun después de muerta.

Señores, les dije, yo venia por ella para conducirla al altar, y debo cumplir con la voluntad de Dios, conduciéndola á la tumba. Me encargué, pues, de todos los mas necesarios pormenores; y en la tarde, cambiando mis vestidos de novio por un traje de duelo, me dirigí detras del cadáver al Panteon de Santa Paula, en cuya capilla quedó depositada. Me acuerdo; era una tarde pura y despejada: en la atmósfera diáfana parecia que circulaba un leve polvo de oro; las flores del Panteon se mecian ufanas al tenue soplo del viento, y los pajarillos alegres y juguetones, saltaban sobre la multitud de calaveras, que forman una fúnebre labor en las cornisas del Panteon. Esta pompa de la naturaleza me hizo un fatal efecto, y comprimí mi corazon de una manera horrible. Al día siguiente las arterias de las sienes parecia que se me reventaban, y mi frente ardia. A pesar de esto, tuve el valor necesario para ver cerrarse la tierra sobre el cuerpo de Esperanza, y me retiré á mi casa, presa de la mas horrible fiebre. No sé cuántos días deliré, y siempre las mismas fantasmas deformes, y la misma vision celeste que habia visto elevarse á los cielos.

ando volví en sí de la calentura y del sopor, estaba la mas perfecta tranquilidad: hé aquí la interpretación que yo di á estas visiones. Las fantasmas, las obras deformes, eran los vicios, que abundan en el mundo. Esperanza no podia vivir en esta cárcel, en esta cárcel oscura, como llama á la vida Fray Luis de León, y fué arrebatada por los ángeles al trono de los santos.

Con todo y esta teoría, que no deja de ser exacta, ni realmente me disgustó de tal manera la existencia, que estudios, talento, dinero, amigos; todo, en fin, me pareció frívolo, inútil, vano. Esperanza habia muerto en el mundo, era verdad; pero habia sin duda suscitado á la vida eterna: así, mi único fin, el solo fin que me propuse fué, hacer en la tierra obras tan gloriosas, que me aseguraran en reunirme en el cielo con la mujer á quien con toda mi alma, con todo mi corazón, habia adorado en la tierra. En consecuencia de esta resolución, me encerré en una celda del convento de San Fernando, y poco después tracé la carrera eclesiástica, en la cual me he propuesto hacer cuantas obras de caridad sean posibles; todo en memoria de la virtud de Esperanza, y para lograr un dia salir de esta vida, que para mí hasta hoy ha tenido mas que espinas y dolores. Os he contado mi historia, jóvenes: acaso tiene mucho de risible; pero estas convicciones, esta creencia, que tengo arraigada en mi corazón, dé que hay una existencia mejor que esta, me hace soportar mis padecimientos. El dia

no que se me acabase la ilusion, seria el mas desdichado, el mas misero de los mortales. Creed, y esperad lo aconsejo, y seréis menos infelices.

Ya que satisfice vuestra curiosidad, no quiero que perdamos el tiempo, y espero que me haréis la gracia acompañarme á la Acordada, para concluir el asunto de Celeste, pues cada momento que pasa, es sin duda un siglo de agonía para la inocente criatura.

—Me haréis el honor, padre, dijo el capitán, de traer en mi carruaje.

—Con mucho gusto, respondió el eclesiástico; y mando su sombrero, los tres amigos, pues este nombre debemos darles, salieron á la calle, y se dirigieron á la Acordada.

## XI.

### La Conspiracion.

Así como en otros países el artesano piensa en mejorar sus artefactos; el militar en instruir á su tropa y estudiar la ciencia de su profesion; el abogado en de

ar á sus clientes; el comerciante en formar compañías para establecer buques de vapor, caminos de fierro y canales; el propietario en hermosear sus fincas y en simplificar la agricultura, aquí todos, y cada uno de los habitantes, desde el oscuro zapatero, hasta el rico agiotista, desde el meritorio de una oficina hasta el magnate que dirige la política del país, están dominados por el constante pensamiento de conspiración, único recurso que se ocurre, para aumentar su fortuna ó conservar su posición, y único medio que tienen de emplear la poca ó mucha capacidad de que están dotados. De esto esencialmente provienen los males de la República, y de esto depende el que después de muchos años de hecha la independencia, aun no haya ni constitución, ni gobierno establecido y fijo en el país. Cuando cada uno de los ciudadanos se dedique á cumplir exactamente sus deberes sociales, á formar la felicidad de su familia, y á trabajar asidua y constantemente en el ramo á que se ha dedicado, entónces de muchas familias, felices, honradas, virtuosas y ricas, se formará naturalmente una gran familia feliz, honrada y respetable. Así comprendemos nosotros la formación de lo que se llama una República. Los motivos que hacen nacer esta idea dominante de conspiración en la cabeza de la mayor parte de los ciudadanos, son de los más frívolos ó insignificantes. Un coronel, á quien el gobierno quita el mando de su regimiento, es un conspirador; un corredor, á quien se le trastorna un negocio, es un conspirador; un aspirante, que quiere salir electo alcalde ó diputado, es un cons-

pirador; un empleado, que quiere subir á un tres mil pesos, es un conspirador: así los gobs tres dias de instalados, no ven mas que ene derredor, y estos enemigos, ayudados del pa y de los agraviados, que nunca faltan, pues s inherentes á los gobiernos las injusticias y forman una nube; la tempestad estalla, y e cae á poco tiempo, envuelto en las maldicione de los vencedores. A estos les sucede á su mo; y bajo este círculo continuo gira esta n rada sociedad. Mas dejemos de disertacione poco apropósito para agradar al lector, y narracion de la historia.

A los dos dias de la conferencia que nuest venes tuvieron con el padre Anastasio, y c mos en el capítulo antecedente, se reunieron en casa del capitan Manuel, que continua poco asombro de la poblacion, en su vida comparable á la de los mas grandes capitali

—Te extrañé anoche en la tertulia de A el capitan á Arturo.

—Estuve de un humor pésimo. El espec presenta la cárcel, es capaz de comprimir mas duro. Creo que las gentes condenadas necer allí, sufren mas tormentos que los re tiguamente secuestraba la Inquisicion

—Todo anda así en este pais, dijo Manu ros y carceletos merecian mas bien la cade que no esos pobres diablos, que sacan un p

la bolsa, ó quitan una capa de noche. ¿Quién ha cuidado de educar á los léperos? Quién les ha enseñado á ganar honradamente su vida? Gobierno español, y gobierno central, y gobierno federal, todo es igual para esa pobre gente, que no tiene mas escuela de correccion que esa cárcel inmundada, que es la escuela de los mas grandes y refinados vicios.

—Los padecimientos de Celeste, dijo Arturo (sin hacer caso de las reflexiones filosóficas que hacia el capitán sobre la cárcel, y las que en su mayor parte eran exactas) me han afectado de una manera increíble: figúrate tú las eternas noches de tormento que ha pasado en aquellas pocilgas. Y luego, durante el dia, mezclada con aquella canalla, llena de crímenes y de vicios, moliendo maiz con sus finas y delicadas manecitas, descalza, casi desnuda, durmiendo en esos bancos de piedra, sucios, frios, llenos de sabandijas y de insectos. . . . Oh! es muy cruel, muy cruel; y una sociedad donde así se hace sufrir á los inocentes, no puede ménos de ser bárbara.

—Pero creo que con las declaraciones que hemos dado, y con los resortes que se puedan mover, saldrá libre Celeste dentro de pocos dias.

—Así lo espero, Manuel, y por mi parte gastaré hasta el último centavo de mi padre, por conseguirlo.

—A propósito, te contaré: ¿Qué piensas que decian del virtuoso padre Anastasio, esos tinterillos de la cárcel?

—¿Qué decian?

—Que tenia sus relaciones con la muchacha, y que de ahí viene todo ese empeño en libertarla, lo cual conseguirá, porque el obispo y todo el clero se ha empeñado en favorecer la maldad del padre.

—Esa gente es muy despreciable y muy infame para que debamos hacerle caso. No habrias hecho mal en darle una puñada á uno de esos habladores, para que así escarmentara.

—Me dieron ganas, contestó el capitán con desenfado; pero temí que le resultara algun mal á la criatura. ¿Y te ha dicho el padre Anastasio lo que piensa hacer con ella?

—Sí; me dijo que saliendo de la cárcel, la pondria en un colegio bajo de otro nombre, porque difícil seria conseguir que las niñas que se hallan allí, se quisieran asociar con una mujer que ha estado en la cárcel. Yo le he dicho al padre que puede disponer de todo el dinero necesario para hacerle un buen equipo, y lo mejor seria que nosotros nos encargáramos de esto en el acto.

Arturo sonó la campanilla, escribió un papelito, y lo dió al criado que entró.—Toma, le dijo, ve á casa de Goupil, y que te den lo que va apuntado en este papel.

—¿Sabes, continuó Arturo cuando salió el criado, que tengo otra motivo profundo de disgusto?

—Será el amor de Aurora, le interrumpió Manuel, pues creo que estás ya verdaderamente enamorado. Te diré, para tu consuelo, que anoche estuvo la mucha-

ha tristísima, y cantó unas canciones que por poco me hacen llorar. Cásptal si no estuvieras de por medio, capaz era yo de enamorarme de Aurora: canta como un ángel. ¿Qué dices de todo esto?

—Francamente te digo que la amo; pero como tengo particular empeño en no enamorarme de ella, jamas e he dicho una sola palabra de amor, si no es aquellas cosas generales que á todas las mujeres se les dicen. Pero dejemos ese asunto para despues, y te diré los motivos de disgusto que tengo. Hace muchos dias que veo á mi padre triste, preocupado y de un mal humor insufrible: esto hace derramar lágrimas á mi pobre madre, y no sé que término tendrá esto.

—Tu padre es hombre que tiene siempre grandes asuntos, y es esta sin duda la causa de su desazon. A propósito, ¿qué ha hecho con el asunto de mi licencia absoluta? No aguardo mas que eso, para concluir mi carta á Teresa, y anunciarle fijamente el dia de mi salida para la Habana. Tambien he escrito á ese buen amigo Juan Bolao, imponiéndole detenidamente de todo lo ocurrido.

—Puedes concluir tus cartas con la seguridad de que tu licencia está concedida. Mi padre me encargó que lo vieras esta noche, pues queria tener el gusto de entregártela en mano propia. Así, en la casa de Aurora, á donde pienso ir esta noche, me dirás el resultado.

Es menester dar ahora una idea mas cabal de la clase de sociedad que tenia el padre de Arturo. Era un hombre, como hemos dicho, de grandes polendas.

En el comercio era respetado, por el seguro cálculo en todos sus negocios. Todas las personas que entraban á desempeñar el Ministerio de Hacienda, eran sus amigos; y como muchas veces influía secretamente en que fuesen nombrados, tenía no solo acceso con las personas del gobierno, sino una influencia positiva. Si se trataba de contratos de préstamo, él tenía intervención en ellos; si de obras públicas, se escuchaba su opinion, y se seguía su parecer. Secretamente influía en las elecciones, para tener amigos en la cámara: conseguía grados y empleos en la milicia para conservar también cierta influencia en el ejército: favorecía los intereses del clero, cuando eran rudamente atacados, para contar con el apoyo de esta clase, y especular á veces á lo divino. Era, en una palabra, un hombre que no tenía partido, ni opinion, ni creencia, ni afeccion política de ninguna clase, sino que dominándolo exclusivamente el comercio, procuraba llevar la balanza de manera, que no se inclinase ni á un lado ni á otro, á no ser cuando lo exigían sus cálculos, ó la clase de negocios en que se hallaba interesado. La tertulia, pues, del padre, que había aumentado considerablemente su fortuna, se componía de algunos viejos abogados, de algunos clérigos influyentes, de algunos generales, y de algunos altos personajes, que á poco mas ó ménos, tenían el mismo sistema que D. Antonio, que así se llamaba el padre de nuestro jóven. Regularmente se reunían por la noche; tomaban un rico chocolate en compañía del propietario de la casa; platica-

ban de asuntos graves de alta política; lamentaban la desgraciada suerte del país, á cuya ruina no dejaban de contribuir, y se retiraban en sus carruajes, porque pocas personas de las que visitaban á D. Antonio, carecian de este mueble.

Ya como el lector tiene una idea aproximada de la tertulia, lo introduciremos un momento á un conciliábulo, en que se tramaba sordamente una de esas conspiraciones, que quitan algunas noches el sueño á los hombres del gobierno.

Es una estancia ricamente amueblada: Cortinajes de brocado, alfombra de Bélgica, exquisitos muebles de rosa, lámpara y candelabros de reluciente metal, estatuas de alabastro del mejor gusto italiano, grandes espejos y soberbios relojes.—Esta habitacion, que se componia de un escritorio, un gabinete y una sala, formaba en la casa un departamento casi separado, al cual, por rareza, entraban Arturo y la esposa de D. Antonio; y estaba exclusivamente reservado, para las visitas de que hemos hablado.

En la sala se hallan dos hombres: el uno es delgado, de unos cincuenta y tantos años de edad; casi con la cabeza encanecida, de negros y penetrantes ojos; de mejillas hundidas, y de una fisonomía severa, sin ser desagradable, y que manifestaba mucha viveza.—Este es el padre de Arturo; el otro es un hombre de mediana estatura, de tez morena, de ojuelos vivarachos y de fisonomía risueña. Podrian calcularsele á primera vista treinta años; pero ya era hombre de cuarenta

y cinco, circunstancia que podría reconocerse en algunas arrugas de sus sienes. Este personaje se llama D. Fausto, y tiene idéntico modo de manejarse en la sociedad que el padre de Arturo. Se concibe, pues, que dos pollos tan gordos, como suele decirse, tienen entre manos un grave asunto.

Conque nada se ha adelantado en el negocio, Sr. D. Fausto?

—Nada, Sr. D. Antonio: el hombre tiene una cabeza de hierro, que necesitaría un yunque y un martillo de arroba para ablandarla. Quisiera que hoy, por última vez, le volviera V. á hablar, proponiéndole que se sustituirán cien mil pesos de bonos del 26 por ciento, á los créditos anteriores á la Independencia.

—Sin hablar con V., se lo propuse ya.

—Y se negó ese bárbaro?

—Redondamente.

—Quiere decir, que ese hombre lo que quiere es su ruina.

—Sin duda.

—Pues supuesto que él lo ha querido. . . nos lavamos las manos.

—Por mi parte, quedo con mi conciencia tranquila.

—Y por la mia lo mismo.

Ya se vendrá en conocimiento que estos dos personajes se referían al Ministro de Hacienda, que se había negado, con una terquedad grande, á aceptar un contrato que, por medio de un corredor, querían hacer nuestros dos personajes, en el cual se proponían ganar

la friolera de cincuenta mil pesos, dando un poco de dinero y muchos créditos comprados á quince y veinte por ciento, en cambio de permisos para exportar plata pasta.

—Creo que lo mejor es, Sr. D. Fausto, dar el golpe de una vez. Colocarémos en el Ministerio á nuestro amigo D. Procopio, y ese firmará, sin hacer objeciones, nuestras órdenes. Ya verá V. cómo dentro de cuatro ó seis dias, las mismas barbaridades que comete este gobierno, nos van á dar elementos bastantes. Comenzarémos á trabajar desde esta noche.

—Sí, estoy por la idea de V.; pero cuidado con un compromiso. En todo caso, huir el cuerpo; y si el golpe se frustra, que sufran los tontos, y que. . .

—Ah! eso por supuesto, respondió D. Antonio. . . á propósito, han tocado la campana. . . Veamos quien llega.

La nueva visita, que con mucha cortesía condujo D. Antonio hasta el sofá, era un cleriguito meneador, de baja estatura, de ojuelos pequeños y de una cara picaresca.

—Qué nos cuenta de nuevo el Sr. D. Pablo? dijo D. Fausto, despues de haberlo saludado afectuosamente.

—Pocas cosas que vdes. no sepan, contestó, tomando asiento. Parece que no cabe duda en que el gobierno trata de llevar á efecto el préstamo forzoso de dos millones de pesos, y que para su pago hipotecará los bienes eclesiásticos. Esto ya no es tolerable; y el clero, si conoce sus verdaderos intereses, debe tomar sus

providencias... hablemos terminantemente: el clero, caiga quien cayere, no debe consentir en que se le toque un centavo. Una vez que consienta en una medida semejante, el mal no tendrá término, pues tras de la hipoteca de dos millones, vendrá otra y otra, hasta que nos dejen sin camisa.

—Todas las tempestades me cogieran á mí como al clero, dijo D. Fausto...

—Por qué dice V. eso? preguntó el clérigo.

—Porque el clero tiene dinero; y con dinero... ya sabe V... se hace lo que se quiere... Si se quisiera gastar, el gobierno tendría muy pocos dias de vida.

—Yo, sabe V., dijo D. Antonio, que jamas me mezclo en ninguna revolucion, y creo que los continuos pronunciamientos tienen á la República en el estado en que se ve; pero hay casos en que es imposible tener calma... por ejemplo, yo nunca podré ver con indiferencia que se arranquen los bienes á la Iglesia, para que vayan á poder de cuatro sansculotes.

—Pues bien, dijo el clérigo entusiasmado... me explicaré francamente... hay dinero, y hay elementos bastantes para derrocar al gobierno... pero es menester que hombres del influjo de V. se hagan el ánimo... ¿Aceptaría V. el Ministerio de Hacienda, Sr. D. Antonio?

—Oh, señor! contestó éste con la voz hueca, y haciendo una reverencia al clérigo... mi capacidad es muy corta... mis talentos... ningunos... no... agradezco tanto honor... pero podríamos pensar en

ra persona mas á propósito. . . . el Sr. D. Fausto, por empleo. . . .

—Oh, señores! dijo á su vez D. Fausto, inclinándose. . . . yo no tengo los elementos y la capacidad del Sr. D. Antonio. . . . ninguno mejor que él desempeñaria un espinoso encargo. . . . yo ayudaré con mi grano de arena. . . . pero léjos. . . . sin mezolarme en la cosa política.

—Pues, señores, si la cosa debe cambiar, alguno de los debe ser el Ministro, y tendrán recursos prontos para pagar la guarnicion. . . . y. . . . el Sr. D. Fausto se fue al Ministro.

—No, sino V., Sr. D. Antonio, respondió éste.

Ya ve el lector que los dos magnates se daban evidentes pruebas de amistad.

Estos cumplimientos sobre quién debería aceptar el futuro Ministerio de Hacienda, fueron interrumpidos por el sonido de la campanilla, que anunciaba nuevas visitas.

Eran nada ménos que dos generales, que fueron recibidos con la mayor aceptacion. D. Antonio ordenó que sirvieran chocolate; é instalados ya al derredor de una mesa, saboreando un rico Carácas y excelentes bizcochos, siguieron la conversacion.

Uno de los generales era D. Hermenegildo Bambaña, y el otro D. Pablo Furibundo: ámbos habian hecho su carrera en los pronunciamientos y en las oficinas, y eran opositores natos de toda administracion á la que no componian parte.

—Qué nos cuenta V., Sr. D. Hermenegildo? dijo el clérigo.

—Nada notable para el público, y sí solo para nosotros.

—Yo he recibido esta noche orden de machar dentro de tres dias á Chihuahua.

—Ese es un destierro honroso, dijo D. Antonio, sonriendo maliciosamente.

—Esa es una infamia de ese pícaro Ministro de la Guerra, interrumpió D. Pablo; pero mas gorda la quiere hacer conmigo, pues un oficial del Ministerio me ha dicho que está ya puesta la orden para mi prision.

—Prision! ¿Es posible? exclamaron todos.

—Eso es inicuo; pero entónces, ¿qué garantías tiene con este gobierno la gente honrada? prosiguió D. Fausto con calor, y arrebatando la palabra á los demas que querian hablar.

—Ningunas, ningunas, dijo el clérigo: ya ven vdes. á nosotros qué ataques tan bruscos nos dan.

—¿Y qué les parece á vdes., dijo D. Antonio, la conducta del gobierno respecto á sus acreedores? A sus favoritos les paga y los mima, y á los infelices, que han enterado su dinero peso sobre peso en la Tesorería, ni les quiere oír. Que el Sr. D. Fausto les diga á vdes. lo que nos ha pasado.

—No hay mas sino guerra á muerte, y yo juro por mi palabra de honor, que ese Ministro de la Guerra no ha de durar ni ocho dias. Bah! ni sabe con quién se a metido. Los regimientos de infantería son míos

la hora que quiera. La caballería tengo modo de reducir. . . . Sobre todo, yo no me metería en nada; pero obro por mi propia defensa, porque no he de contar que impunemente se me mande á Perote. . . .

—Ni yo he de ir á Chihuahua, interrumpió el otro general; pero lo que nos para, es una cosa principal; dinero. . . .

—Eso no es obstáculo, dijo D. Fausto. . . . Ya habrá persona que facilite todo lo necesario, con tal de que se le pague religiosamente. . . . Solo exige que no se repa. . . .

—Muy bien, contestó el general D. Pablo; ¿y qué nos importa eso? ni preguntaremos quién es tan caritativa alma.

—Ya que vdes. se arrojan á dar ese paso, sería conveniente que alguno de vdes. fuera el Ministro de la Guerra, que sosteniendo los derechos de la Iglesia, noaltarán recursos.

—Eso no sería delicado de mi parte, dijo el general D. Pablo; pero mi amigo D. Hermenegildo podría desempeñar maravillosamente ese puesto: entonces verían des. el ejército arreglado y moral.

—Cabal, cabal, respondieron los demas.

—Sin que se crea adulación, nadie es capaz de desempeñar ese puesto, dijo D. Hermenegildo, como mi compañero D. Pablo: por su valor, por las muchas campañas que ha hecho y por su genio amable, tiene mucho séquito entre el ejército, y él podrá arreglarlo

definitivamente, y jamas volveria á verificarse un pronunciamiento.

—Parece que nos han escuchado esos bribones, dijo D. Fausto al oido á D. Antonio.

—Pues, señores, mi opinion está fijada, dijo el clérigo. Uno de los señores generales presentes deberá ser el Ministro de la Guerra, y otro Comandante General, ó Gefe de la Plana-mayor.

La campanilla volvió á llamar, anunciando nuevas visitas.

— Ese debe ser D. Pedro, dijo el clérigo: lo cité esta noche, porque es hombre de mucha reserva y de mucho talento, y puede servir infinitamente para los proyectos.

—¿Pero es hombre de discrecion y de reserva? preguntó alarmado el general Bamboya.

— Se puede depositar en D. Pedro un secreto, como se deposita en una tumba. Repito, es hombre de mucha virtud y de un talento asombroso.

D. Pedro entró con la cabeza inclinada, saludando á todos con mucha cortesía y agrado; y dando á su fisonomía un aire virtuoso y amable. Fué presentado por el clérigo á los concurrentes con la debida recomendacion, y estos le estrecharon la mano, la ofrecieron sus personas y servicios, como se acostumbra hacerle siempre aun entre gentes que se desatan; y tranquilizada la concurrencia, y colocados los personajes al derredor de la mesa, donde se notaban aun los res-

tos del opíparo chocolate, volvió á tomar su giro la conversacion.

—Sr. D. Pedro, dijo el élrigo; los señores quieren consultar con V. un asunto algo grave, y yó le ruego que dé su opinion con el aplomo y madurez que acostumbra.

—Yo no tengo ningun mérito para recibir ese honor; pero, en fin, haré lo que pueda por complacer á tan respetables señores.

D. Pedro, al acabar de decir esto, escudriñó disimulada y maliciosamente los rostros de todos los que estaban presentes.

—Se trata solamente, Sr. D. Pedro; le dijo D. Antonio, de una conversacion amistosa, y nada mas.

—Ah! por su puesto, conversacion amistosa: esa es la base; la amistad, dijo D. Pedro:

—Todas las noches, continué el dueño de la casa, me hacen algunos amigos el favor de acompañarme á tomar chocolate, y reformamos el mundo, como suele decirse, pues que en algo se ha de pasar el tiempo. De esto, pues, se trataba ahora. ¿Qué le parecen á V. los desaciertos que está cometiendo este gobierno? ¿Cree V. que podrá durar mucho tiempo?

—Eh!... quién sabe! contestó el tutor; este es un pais de fenómenos; pero si hay un impulsillo, si se le aplica un poco la palanca... ja... ja... esto va de broma; pero ya vdes. me entienden, en este pais no se necesita mas que obrar.

—Exacto, caballero, exacto, dijo uno de los genera

les, y ya decia yo á los señores, que á poco que yo influyera con la tropa de infantería. . . .

—Oh! por supuesto, exclamó D. Antonio; demasiado público es el influjo de V. Y á propósito, y sin que parezca indiscreto, supongo que sabrá V. que el gobierno ha dado orden para prender á V.

—Y cómo sabe V. ya. . . .

—Tomal dijo el tutor, pues no se habla de otra cosa en la calle; y no me ha dado poco placer el mirar á V. aquí, pues muchos aseguran que estaba V. ya en la Inquisicion ó en Santiago.

—Maldito sea ese Ministro de la Guerra, exclamó el general. Yo juro á vdes. por lo mas sagrado, que me he de pronunciar mas que sea por Mahoma, con tal de salir de este infame gobierno.

—Vamos, calma y prudencia, Sr. general, y ya que la ocasion se presenta, exijo absolutamente que vaya V. á mi casa, donde estará perfectamente seguro, y lo mismo puede hacer el otro señor general, que tambien me parece no está muy bien con el gobierno. . . . ¡Errores! ¡desgracias! Válgame Dios, continuó D. Pedro, alzando las manos al cielo; ¡nunca habrá justicia ni paz en este reino?

D. Antonio, que queria soplar la revolucion, pero de ninguna manera comprometerse, apoyó la idea del tutor, diciendo:

—En efecto, general, me parece brillante el pensamiento de nuestro amigo; su casa es muy segura, y allí será V. tratado como un príncipe, y podrá trabajar

mejor. Si, por ejemplo, nos sorprendiera ahora la policía, quién sabe cómo la pasaríamos.

—Malísimamente, dijo el clérigo, por lo cual opino que lo mejor es, que los señores generales, envueltitos en su capa, se metan en uno de los coches, y se vayan á la casa del Sr. D. Pedro.

—Como vdes. gusten, dijo el tutor. Tomen vdes. esta llave, y mi cochero, que es hombre de confianza, les enseñará en la casa un departamento separado, donde hay lechos, muebles y todo lo necesario. Eran las piezas de mi buena hija Teresa; y mientras regresa de mudar su temperamento, serán dignamente ocupadas.

Uno de los generales se inclinó, en señal de agradecimiento; tomó la llave, y dijo:

—En efecto, las razones de vdes. me convencen, dijo el general, y podríamos perjudicarnos todos sin utilidad. Nos vamos á encerrar, contando con que no se nos abandonará.

—A los buenos amigos y á los valientes servidores de la patria nunca se les abandona, caballeros, dijo D. Pedro estrechándoles la mano.

Los generales se despidieron; y al salir, dijeron al oído al clérigo que los acompañó hasta dejarlos en el coche: ¿Se puede contar con dinero?

—Hay sobrado, contestó el clérigo; pero mucha reserva, pues nadie debe saber de dónde sale.

—¿Se puede contar con vdes?

—Sí, pero mucha reserva, hasta que llegue la hora.

El clérigo volvió á la sala con una cara alegrísima, y restregándose las manos.

Los generales cuando entraron en el coche, dijeron: Esta reunion que acabamos de dejar, es de solemnes pillos, santurrones, hipócritas, agiotistas y cobardes.

—Será todo lo que quieras, Hermenegildo, pero nos deben servir de escalones para subir, y de instrumentos de nuestra venganza; y poco importa que hagan su negocio.

—Bien dicho, y ahora vamos mañosamente á combinar el medio de hacer soltar el dinero á los clérigos, y de sembrar la seducción en la tropa. Lo demas, Dios dirá.

—Pero el plan.

—Qué plan ni qué diablos! El plan debe ser el mismo; es decir, llamar traidora é imbécil á la administracion, porque no ha hecho la guerra de Téjas, y prometer otra regeneracion: al fin, cada semana se promete un nuevo programa, y ya vemos en lo que para: los empleados de hacienda hacen su negocio, los militares el suyo, y los agiotistas el suyo, y todo queda lo mismo que ántes. Aprovechemos, pues, la oportunidad; la vida es corta, y la fortuna la pintan calva: es menester no dejarla escapar. Lo que debemos hacer es, aprovechar los pocos dias de nuestro encierro para escribir á los amigos de los Departamentos.

Los viejos de la tertulia, por su parte, suspiraron ampliamente luego que oyeron alejar el coche.

—Gracias á Dios! dijo D. Antonio, que se marcharon estos fantasmones.

—Es una desgracia, interrumpió D. Fausto, tener que valerse de semejante canalla.

—Pero al fin, dijo D. Pedro con una sonrisa maliciosa, que dejaba ver su diente negro. ¿Qué son estos hombres mas que ruedas de la máquina que se quiere mover, sabiendo usar bien de ellas...? Eh! ¿no les parece á vdes?

—Lo malo es, dijo el clérigo, que son avarientos hasta un grado increíble. ¿Qué les parece á vdes. que me dijeron al salir?

—Qué cosa? preguntaron los circunstantes con viva curiosidad.

—¿Se puede disponer de dinero? me preguntaron. Yo les dije que sí; pero no somos tan tontos para dejarnos robar así... sin sacar la utilidad debida de semejantes caribes.

—Veo, señores, salvo que me halle equivocado, dijo D. Pedro, que se trata aquí de cosas algo serias, y en ese caso seria conveniente caminar con pasos mas seguros. Si hay una revolucion en México, ¿tendrá acogida en los Departamentos?

—Ya eso está andado; la tendrá, y muy buena, porque en todas partes aborrecen ya de muerte al gobierno por sus actos arbitrarios, contestó D. Fausto.

—En ese caso, dijo D. Pedro, supongo que habrán pensado en el plan.

—Pocos artículos, interrumpió el clérigo.—1. ° Los

bienes de la Iglesia son sagrados, y nadie podrá tocar los.—2.º Son nulos todos los actos de la administracion.—3.º El gobierno hará, lo mas pronto posible la campaña de Téjas.—4.º Se procederá á la eleccion de una junta de próceres, para que formen la constitucion. Estas son, en globo, mis ideas, con tal de que no entre esa canalla federalista, que todo lo ensucia y todo lo trastorna.

—Eso será mas adelante; y por ahora, para no alar mar, será conveniente proclamar tambien la union, dijo D. Antonio.

—¿Pero debemos quedarnos con esa canalla, que se llama ejército? preguntó D. Fausto.

—Por ahora lo creo indispensable, salvo que me equivoque, contestó el tutor. Pero despues, como dice muy bien el Sr. D. Antonio, y así que el nuevo gobierno tenga respetabilidad y poder, al ejército se le mandará á que se muera de hambre á la frontera, y á los liberales se les da de mano y. . . . ese es el único modo de reformar este pobre pais. . . . Yo, señores, les repito, no me mezclo en nada; pero solo por amor á la patria, y porque veo que vdes. tienen rectas intenciones, y me han hecho el honor de dispensarme su confianza, me atrevo á aventurar mi opinion en materia tan grave. A propósito. . . no deben vdes. fiarse solo de esos señores generales, que en un abrir y cerrar de ojos, se componen con el Ministro de la Guerra, porque todos son lobos de una misma camada. . . Decia, pues, que yo conozco un muchacho calavera,

valiente y decidido, que tiene mucha influencia con los soldados de caballería: sería bueno valerse de él. . . .

—¿Y cómo se llama? le preguntó D. Antonio.

—El capitán Manuel.

—Cabalmente es amigo de mi hijo, y esta noche lo he citado, para darle razón de un encargo que me hizo: no tardará en venir.

En cuanto el tutor oyó esto, se puso en pié, y dijo:

—Voy á ver á mis huéspedes, á quienes habia ya olvidado. No sería malo que comprometa V. al capitán Manuel; pero no será bueno mentarle mi nombre, pues el muchacho, que es bueno en el fondo del corazón, tiene su genio fuerte, y creará que se le trata de hacer instrumento. . . . Es menester mucho tacto. . . . Conque, señores. . . me repito; pueden contar con mi fortuna, y con todo lo que poseo, pues todo lo sacrificaré gustoso, con tal de contribuir á la felicidad de esta desgraciada nación.

—Gracias, migo, gracias: nuestras intenciones son sinceras, y la Providencia nos ha de ayudar, le contestó D. Antonio, estrechándole la mano.

El clérigo también se despidió, y el tutor salió, mirando cautelosamente por todos lados, tapándose la cara con su pañuelo, á pretexto del costipado, y teniendo encontrarse con el capitán. Luego que los dos amigos oyeron rodar el carruaje, siguieron la conversación.

—¿Qué le parece á V., D. Antonio, de lo que ha pasado?

—Las cosas no van mal hasta ahora, pues se sacará mucho partido de estos bribones. El papá está entusiasmado, y sacará el dinero necesario para evitar el golpe que se quiere dar. Los generales además de ser revoltosos de profesión, están ruidos con el Ministro de la Guerra, y han de hacer cualquier esfuerzo para evitar la persecución. Solo el zorro viejo es el más cauto de todos, y no le convido qué interés lo mueve.

—Es el consejero y director oculto del clero D. Antonio, y también podremos aprovecharnos

—Pues no resta más, sino saber aprovecharse de los elementos.

—Ya se ve... pues de otro modo el negocio no irá abajo ciertamente, y entonces...

—Entonces... repitió D. Antonio con mal humor entonces...

Una nube siniestra oscureció su frente; se quedó un momento pensativo y con la vista clavada en el suelo después dijo:

—Es menester no perder la serenidad en estos momentos, D. Fausto: la idea del viejo D. Pedro parece buena: necesito hablar á solas con ese oficial de mi hijo.

—Bien, bien; combine V. sus cosas, D. Antonio que yo haré lo mismo: mañana temprano estaré después de haber hablado con los generales y con algunas otras personas.

D. Fausto salió, y á poco la campanilla resacañado anunció al capitán Manuel.

—Que pase al momento, dijo D. Antonio.

Manuel entró: estaba rico y elegantemente vestido, y su camisa estaba prendido un diamante, que brillaba como un sol. D. Antonio no pudo ménos de fijar su atención; y por más que quería poner los ojos en otra parte, los clavaba en el brillo dealumbrador del prendedor, que estaba fijado en la blanquísima cara de lino del capitán. Era el fístel de Rugiero, que le había prestado Arturo, porque el capitán, que todo era raro, en todo quería llamar la atención pública de México; y en efecto, lo había conseguido, pues el lujo con que se presentaba, la buena precia y finos modales que tenía, lo habían convertido en el jóven de moda, y no había muchacha de tono, que no lo conociera, y se ocupara en hablar de él en conversaciones con las amigas.—El capitán, pues, al fin, fué recibido con una afabilidad, que no era común en el padre de Arturo, el cual lo hizo sentar, y puso delante una charola china con excelentes pués. El capitán, por su parte, sabiendo que el padre de Arturo lo tenía por un calavera, quiso darse el tóno de un hombre de importancia.

—Capitán, le dijo el padre de Arturo, ¿será V. capaz de guardar un secreto?

—Si lo duda V., no me lo confie.

—Bien, dijo D. Antonio; me gusta que los hombres tengan ese sentimiento de orgullo, que tanto los ennoblesce.

—Gracias, Sr. D. Antonio.

—Se trata de un asunto de interes, en que se necesita discrecion: ¿la tendrá V?

—Sí, lo prometo; seguramente la tendré.

—¿Lo que V. promete, lo cumple?

—Aun á costa de mi vida.

—Perfectamente: entónces quiero que me prometa V. guardar un eterno secreto de todo lo que voy á decirle.

El capitán se inclinó ligeramente.

—Ahora, prométame V. desempeñar el encargo que yo le confío.

—De ninguna suerte.

—Cómo? preguntó D. Antonio algo amostazado.

—No sé cual será el encargo que V. tenga que confiarle; y yo, cuando hablo de asuntos serios, soy extremadamente escrupuloso en cumplir mis promesas.

—Perfectamente, dijo D. Antonio: V. es el hombre que yo necesitaba precisamente, y no tenia idea de V. pues francamente, lo creía yo un tronera, propio para gastar el dinero en compañía de mi hijo Arturo.

—Gracias, Sr. D. Antonio, contestó Manuel con una maligna sonrisa.

—No... hoy es otra cosa, capitán, y desde ahora tengo un concepto muy diverso de V.

—Mil gracias, mil gracias, repitió Manuel, inclinándose.

—Capitán: ¿es V. amigo verdadero de mi hijo?

—Lo amo como á un hermano.

—Y dígame V., capitan, sé que los soldados de calería quieren á V. mucho.

—Al ménos, así me lo dicen: me he criado en los Jimientos y en el campo, y creo que los soldados jos me deben tener cariño.

—Bien; ¿y seria V. capaz de hacer lo que se llama a accion de valor?

—Sin modestia, Sr. D. Antonio, tengo el concepto a desventajoso de mi propia persona; pero, repito, ando empeño mi palabra para una cosa, la cumplo.

—Es decir, que si la patria exigiera de V. un gran sacrificio, ¿lo haria?

—La patria muy poco puede necesitar de mí; pero fuese necesario, la serviria muy bien.

—Perfectamente, dijo D. Antonio con alegría, y tregándose las manos.

—No tenga V. por empeñada mi palabra: no sé de si se trata, y yo no he de andar á tientas en asunto gravedad: si no me cree V. digno de su confianza, ónces. . . .

—Puesto que V. lo desea, voy á darle una prueba confianza: se trata de. . . una revolucion. . . .

—¿De una revolucion? . . .

—Sí, capitan. . . . pero. . . .

—Entónces, Sr. D. Antonio, dijo el capitan con seriedad, y levantándose, yo no puedo servir á V. de la. . . .

—Aguarde V. un momento, y no sea tan violento. esta revolucion no se trata sino de hacer al pais

todo el bien posible; mejorando sus instituciones; dando al pueblo verdadera libertad; poniendo á la cabeza de los puestos á hombres honrados, y dando, en palabra, nueva forma y vida á esta sociedad, que mina á su perdicion y ruina.

—Todo eso está muy bueno, Sr. D. Antonio, pero yo tengo mis razones particulares para no mezclar en estas cosas; y cabalmente por esa causa habia dado á V. el favor, por conducto de Arturo, de que me consiguiera mi licencia ilimitada.

—Y he puesto tanto empeño en esta friolera, que testó D. Antonio, que aquí la tengo en la bolsa, que tan: tomadla.

Al decir esto D. Antonio, puso en manos de Manuel la orden del Ministro de la Guerra.

—Muy bien, Sr. D. Antonio, está enteramente tisfecha mi ambicion.

—¿Si en vez de esta orden pusiera yo á V. un despacho en la mano, de coronel de caballería, y la den para que se encargara del mando de un regimiento...?

—Daria yo á V. las gracias, pero no lo aceptaria.

—Es decir, que V. no tiene ya ambicion ninguna.

—V. no me conoce, dijo el capitán sonriendo desdeñoso. Una vez que yo me decidiera á admitir una distincion de esa clase, seria fiel al gobierno, y lo sostendria aun á costa de mi vida.

—Esas son quimeras, joven; quimeras, y nada más. El militar no sirve, como un suizo, al gobierno exist

re, sino á la nacion en general; y si un ascenso, y las valagüeñas esperanzas de ceñir pronto la banda verde, proporcionarán á V. la ocasion de prestar un servicio á la patria, entónces. . . .

—Tengo diversas opiniones, Sr. D. Antonio: los revolucionarios no hacen, cualquiera que sea la causa que invoquen, mas que agravar los males de la patria. Desde que entré al servicio, en clase de cadete, hasta que he llegado á capitan, no he cometido falta alguna, y no tengo de qué avergonzarme. Si por una revolucion yo ascendiera á coronel, ó á general, tendria que ponerme encarnado delante de los hombres de 1820.

— Es decir, dijo D. Antonio con algun mal humor, que decididamente se niega V. á mi súplica.

—Decididamente, respondió el capitan.

—Es decir, que tengo que sufrir un desaire de parte del que mi hijo titula hermano.

—Los amigos que tenga su hijo de V., deben ser hombres honrados y de conciencia, Sr. D. Antonio; y 7. hará bien de echar de su casa á todos los que no engan estos títulos.

D. Antonio se mordió los labios, y dijo lentamente:

—Creo que V. no trata de insultarme.

—Ni lo he pensado, caballero, respondió el capitan con seriedad. Amo demasiado al hijo, para que yo me treviera á insultar al padre; y á mi vez séame permitido creer que V. no ha tratado de ofenderme, y que lo que ha pasado, no es mas que una prueba que ha que-

rido V. hacer de mí, para cerciorarse de que mi amistad en nada puede perjudicar á Arturo.

—Es V. inflexible, dijo D. Antonio tristemente; y quedó un rato en silencio.

El capitán, mirando que la conversacion se habia cortado, y temiendo ser embarazado con nuevas insinuaciones, se levantó, y tomó su sombrero.

D. Antonio levantó la vista, y como fascinado con el brillo del fistol de Rugiero, se quedó inmóvil. El capitán notó sus ojos fijos y su rostro descompuesto, y creyó que se iba á volver loco.

—Sr. D. Antonio, le dijo, puesto que V. no tiene otra cosa que mandarme, me retiro. Espero que no conservará V. un recuerdo desagradable de esta conversacion.

—No, no, ninguno absolutamente, respondió D. Antonio, volviendo en sí del éxtasis en que habia estado; pero ántes de que V. se marche, tengo que decirle una palabra: siéntese V. otro momento.

El capitán obedeció.

—Lo que he dicho á V., jóven, no ha sido por probar su honradez, sino porque á toda costa necesito de V. . . . Escúcheme:

—Si el gobierno no cambia, mi fortuna se arruinará; tendré que declararme quebrado. . . ¡lo escucha V. . . ! Me ha obligado su honradez de V. á hacerle esta penosa confesion.

El capitán quedó tan asombrado, que no supo qué responder.

—Vd., capitan, continuó el padre de Arturo, no be lo que es tener una familia, y un rango en la sociedad, y perderlo de repente . . . . Es horrible! la seria despues de la opulencia; el desprecio despues la consideracion universal. V. es jóven, amigo mio, no conoce el mundo. Todos esos personajes que vienen diariamente en sus magnificos carruajes á tomar la sopa en mi mesa, á gustar mis exquisitos vinos, volverán mas; huirán de mí, como se huye del congio de un leproso, porque la pobreza es todavia mas nible que la lepra. En vez de aduladores, que diamente procuran lisonjear mi amor propio, y me trata con respeto, tendré inicuos é inexorables acreedores, que se llevarán sin misericordia mis carruajes, mi esta labrada, mis muebles, hasta las alhajas de mi bre mujer, y que despues me arrastrarán ante los tri-nales, donde tendré que sufrir humillaciones y des-zaños.—En cuanto á mí, soy viejo; pero mi pobre ujer morirá sin remedio; y Arturo! Arturo! ¿cuál á su porvenir? . . . . Repito, capitan, V. no es ca-: de comprender mi amarga situacion . . . .—El to-patético y verídico con que D. Antonio decia es-palabras, conmovieron profundamente al capitan.

—Voy á dar á V. una prueba de que soy amigo de turo, caballero, dijo Manuel: yo tengo veinte mil os en una casa de comercio. En una de mis cala-das la fortuna me sopló, y gané en el juego. me V. una pluma y un papel, y al momento daré len para que los pongan á disposicion de V.

D. Antonio enternecido de esta muestra de nobleza, estrechó la mano del capitán.

—Desde este momento ocupa V. en mi corazón el mismo lugar que mi hijo.—Rico ó pobre, mi familia es la familia de V., y mi casa es su casa.

—Gracias, mil gracias, Sr. D. Antonio, respondió el capitán, estrechándole á su vez la mano. Yo no he hecho más que pagar con esta sincera oferta lo que mi hijo de V. ha hecho conmigo. Cuando yo he estado pobre, ha tenido la bolsa abierta para mí.

—Su generosidad de V. no me salvaría, capitán, y lo dejaría á V. arruinado: explicaré á V. algo más. De un negocio en otro, y siempre con la esperanza de realizar uno que me indemnizara de todo lo prestado al gobierno, he consumido, no solo mi capital, sino que tengo comprometidas gruesas sumas, que he pedido á premio. Antes de ocho días, se me comenzarán á cumplir las libranzas; y si no pago la primera que se me presente, mi ruina es indefectible: veinte mil pesos, repito, no son nada . . .

—Entonces, ¿qué medio nos queda? preguntó el capitán afligido.

—El único que he dicho á V.; una revolución que haga variar el gabinete, porque los que actualmente están en el gobierno, decididamente son enemigos míos.

—¿Y no ha tentado V. ántes otros caminos, Sr. D. Antonio?

—Todos los medios se han agotado ya, y hoy la revolución es indefectible.—El clero, varios generales

comercio, todos contribuirán á ella, con la diferencia de que si yo no la dirijo, todos se aprovecharán, y situacion no cambiará. Hé aquí, capitán, descúrtame mi secreto, y por qué quiero tener un brazo donde yo soy la cabeza.

—Es duro, Sr. D. Antonio, resolverse á un paso lejante. Yo tengo determinado marcharme á cá la Habana, y esta es para mí una idea única y lusinga en este momento: de esto proviene parte mi repugnancia.

—Si ese es el único obstáculo, muy fácilmente se de salvar. Las cosas se abreviarán, y V. quedará edito dentro de breves dias.

El capitán bajó la cabeza, y quedó meditando.

—Por última vez, capitán, insto á V. para que ayude á salvarme. V. sabrá si deja morir á la madre de Arturo.

—Sr. D. Antonio, dijo resueltamente el capitán, me es imposible hacer lo que V. desea. Mi escasa fortuna la pondré á la disposicion de la madre de Arturo y no morirá de hambre.

—Y yo?... capitán, y yo?... el único recurso que quedará, será darme un tiro....

—Bien, Sr. D. Antonio.—Estoy á las órdenes de V. y voy á hacer el sacrificio acaso de la felicidad de mi vida, dijo resueltamente el capitán. ¿Qué quiere V. que hagamos?

—D. Antonio, despues de la tenaz resistencia que habia opuesto Manuel, apenas podia creer sus pa-

labras, y no pudo ménos que abrazarlo; diciéndole al Capitán: V. es mi salvador, y le juro á V. por tierra consagrada, que jamas olvidaré este favor.

—Una vez que he dado mi palabra, caballero tiene V. ya nada que temer. ¿Qué quiere V. haga?

—Lo explicaré.— Es necesario que se decida encargarse del mando de una fuerza de caballería.

—¡Pero, aceptar una comision honorífica, y tomar despues! . . . .

—V. se ha puesto á mis órdenes, y es necesario que el sacrificio sea completo!

—Es verdad, caballero, soy esclavo de mi patria.

—Colocado V. en el mando de un cuerpo de caballería, podrá V., con actividad, influir con los señores: si es necesario dinero, con una firma mia se obtiene en abundancia. Preparadas así las cosas, y cuando tambien con la artillería, se dará un golpe decisivo á Palacio, apoderándose de las personas de los Ministros y del Presidente, y proclamando inmediatamente un plan, en que se convoque una junta de señores, para que reforme la constitucion. Entre esto se verifica, se nombrará un gabinete que inspire confianza á la nacion. V., capitán, ha de ser el jefe, se ponga á la cabeza de una columna, que sorprenda la guardia de Palacio, en el caso de que no podamos ganar al oficial.

—Es muy fuerte todo esto, Sr. D. Antonio.

—¿Qué! ¿no será V. capaz de ejecutarlo?

—He dicho, Sr. D. Antonio, que cumplo mi pala-

Ya no hablemos mas sobre el particular; deme as instrucciones que guste.

—Poco tendria que decir á V., capitan, supuesto ya conoce mis intenciones. Mañana recibirá V. ombramiento, para mandar en comision un reginto de caballería. A los oficiales les puede V. meter ascensos, á los sargentos dinero, y á los solos palos, si no obedecen. Durante tres ó cuatro dias, que V. dilate en hacer esto, yo habré trabajado mucho con el cuerpo de artillería ó ingenieros; y haré al ménos que no se opongan al movimiento, es lo bastante: vea V. si logra hacerse de dos cuerpos de infantería. Uno de ellos hará lo que yo era, porque el coronel Relámpago, es ahijado mio, le debe su carrera.

—Veo que poco necesita V. de mí, teniendo ya tan avanzado el plan.

—Se equivoca V., capitan; algunos de esos, al primer tiro, echarán á correr, y entónces . . . Yo he hecho que necesitaba un brazo, y V. es mi hombre de mano. Con tal de que haya voluntad de parte de ellos, los dominaremos á todos; y disponiendo de la capital, dispondremos de la nacion como se nos antoje. ¿No le lisonjea el orgullo de V. esta perspectiva?

—El capitan sonrió tristemente y movió la cabeza.

—Parece que no está V. muy entusiasmado.

—Francamente digo á V., que mi pensamiento está muy lejos de aquí; mas no por eso desconfíe V. de mis

esfuerzos. Una vez decidido, acostumbro hacer las cosas con la mayor frialdad posible.

—¿Es decir que nos veremos . . . ?

—Cuando V. guste.

—Mañana á estas horas.

—Seré exacto.

El capitán tomó su sombrero, y se despidió del padre de Arturo. Este no pudo ménos que clavar un triste y última mirada en el hermoso fístol de Rígiero.

—Si fuera fino, dijo cuando el capitán se había retirado, valdria cincuenta mil pesos: jamas he visto una piedra mas hermosa.—Bah! los malditos franceses tienen talento para imitar. Despues de este corto soliloquio, se restregó las manos, y aunque era ya tarde, se metió en el coche, y se fué á ver al coronel Relámpago, quien recibió á nuestro D. Antonio con los mismos respetos y consideraciones, que el humilde vasallo al mas poderoso rey.—El coronel Relámpago estaba ya acostándose; pero en cuanto oyó la voz de D. Antonio, se volvió á vestir; puso en movimiento toda la casa, y mandó encender cuantas velas habia.

Así que se quedaron solos, y que D. Antonio se persuadió que nadie los escuchaba, le impuso de sus deseos, se supone con mucha ménos delicadeza y circunloquios que al capitán Manuel.

—Coronel, le dijo, se proporciona oportunidad aho-

ra de ceñirse una banda verde, y de hacer alguna fortunilla, se entiende, honrada y legalmente.

El coronel puso, á pesar de que lo queria disimular, la cara mas alegre del mundo, y los ojos le brillaban de contento.

D. Antonio con la perspicacia de un hombre de mundo, observaba las emociones del coronel.

—Amigo: las cosas no pueden ya subsistir.

—No pueden, señor, no pueden; dice V. muy bien, dijo el coronel.

—El gobierno está cometiendo muchas aberraciones.

—Erraciones, muy bien dicho, y muchas infamias.

—Esos hombres no saben lo que traen entre manos.

—No saben, señor, no saben.

—Todo lo están echando á perder.

—Todo, señor; dice V. muy bien.

—Lo peor es, que no tiene remedio.

—No tiene, señor; dice V. muy bien.

—Tiene uno solamente . . . .

—Uno solamente, muy bien dicho.

—Y es tirarlos de los puestos.

—Eso iba yo á decir, señor, tirarlos; son unos pícaros infames, y yo tengo muchos motivos para no estar contento. Figúrese V. que hace ya ocho días que solo dan en la Tesorería seiscientos pesos diarios, en lugar de mil; y ese Ministro es un déspota, que habla muy mal de los soldados, y se da mucho tono. Pues

el otro día, no piense V., por poco le doy de patadas al viejo portero, como se las dí á un cochero, que no queria llevarme á San Cosme, cuando llovia. Si no es capaz, señor, vivir en este país. Nada se puede hacer.

D. Antonio no podía ménos de oír con impaciencia la cadena de necesidades del coronel; y en el fondo de su alma hacia plena justicia á la dignidad y honradez del capitán Manuel, y despreciaba altamente la degradación de este hombre, que era un eco de sus palabras.

—¿Puedo, pues, coronel, dijo con tono imperioso D. Antonio, contar enteramente con V. y con su cuerpo?

—Sí, señor; lo que V. quiera, señor; yo estoy dispuesto á cooperar en todo lo que V. quiera, con tal de tirar á esos bribones; y á esos licenciadillos, enemigos del ejército, es menester arrastrarlos por las calles. . . .

—No, no se trata de tanto, interrumpió D. Antonio; solo de variar el gabinete, para colocar hombres honrados, y que premien á los buenos servidores de la nación, como por ejemplo, á mi digno amigo el coronel Relámpago.

—Muchas gracias, señor; pero no se canse V., señor, que mientras que no ahorquemos á seis docenas de licenciados, no hemos de estar en paz. Figúrese V., señor, que nosotros no nos metemos con nadie, señor; pero también nos tiran, y es fuerza. . . ¿no le parece á V., señor?

—Sí, sí, dijo D. Antonio, tomando un polvo; yo en

esto no tengo mas interes, que el que me inspiran varios amigos que tengo en el ejército. . . . y si el ejército no se defiende, sin duda que los licenciados lo arruinarán; y V. dice perfectamente, coronel.

—Y dígame V., si la cosa se hace, ¿quién entrará de Ministro de la Guerra y de Gefe de la Plana-mayor? no sea que no se vayan á acordar de mí.

—No haya cuidado, coronel; serán amigos los que entren á esos puestos; y tengo tal seguridad, que voy mañana á mandar bordar una banda verde, que le quiero regalar.

—Muchas gracias, señor; muchas gracias: V. es muy bueno conmigo, y yo no sé con que pagarle. . . .

El padre de Arturo se levantó para retirarse; buscó la mano del coronel, y le dió un significativo apretón.

—¿Y cuándo tendrá lugar la cosa? preguntó nuestro héroe.

—Muy pronto, contestó D. Antonio; prepare V. á los muchachos del batallon.

—No hay cuidado, señor; ya sabe V. que todos hacen lo que yo les digo. Solo hay un teniente medio discolo; pero yo le buscaré un ruido, para sepultarlo arrestado en Santiago.

—Perfectamente, coronel; V. es un hombre de talento, y me ha comprendido. Recibirá V. pronto mis instrucciones; y á la persona que presente á V. un anillo, que recibirá como prueba de mi amistad, puede darle entero crédito.

—Y dígame V., señor, dispensando la confianza,

¿podremos contar con algun dinero? Esto es necesario, señor, porque ya sabe V. que los muchachos y los gastosos. . . .

—Sí, se puede contar con el dinero que sea necesario, respondió D. Antonio con cierto mal humor, pero tenga V. entendido, que en todo esto no ha de sonar para nada mi nombre. . . . para nada, ¿comprende V?

—Está muy bien, señor, no mentaré á V. ni aunque me esté muriendo, señor.

—Si acaso V. cometiera una indiscrecion, todo se perderia. . . . y entónces yo jamas volveria á ser su amigo.

—Ni lo permita Dios, señor. . . . No señor, todo se hará en reserva, y quiero mejor morir, señor, que V. deje de favorecerme con su amistad.

D. Antonio, por fin, se despidió y montó en su coche.

—Ciertamente, dijo entre sí, que será mas fácil que me denuncie este hombre, que se sujeta como un esclavo á mi voluntad, que no el capitan altanero, amigo de mi hijo. Ese es un hombre digno, con una conciencia segura de lo que vale el honor y la firmeza en un hombre: este coronel es una alma mezquina, capaz de todas las infamias posibles. En fin, como dice el otro viejo D. Pedro, que tampoco me simpatiza mucho, son ruedas de la máquina, y es menester moverlas bien. El capitan es una rueda de brillante acero, y el coronel una rueda de grosero y mohoso

fierro. . . Bah! por ahora los obstáculos se allanan; el horizonte va despejándose, y mi ruina. . . mi ruina por lo ménos hoy está dudosa. . . Ayer era cierta.

Esto hizo D. Antonio, despues de haberse descartado de esa tertulia turbulenta, que tomando chocolate, maquinaba contra el reposo público de la manera mas fria y egoista, pues cada una de las personas no veia mas que su particular interes. Acaso alguno de los lectores que haya vivido en la inocente tranquilidad de algun pueblo lejano de las grandes capitales, creará que hay grande exageracion en lo que acabamos de referir; pues todo lo contrario. De algun tiempo á esta parte las revoluciones ya no se hacen en ántros secretos é ignorados, ni los conjurados se reunen á deshoras de la noche disfrazados, envueltos en una luenga capa, como los vemos en las comedias, sino que para maquinar contra el gobierno, se escoje la casa de un magnate, situada en una de las calles mas públicas y mas centrales de la poblacion; se conspira tambien con franqueza, en el Café del Progreso, en las glorietas de la Alameda, en las plazas públicas, en los corredores del mismo Palacio; y el Ministro y el Presidente tienen que desconfiar hasta del amanuense que escribe sus cartas, y del soldado que está de centinela: de esto viene la perpetua alarma de los que mandan, el continuo sobresalto de los que están en el poder; las puertas de fierro, los cerrojos y entradas y salidas secretas que sirven de seguridad á los magnates, que hoy á poco mas ó ménos, viven

siempre temerosos y espantados, como el rey Pygmalion del Telémaco.

Y no se crea que para hacer en México las revoluciones, se necesita ni de una grande capacidad, ni de un grande arrojo. Basta, pues, un mediano atrevimiento y una pobrísima inteligencia, pues los gobiernos, en vez de aplicar todo el rigor de las leyes á los conspiradores, suele premiarlos con empleos, y satisfacer así momentáneamente una ambicion innoble, que aumenta á medida de la facilidad con que del polvo y del olvido se elevan los hombres á los mas altos puestos y distinguidas dignidades.

## XII.

### Segunda Sesion.

Los lectores observarán en las descripciones que hemos hecho, que no habia plan alguno en la cabeza de los revolucionarios, que tenian muy pocas ó ningunas ramificaciones en los Departamentos, y que iban, por

decirlo así, obrando al acaso. No obstante, era todo lo que se necesitaba, para derrocar de la noche á la mañana al gobierno, y plantar otro que fuese derrocado á los seis meses, de la misma manera. Aunque con temor de cansar al lector, harémos que asista á la casa de D. Antonio, á otra reunion que se verificó tres dias despues de la que hemos descrito.

En esta nueva junta, los personajes disminuyeron en número, pero se notaba mas arreglo en los planes. Estaban presentes, el clériguillo acompañado de otro clérigo de avanzada edad, de fisonomía comun y tosca, gotoso y enfermizo; D. Antonio, D. Fausto y el tutor de Teresa, todos personajes antiguos conocidos del lector, aunque no muy amigos. En esta conferencia, ya de próximos arreglos, lo único que hay que observar, es el disimulo, la hipocresía, la desconfianza mutua de todos los actores, que desempeñaban tan infame como ridículo sainete.

Comenzó el clérigo gotoso tartamudeando, y queriendo expresar en su fisonomía una evangélica beatitud.

—Señores, yo hee venido, porque se se trata de combatir con las armas de la religion. . . . á . . . á . . . . á . . . . los hombres dejados de la mano del Señor, que quieeren foormar su patrimonio con con los bienes de la Iglesia y del Altísimo, y echar á la calle á las pobres monjitas, que que sirven al Señor y que ruegan y hacen penitencia por los pecadores.

D. Antonio con la mesura y dignidad con que diputado novel comienza su discurso en las cámaras dijo:

—Sr. D. Félix (así se llamaba el eclesiástico go-  
st): tristes y calamitosos son los tiempos que he  
alcanzado, y podemos decir con el profeta Ezequi  
*La ruina de la ciudad impía se acerca ya.*

El clérigo jóven, á quien tambien llamaban sus ar  
gos D. Pablo, se acercó á D. Fausto, y le dijo al oír  
“Hombre, Ezequiel no ha pensado en decir tal co  
pero apuesto mis dos orejas á que ni D. Antonio  
el D. Félix saben lo que ha dicho Ezequiel.”

D. Fausto sonrió, fingió que tosía, y se pasó el p  
ñuelo por la boca.

D. Antonio continuó:

—Señor doctor: hemos tenido la desgracia de v  
vir en tiempos de tribulacion, como decia el santo r  
David; y no hay mas, sino rogar á Dios por la salv  
cion de este pobre pueblo. Yo en los asuntos, de q  
habrá impuesto á V. detenidamente el doctor D. P  
blo, no tengo mas idea ni mas mira, que la salvacion  
tantos amigos como tengo en el clero; el evitar q  
estos preciosos bienes, que sirven para el culto de Dic  
pasen á manos de esos entes degradados, que se llama  
liberales, y que no son nada mas, que unos descarad  
*sansculotes.*

— Bien dicho, respondió el doctor Félix; sar  
culootes, pícaros. . . . En tiempo del rey no suced  
esto, porque la Nueva-España estaba goberna

de otra manera, y la Iglesia era respetada. . . . y no. . . . que ahora. . . . la libertad se reduce á co-oogerse lo del cle-clero.

—Dias muy amargos hemos pasado Antonio y yo, con estas ocurrencias del préstamo forzoso, Sr. doctor, dijo D. Fausto, y hemos hecho cuanto ha sido posible para evitar al clero esa enormísima é injusta contribucion que le tratan de poner. . . . pero todo en vano; esos hombres del gobierno, ciegos y encaprichados, corren al abismo. . . . V. dice muy bien, están dejados de la mano de Dios.

—Pero, señores, ya que vdes. han tomado á su cargo el dirigir esta difícil empresa, deseo que instruyan á mi compañero el señor doctor, en lo que se ha trabajado, para que el Sr. D. Pedro pueda por su parte. . . .

D. Pedro al oír su nombre, se inclinó humildemente, y sonrió, enseñando al cleriguito su detestable y solitario diente.

—Nosotros no dirigimos de ninguna manera, respondió vivamente el padre de Arturo; queremos cooperar con nuestro grano de arena al bien, particularmente del respetable clero, y esto es todo.

—Figúrense vdes., interrumpió D. Fausto, que tenemos una fortuna independiente. . . . y así. . . . á la inversa. El Ministro es muy amigo mio, y nos ha prometido pagar lo que se nos debe, y no de usuras y de picardías, como dicen esos infames periodistas, sino de dinero efectivo que hemos prestado al gobierno sin interés alguno, y que sirvió para que se vistieran las

tropas que llegaron desnudas de Guanajuato y Zacátcas. Con que vdes. claramente ven, que acaso con el cambio de gobierno nuestra fortuna se arruinará... Pero cómo ha de ser: primero es la conciencia que el deber. . . .

—Pe-pero cre-eeo que no faltará dinero, dijo el doctor Félix; ni el ministro que pon gamos, dejará de pagar á vdes.

—Al ménos seria una notoria injusticia, y en todo caso confiamos en nuestro amigo el señor doctor; pero no hablemos de eso ahora, pues nuestro interes es lo último, cuando se trata de los grandes intereses de la religion y de la patria.

—Bien dicho, Sr. D. Antonio: V. es hombre de todas mis simpatías, dijo D. Pedro con entusiasmo; y sin que se tenga por adulacion, quisiera yo que ocupase V. un Ministerio.

El padre de Arturo, á su vez, se inclinó profundamente, y sonrió á su adulator, porque esas palabras siempre son musicales, y embriagan á todos los hombres: por eso decia Bossuet á los reyes á quienes predicaba: "Señor, la adulacion pierde á los reyes."

—Quien debia ser el Ministro, era V., interrumpió D. Fausto; y si las cosas salen felizmente, vamos Antonio y yo á formar decidido empeño en que V. arregle este caos en que está la hacienda de la República.

—Señores, dijo el tutor: si vdes. me abochornan de

esa manera, tendré, á mi pesar, que abandonar tan amable compañía.

—Señores: no perdamos tiempo en cumplimientos inútiles: al grano, porque luego el Sr. D. Antonio tiene muchas visitas. Vamos, deseo que mi compañero el Sr. doctor, se imponga de lo que hemos adelantado.

—Lo haré de muy buena voluntad, doctor, dijo D. Antonio, y doy principio. Varios amigos han escrito á Puebla, Toluca, Cuernava y otros puntos, y han recibido contestaciones muy favorables; de suerte que podemos asegurar, que en esos puntos será secundado el movimiento de México. Aquí se han visto por algunos amigos á los varios gefes de los cuerpos, y están entusiasmados. Solo se necesita darles algun dinerillo, porque en efecto, tendrán sus gastos indispensables.

—¿Y ha hablado V. ya con el capitan de caballería que le indiqué? preguntó D. Pedro.

—Toma si he hablado! respondió el padre de Arturo; es nada ménos el encargado de ponerse á la cabeza de una columna, que deberá apoderarse de Palacio, y prender al Presidente, Ministros, Comandante general, diputados, etc.

—¡Bravo, bravo! exclamó D. Pedro, brillándole los ojos de alegría: brillante adquisicion han hecho vdes.; y yo considero al capitan el eje, el móvil principal de todo este proyecto.

—Brillantísima adquisicion, repitió D. Antonio, y

no me ha costado poco trabajo; sólo la amistad de A turo pudo influir.

—¿La amistad del hijo de V? preguntó D. Ped

—La única consideracion que pudo decidirlo, p ni el dinero ni las esperanzas de un ascenso. ¡Gua muchacho!

—Guapo! repitió D. Pedro; lo único que sentiré que vaya por una casualidad á tocarle la muerte. C V., que si esto sucediera, tendria que llorar todo resto de mi vida.

—¿Qué! dijo el doctor Félix alarmado, se ha de ramar saangre...? no, no, entónces no me meto nada.

—Tranquilícese V., señor doctor, creo que las co no llegarán á ese extremo.

—Ya digó, si hay saangre, repitió el doctor Fél los sacerdotes quedamos irregulares.

—Vea V., señor doctor, dijo el tutor de Teresa rimando su silla junto á la del clérigo: á mí me pa ce que lo mejor seria que no hablaran ya vdes. na sobre el particular, porque si llega á traslucirse en público, toda esa nube de sansculotes, de impíos y herejes, puede levantarse, gritando que se trata de n narquía y de traicion, y la revolucion pierde su po laridad. En cuanto al dinero, yo lo daré, y allá r entenderémos despues, y arreglarémos cuentas: quedan salvados todos los inconvenientes; ¿les par á vdes., señores?

—Perfectamente, respondió D. Antonio, quien

vez que el doctor hizo la promesa de dar dinero, queria desembarazarse de él.

—Me pa-parece muy bien, Sr. D. Pedro, dijo el doctor Félix, levantándose; y en esta virtud me retiro, porque yo no pierdo mi método por nada de esta vida.... aunque se venga el mundo abajo; á estas ho-horas tomo mi leche con mamones de la ca-calle de Tacuba, y despues me acuesto. . . y me du-duermo hasta las nueve del dia siguiente.

El señor doctor dormia, pues, doce horas, lo que literalmente puede llamarse dormir como un canónigo.

—Le traerán á V. la leche, señor doctor, dijo D. Pedro; y aunque malo, no faltará un lecho. . .

—Me que-quedaria; pero se me olvidó mi breviaario, y tampoco teengo medias limpias.—Me voy, pues, á rogar á Dios que salgan bien nueestros asuntos.

D. Pedro y D. Antonio, guiñándose el ojo, convinieron en no detener á los eclesiásticos, y los despidieron, dándoles muchos apretones de manos, y diciéndoles las palabras mas religiosas; refiriendo al poder y á la proteccion de Dios, el éxito del plan revolucionario. Concluida esta piadosa operacion, volvieron al salon, donde habia quedado D. Fausto.

—Conque, Sr. D. Pedro, dijo D. Antonio, el tiempo vuela, y es menester abreviar las cosas, y fijar ya el dia del movimiento, supuesto que ya contamos con el dinero.

—Mejor seria dilatarlo unos dias mas, contestó D. Pedro, para hacerlo mejor. Por ejemplo, podria ser

conveniente, que así como quien quiere y no quiere l  
cosa, se hicieran desaparecer á los Ministros y al Pre  
sidente. . . todo esto con tino, y con precaucion. . . co  
mo que se fué un tiro. . . . como que se resistian. . . En  
fin, yo nada digo, porque Dios me ampare de querer l  
ruina de nadie. . . . sobre que soy un hombre que m  
desmayo de ver matar una gallina: ¡Pobres animalito  
¡qué crueles somos los hombres!

—Esto no deja de tener su riesgo, Sr. D. Pedro  
porque si la cosa se descubriera. . . .

—Ya. . . . ya. . . . contestó D. Pedro tomando un pol  
vo. . . nada digo. . . estas gentes son, sin embargo, ani  
males ponzoñosos. . . y, no nos cansemos, este pais n  
tiene mas remedio que la monarquía, y que las cosa  
vuelvan absolutamente al estado que tenian ántes de  
año de 1808. . . . Vayan vdes. á tolerar que todos lo  
dias se nos venga con la libertad, y con la guerra de  
Téjas, y con el honor nacional, para exprimirnos la  
bolsas. . . Tres mil pesos, señores, tres mil pesos de prés  
tamo forzoso me han puesto á mí, que soy un hombre  
que á costa de trabajo he podido conservar cuatro me  
dios que tiene una pobre huérfana, que me ve como  
padre, y que no tiene mas apoyo que yo en el mundo  
Cabalmente ahora me tiene V. gastando un dineral er  
tenerla en la Habana, porque la pobre criatura se mo  
ria del pecho aquí. . . .

—Bien: ¿pues qué plan le parece á V. que se debe  
seguir? preguntó D. Antonio.

—Muy sencillo.... salvo la opinion de vdes., que saben mas que yo. Ese capitan Manuel es un muchacho tronera y arrojado; y supuesto que, segun dicen vdes., está en el secreto, deberán darle instrucciones de que.... vaya la cosa mas fácil.... que mande hacer fuego á los soldados al tiempo de hacer las aprehensiones, y....

—Ni lo imagine V., interrumpió D. Antonio. El capitan por nada de este mundo se comprometeria á desempeñar el papel de asesino.

—Bah! y quién ha hablado de asesinatos...! No quiera Dios que yo piense en tal cosa.... En fin, por lo ménos es menester tomar otra providencia, porque si solo se reduce el plan á prender á los miembros del gobierno.... nada se habrá hecho, porque ellos mismos harán la reaccion. Yo, la verdad, así, no daré ni un centavo, porque ya ven vdes. que luego no me querrian pagar el dinero, y yo arruinaria á mi pobre hija Teresa. Asunto concluido, añadió D. Pedro, tomando su sombrero, y levantándose.

—Aguarde V. un momento, dijo D. Fausto al tutor; propondré un término medio.

—Cuál es? preguntó D. Pedro, volviéndose á sentar.

—Es mas probable que la guardia de Palacio la dé el cuerpo del coronel Relámpago, pasado mañana. En ese caso contarémos con ella, y el capitan será simplemente un ejecutor. Amarrará á toda esa gente de Palacio, é inmediatamente la llevará hasta Acapulco. Allí

dispondremos un buque, para que se lleve á todos esos personajes á Guayaquil ó á los infiernos.

—En último caso, no me parece mal, dijo el tutor meneando la cabeza; pero seria bueno escribirle en un papelito esta instruccion al capitán.

Los circunstantes se miraron unos á otros.

—Bien comprendo, dijo D. Pedro, que no conviene que aparezca en un documento de esta clase la letra de ninguno de nosotros... pero eso es fácil, se disfraza la letra, se escribe con la mano izquierda... en fin... así, cualquiera de nosotros lo puede hacer... si quieren, venga un tintero, yo lo haré...

—Y yo, si V. quiere, interrumpió D. Fausto.

—Venga, dijo D. Antonio, pondremos aquí la orden. Tomó un tintero de su escritorio, y escribió en una tira de papel con una letra enteramente disfrazada, lo siguiente:

“Capitán: Pasado mañana ántes de las diez de la noche mandará V. montar su cuerpo, se presentará V. en Palacio, y dirá al oficial estas palabras: “Libertad y San Juan.”—Este oficial pondrá á disposicion de V. la guardia. Con ella prenderá V. á todas las personas que ya sabe, é inmediatamente saldrán para Acapulco custodiados por una compañía de caballería. Allí, el oficial, que debe ser de la confianza de V., recibirá instrucciones del nuevo gobierno.”

—Vamos, ¿qué tal? dijo D. Antonio, enseñando el papel al tutor.

—Excelente, excelente; ni V. mismo podrá mañana

# INDICE

DE LOS

## CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOMO II.

---

CAPÍTULO I.	<i>El Hombre Angel,</i>	-	-	3
" II.	<i>La Vida del Gran Tono,</i>	-	-	17
" III.	<i>Florinda,</i>	-	-	39
" IV.	<i>Elena y Margarita,</i>	-	-	57
" V.	<i>Concluye la Historia de Ele-</i> <i>na y Margarita,</i>	-	-	71
" VI.	<i>Correspondencia,</i>	-	-	83
" VII.	<i>El Eclesiástico,</i>	-	-	120
" VIII.	<i>El Arrepentimiento,</i>	-	-	147
" IX.	<i>Los Dos Rivales,</i>	-	-	168
" X.	<i>El Padre Anastasio,</i>	-	-	178
" XI.	<i>La Conspiracion,</i>	-	-	198
" XII.	<i>Segunda sesion,</i>	-	-	238

2  
06

